

EL SECRETO DE LOS HOFFMAN

Alejandro Palomas



DEBOLSILLO

Índice

Cubierta

I UN BRAZO DE MAR

II TORMENTAS

III MAR ABIERTO

IV LAS OTRAS ORILLAS

V TANTO TIEMPO...

Créditos

Acerca de Random House Mondadori

OceanofPDF.com

Esta obra quedó finalista del

**VII PREMIO DE NOVELA
CIUDAD DE TORREVIEJA
2008**

otorgado el 26 de septiembre de 2008,
en Torrevieja (Alicante), por el siguiente jurado:
J. J. Armas Marcelo, José Calvo Poyato, Julio Ollero,
Núria Tey (directora editorial de Plaza & Janés)
y Eduardo Dolón (concejal de Cultura
del Excmo. Ayuntamiento de Torrevieja),
actuando como secretario Alberto Marcos.

*A Raquel,
qué alivio tu llegada*

OceanofPDF.com

La vida ocurre mientras la emoción excusa lo que
ya no ha de ocurrir.

OceanofPDF.com

I
UN BRAZO DE MAR

La sorpresa es tenerle aquí, a mi lado. No le creí anteayer cuando, al otro lado de la línea, respondió sin darme tiempo. No, no le esperábamos.

—Cogeré el primer avión —dijo—. No quiero faltar.

Todos juntos otra vez. Eso es también una sorpresa: volver a estar los que quedamos. Aquí. Y mentiría si dijera que no me alegra, a pesar de que las circunstancias sean las que son. Una muerte nos reúne, pero la compañía me hace bien. Tanto tiempo sin coincidir los cuatro...

Impoluto y elegante, el pelo blanco y fuerte, pantalones de lino y zapatos caros. Papá ha aparecido hace un par de horas por el camino que llega desde la iglesia con su maleta de ruedas como un turista accidental. Es un hombre recio, bien tratado por el tiempo y la suerte. Conserva la altura que sólo dan una espalda recta y una musculatura con la que sigue sorprendiendo a los médicos, a la vida y a su público.

—Menudo atajo de quinquis —susurra ahora a mi lado sin apartar la mirada de los operarios que manipulan la tumba de mamá como quien intenta cerrar una lata gigante. Siento su mano sobre mi hombro. No es el peso de la mano de un hombre de ochenta y cinco años, ni tampoco la de un padre que acaba de volar durante quince horas entre continentes para llegar a tiempo al entierro de su ex mujer.

En cuanto noto el contacto de sus dedos, me miro los míos y, al verme las uñas negras y mordidas, me las clavo en las palmas, avergonzada. Tengo uñas de vieja, agrietadas y mal cuidadas. Mamá me reñía continuamente por llevarlas así. Chasqueaba la lengua y me miraba con cara de pena. Uñas de pobre, decía.

—¿Y qué quieres? Si en vez de tener una hija ceramista hubieras tenido a una profesora de tango, o a una enfermera, te aseguro que otro gallo nos cantaría —le repetía yo mientras la lavaba. Ella me dejaba hacer, perdida en sus cosas durante unos minutos, hasta que llegaba su respuesta, también repetida. Siempre la misma. Casi como un juego.

—Si te hubieras casado cuando todavía podías, no tendrías que haberte pasado la vida amasando barro —mascullaba entre dientes—. Ahora eso ya no tiene remedio, claro.

Tenía razón. Han sido muchos años trabajando el barro, entre la humedad fría del torno y la torridez del horno. Dedicada primero al barro y luego a cuidar de ella. Quizá, ahora que ni mamá ni la cerámica están, empiece a cuidarme. Aunque puede que no, que sea tarde. Hay cosas que no tienen remedio.

—No sabes cuánto me alivia ver que no ha venido nadie de la prensa, hija. Sólo nos faltaban esos buitres rondando por aquí —sentencia papá de nuevo, rompiendo con su fingido alivio el silencio tenso que nos envuelve.

A su derecha asoma el verde de la chaqueta de Verónica y, junto a ella, el perfil amable de Lucas. En fila. En fila los cuatro frente a la tumba como un pequeño batallón de niños esperando un castigo delante de la pizarra. A nuestro alrededor, dos pequeñas paredes de nichos semivacíos como dos dentaduras picadas y al otro lado, el mar.

Papá vuelve la mirada hacia la entrada y estira el cuello con un gesto estudiado, teatral.

—Porque estamos seguros de que no ha venido prensa, ¿verdad?

Me hace reír y yo se lo agradezco. Sabe que su humor encuentra fácilmente el mío y me dejo arropar por él porque sé que estoy en buenas manos. Luego pasan tres cosas.

Una: nos miramos. Dos: me guiña el ojo. Tres: su guiño me llena la

garganta de una bola de lágrimas que no verán la luz mientras rompen a tocar las campanas de la iglesia y el olor a hojas húmedas lo llena todo. Es primavera y el sol calienta la tierra mojada por la lluvia tranquila de ayer. Tanta paz...

—No, abuelo. No ha venido nadie... —responde Lucas a deshora, con una sonrisa que quiere ser tranquilizadora, hablándole al aire de la tarde. Papá parpadea, incrédulo ante la inocencia del comentario, y Lucas cae de pronto en la cuenta de que la pregunta de papá era una simple puesta en escena con la que quebrar este silencio pesado. Una estrategia de viejo, nada más. Sacude la cabeza y reconduce su sonrisa, ahora más serena, casi infantil.

Por fin los de la funeraria terminan de colocar la losa de piedra que tapa la tumba y se retiran. Al pasar junto al portón de hierro, uno de ellos, el más joven, tropieza con la rama muerta de un ciprés y aterriza sobre el escalón de la entrada.

—La madre que parió... —suelta entre dientes. Luego se levanta y se escabulle hasta el coche con la mirada baja. Papá me da un apretón en el hombro y yo trago saliva mientras el coche arranca y nos deja a los cuatro solos delante de mamá.

Entonces, como es costumbre entre los que vamos quedando, nos situamos alrededor de la enorme losa de piedra y esperamos a que alguien diga algo. No sé por qué lo hacemos ni de dónde nos viene la costumbre. Lo hicimos cuando enterramos a Fernando y a Emma, aunque entonces todo era distinto. Todos más jóvenes, menos curtidos en el dolor. Papá y mamá rotos por la pérdida de un hijo, los padres de Emma también. Verónica y Lucas, dos niños encogidos y ausentes, vacíos de padre y madre. También entonces, primavera; pero el cielo estaba cubierto de nubes negras como el agua del océano. Había tanta gente en el cementerio que tardamos horas en

poder quedarnos a solas junto a la tumba y retomar lo que era sólo nuestro. Había prensa a la que atender, mucha. Fernando Hoffman, el gran galán de las pantallas y de los escenarios, hijo de «La Voz», marido de Emma T., hija de..., nieta de..., la pareja ejemplar del cuché, tan discretos, tan queridos... Nos sentamos y cada uno lloramos lo que pudimos. A solas, pero en compañía, como suele hacerse todo en esta familia.

—Menuda chusma. A saber de dónde habréis sacado a semejante pandilla de mangantes —farfulla papá, asesinando con la mirada al coche fúnebre que se aleja por el camino. Luego, saca un pañuelo del bolsillo y lo despliega sobre la losa antes de sentarse encima—. Ése, el que se ha caído, el canijo, era... por lo menos —balbucea entre dientes, buscando una palabra que se le resiste, hasta que escupe—... ilegal.

Verónica se vuelve hacia él con una mueca contenida.

—Abuelo...

—... o moro. O algo peor —remata, arrugando el morro. Lucas enciende un cigarrillo y se atusa el pelo. Tiene un pelo castaño y lacio. Cada vez se parece más a su padre. A su edad, Fernando se movía igual, la misma cadencia al andar, los mismos ojos verdes. Y los gestos, también los gestos.

—No empieces, abuelo. Haz el favor. —Es la voz de Verónica, una voz acerada de niña dura que no se corresponde con la mujer de facciones maduras y sonrisa entera en la que se ha convertido. Verónica es una de esas mujeres que parecen no estar, que viven concentradas en algo que no comparten. A veces, cuando reacciona, pregunta cosas que dicen muchas otras, muñecas rusas llenas de metralla. Siempre fue así.

Papá ni siquiera la mira.

—No empieces, no empieces —masculla entre dientes—. Eso, mejor nos callamos la boca y seguimos tragando quina mientras el mundo se llena de

cafres y nadie dice nada. Así nos luce a todos —sentencia, levantando los ojos y clavándolos en los jirones de nubes que colman este cielo.

Más silencio. Hoy es abril y esto un diminuto cementerio centenario colgado al borde del Atlántico. Azul, azul el cielo y el océano que separan a esta familia desde hace años. Papá instalado en la otra orilla, en ese Buenos Aires que yo sólo imagino porque me aterra volar y no he sido capaz de reunir el valor ni el arrojo para ir a verle. Nosotros en esta otra. Él viene una semana al año a hacerse un chequeo. Mi puesta a punto, lo llama. Siete días de operación *Renove* a cuerpo de rey en la misma clínica de lujo de la que sale con una sonrisa de estrella ofuscada, intentando esquivar a los fotógrafos y a la prensa que él mismo convoca. Luego se marcha. Así desde hace años, desde que dejó a mamá y puso agua de por medio entre lo que fue y lo que quería dejar atrás.

—Perdona, pequeña —se disculpa ahora con voz arrepentida—. Tienes razón. —Verónica arquea una ceja y me lanza una mirada extrañada—. Qué culpa tendrán esos pobres desgraciados de ser tan... —inspira hondo, baja la mirada y remata con una mueca de estrella compungida—: desgraciados.

Su arrebató de falsa compasión se diluye en el eco hueco del cementerio. No le gusta. No le gusta nuestro silencio. Ni tener que contemplarse en él. Me mira con cara de niño insatisfecho y aprieta los dientes. Y es que hay varias cosas que el gran Rodolfo Hoffman detesta desde siempre: una son los médicos y los hospitales públicos. La otra, que no le rían las gracias.

Lucas enciende un cigarrillo y el chasquido del encendedor saca a papá de su burbuja de ego dolido. Se vuelve hacia su nieto con cara de fastidio y arruga el morro.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —pregunto, intentando distraerle como se distrae con un sonajero a un bebé que, ante un juguete no concedido, anuncia una pataleta.

Arranca una brizna de hierba y se la mete en la boca.

—¿Cuánto tiempo te gustaría? —bromea con aires de seductor, como si mirara directamente a cámara.

No le contesto. No me gusta lo trivial de su respuesta ni que me hable así, tan sin cuidado, tocando sin medirse lo que duele. Debería saberlo.

—Dos días. Vuelo pasado mañana —dice, poniéndose serio.

Siento un leve pinchazo en el pecho. Es un pinchazo conocido, convivido. Tan pronto...

—El lunes tengo una gala, una de esas maratones benéficas que organiza un canal de televisión para enfermos de no sé qué. No puedo faltar.

Silencio. Pasa un segundo, dos, tres. A punto estoy de pedirle que se quede un poco más, que dos días no son nada. A punto, sí, pero no digo nada y él baja los ojos y clava en mi mano un ceño arrugado de cejas espesas. Tarda poco en preguntar.

—¿Y la muñeca? ¿Cómo sigue?

Mi muñeca, pregunta, jugando también él a despistar. «La muñeca es lo de menos —estoy tentada de responder—. Lo peor es todo lo que ha traído con ella. Lo que no se ve.» Vuelvo a oír de pronto la voz aburrida del médico del hospital cuando, días atrás, me quitó el yeso y dejó al descubierto lo que yo llevaba tiempo intuyendo:

—Los huesos no han quedado bien soldados. Quizá tengamos que plantearnos operar.

No he vuelto al hospital. Desde entonces, la mano se me hincha y se me deshinchaba cuando le da la gana. A veces duele tanto que pagaría para que me la cortaran. Hoy no.

Lo que la caída trajo consigo tiene nombre de mujer. La fractura se tradujo en dolor, el dolor en dos meses de yeso, el yeso en necesidad de ayuda y todo ello conjuró la llegada a casa de Marianne. Sí, lo peor se llama

Marianne, el efecto secundario de un estúpido accidente que podía haber quedado en nada y que colea como cualquiera de esas historias tan típicamente mías, tantas veces repetida en el catálogo de errores de Martina. Mamá la odió desde el principio, aunque desde que papá se marchó su odio era tan general y tan falto de criterio que no indicaba nada, y yo no quise hacerle caso. Necesitaba ayuda y Marianne se me anunció nacida para ayudar. Me equivoqué.

Cuando anteayer papá me llamó para anunciarme su llegada, decidí que lo mejor era prepararle de algún modo para un posible encuentro con ella. Fui torpe, aunque logré salir del paso. Dejé caer entre datos el nombre de Marianne como quien no quiere la cosa, como se menciona algo que no cuenta. Funcionó, sí. Aunque sólo unos segundos.

—¿Marianne? —preguntó él de pronto, parándome en seco.

Me puse alerta.

—Sí.

—Bonito nombre.

—Sí.

—¿Cuánto hace que la tienes?

—Me la mandó Matilde hace unas semanas. Aunque, ahora que mamá ya no está y que puedo hacer vida casi normal, no voy a seguir necesiándola. Además, ya sabes que no me gusta tener a gente en casa.

Retomé enseguida la conversación y volvimos a la normalidad del satélite durante unos minutos.

—Y esa Marianne, ¿es guapa?

Tuve que tapar el auricular para que el omnipotente radar de papá no me oyera sonreír.

—No fastidies, papá, podría ser tu nieta.

Me lanzó un bufido de fastidio.

—Sólo era curiosidad.

—Ya. De todas formas, no creo que llegues a conocerla. Se ha ido unos días a casa de sus padres. Tiene a su abuela enferma y me ha pedido permiso para pasar algún tiempo con ella.

Mentí. Mentí para salir del paso y, como mala mentirosa que soy, olvido siempre los detalles de mis mentiras y tengo que pellizcarme de vez en cuando para recordarme la versión original de lo que invento. La realidad es que he enviado a Marianne a casa de Matilde para que la ayude a darle un buen repaso al hostal, porque a priori el binomio Marianne-papá se anunciaba una mala combinación. Supongo que Matilde no me lo agradecerá, pero eso ahora me da igual. Tengo todavía tanto por hacer, tantos capítulos por cerrar y tantas decisiones pendientes, que el alivio que siento viéndome libre de ella lo justifica casi todo.

No, no está. Marianne no está. Cuando la vida vuelva a la normalidad, hablaré con ella.

La mano, pregunta papá. Si me duele.

—Depende del día, como todo. —Dos gaviotas enormes planean sobre la cruz de la iglesia, chillando como un par de niñas de camino a casa. Al volver los ojos hacia ellas, veo a Lucas con el gesto encogido y la mirada perdida en el suelo. Lucas ha llegado preocupado. Creí al principio que el nubarrón que arrastra con él desde ayer es el reflejo de su duelo particular por mamá. Ahora ya no estoy tan segura. Hay algo en sus gestos, en su forma de estar y de no estar que lo aleja de este aquí más inmediato, acordonándonos fuera.

Ido. Lucas está ido o no llegado y de momento no puedo imaginar por dónde empezar a buscar.

Verónica lo atrae hacia ella y le quita el cigarrillo de la mano para darle

una calada mientras papá chasquea la lengua, se levanta y me tiende la mano.

—Ayúdame, hija.

No le entiendo. Por el brillo que veo en sus ojos, algo me dice que papá prepara el escenario para alguno de sus trucos con final sorpresa, pero estoy demasiado cansada para seguirle el juego. Él continúa con la mano tendida. No es de los que tiran fácilmente la toalla. Yo tampoco. Soy la hija de mi padre. Eso decía siempre mamá.

—Está bien. —Suelta un bufido de mala leche y sube con cuidado a la losa que cubre la tumba. Luego, con una flexibilidad que yo no tengo, se pone en cuclillas y se deja caer suavemente hacia atrás sobre la piedra vieja hasta quedar completamente estirado sobre ella.

Verónica y Lucas se vuelven a mirarle. Ella esboza una sonrisa que corrige al instante.

—Abuelo...

Papá cierra los ojos y levanta los brazos.

—Dime.

—¿Se puede saber qué haces?

—¿A ti qué te parece? —pregunta él con un ceño de cejas blancas.

Verónica no espera.

—No creo que te haga ninguna gracia saberlo.

—Soy todo oídos —le contesta él, clavándola ahora sí con la mirada—. Este caballero tiene siempre tiempo para una buena verdad.

La verdad. Verónica se cruza de brazos. Desde arriba, un viejo loco vestido de blanco dormita estirado sobre la tumba de mamá, ésa es la verdad. Y también que de pronto, viéndole actuar así, la niebla que hace apenas dos días levantó la noticia de su llegada empieza a disiparse y la luz tenue de una certeza toma forma en mi mente cansada. Viéndole así,

actuando ante nosotros como si nada de esto fuera con él, leo entre las líneas de su presencia y sé que papá ha venido para algo que no es el duelo por la muerte de mamá. El viejo tiene un plan. Trama cosas, algún golpe de efecto que ninguno de los tres imaginamos todavía. Su mente no descansa.

—La verdad es que a tu edad deberías ser más respetuoso con el dolor de los demás, joder —replica Verónica—. Y que no sé si a la abuela le habría gustado tenerte hoy aquí después de todos estos años.

Papá suelta un suspiro y pone los ojos en blanco.

—Bah, tú qué sabrás —murmura, arqueando una ceja—. Qué sabe nadie —declama, imitando a otra de las grandes voces con cuya presencia en el mundo ha tenido que bregar desde siempre y cuya leyenda detesta. Luego nos salpica con una risotada de hombre de mundo y da una palmada en la tumba que provoca un respingo en Lucas—. Dos cosas. Eso es lo que hago, pequeña —añade, volviéndose de nuevo hacia Verónica.

Dos cosas, dice con la ceja todavía arqueada. Papá quiere jugar y cuando juega es peligroso.

—La primera —empieza con la voz envarada, alternando la mirada entre los tres—, es... —carraspea y hace una pausa. Ahora es el cantante ante su público, esperando el aplauso, reclamando atención—... aprovechar que estoy aquí para confirmar lo que ya sabía.

Le miramos sin comprender. Una nueva pausa y un suspiro impaciente. Papá estira los pies.

—Que-no-que-po.

Nos miramos. Los cuatro. Es cierto: le asoman los pies desde el borde de la tumba como de un colchón de 1,80. Los levanta, dejando a la vista los calcetines de rayón y se lleva la mano a la canilla.

—Por aquí —dice, señalándose el calcetín con el dedo con voz de fastidio—. Cuando me muera, habrá que cortar por aquí.

Verónica sonríe a pesar de ella y Lucas parece concentrarse de pronto en lo que tiene delante, llevándose la mano a la ceja y tocándosela con un gesto nervioso. Luego también él sonríe. Hay en su sonrisa una dulzura frágil, como la de su madre. Eso y más cosas.

—¿Y la otra? —pregunta de pronto, sorprendiéndonos un poco a todos. También a su abuelo.

Papá se vuelve a mirarle y en sus ojos sonríe alguien a quien no veo desde hace tiempo. Una de sus versiones que menos se prodiga.

—¿La otra qué?

—La segunda. Has dicho que había dos cosas —suelta Verónica con una mueca de impaciencia.

Habla papá.

—La otra es que este viejo está muy cansado —dice con un nuevo suspiro, apoyándose sobre un codo e intentando incorporarse hasta que por fin lo consigue. Luego deja escapar un pequeño eructo de caballero y se lleva la mano al costado con una mueca de dolor tan fugaz, tan fácilmente corregida, que no alcanzo a incorporarla del todo. De pronto le veo mayor —. Y que a veces no sé qué hacer para que la vida no me pese tanto.

Verdades. Papá es mejor cuando actúa que cuando decide ser él, porque cuando no actúa nos llega a estallidos como un reguero de cartas atrasadas no siempre llenas de buenas noticias. Emerge entonces el Rodolfo humano, torpemente humano. Y, ante sus palabras, ante una confesión tan cruda y poco trabajada, los tres nos replegamos contra la realidad de la tarde, volviendo al cementerio, a mamá bajo tierra, a lo más físico. Me invade una oleada de añoranza por ella y, por primera vez desde que la vi morir en el hospital, palpo físicamente su carencia y entiendo que no podré volver a verla. Nunca más. Que ahora sólo es ausencia: ausencia de su mal humor,

de su genio torcido, de su mirada de madre dolida, pero ausencia al fin y al cabo.

Verónica me mira y cierra las manos. No le gustan las verdades a bocajarro, sobre todo si no son las suyas. Tampoco las sorpresas.

—Creo que deberíamos irnos —dice con la voz cortante como un cuchillo, volviéndose hacia el portón de hierro—. Le he dicho al padre Julián que le devolvería las llaves antes de las siete.

OceanofPDF.com

Creo que deberíamos irnos —dice Verónica con gesto cansado. Está incómoda y me gusta verla así. Tan resistente, tan fuerte y tan poco rota. Ha venido al entierro de su abuela y está sólo de cuerpo presente, de mente presente. ¿Dónde demonios se le habrá quedado el corazón a esta niña?

Sigo donde estoy, semiincorporado sobre la losa y sin apartar la mirada de mi nieta, que ahora camina decidida hacia la salida. Cuando le hablo, su espalda se contrae como la buena madera con el frío.

—Y yo creo que nunca me ha gustado que me digan lo que tengo que hacer, jovencita.

Se detiene en seco y sigue donde está durante unos segundos. Luego se encoge de hombros, se lleva la mano a la nuca y escupe su respuesta.

—Y yo que hace años que no tienes a nadie que te diga lo que tienes que hacer, abuelo. Quizá por eso te pesa tanto la vida.

Cae un silencio sordo sobre el cementerio. Las dos gaviotas posadas sobre el campanario de la iglesia nos miran con sus ojos de carroñeras mientras un jirón de nube tapa el sol. Verónica guarda cosas contra mí que, por mucho que se empeñe, han ido acercándonos cada vez más en estos últimos años. Me busca. Mi nieta me busca y no lo sabe. Y eso es bueno.

Es bueno porque esta vez he venido a que me encuentre. Ella y también los demás.

—¿El padre Julián es... el mismo padre Julián? —le pregunto, acompañando la pregunta con un doble parpadeo.

Le molestan las obviedades. Y perder el tiempo con quien, a su seco entender, no lo merece. Algún día se dará cuenta de que se equivoca.

—Claro —replica—. ¿A cuántos conoces?

—Ay, hija, y yo qué sé. El mundo está lleno de padres Julianes, cómo se nota que viajas poco. Si no te pasaras la vida encerrada en esas jaulas, con tus monos y esos jipis de circo que trabajan contigo, seguro que te habrías encontrado con más de uno.

Martina parpadea y baja la cara durante un segundo. A juzgar por cómo me mira, diría que me estudia, que no se fía de mi presencia aquí. Mi hija intuye que algo no es lo que parece y eso me ayuda. Hay preguntas en sus ojos que ella todavía no identifica: «¿Qué quieres, papá? ¿A qué has venido? ¿Por qué?». Ésos son los mensajes que todavía no formula. Llegarán. Con Martina las cosas tardan pero llegan.

No sé cuánto dolerá responderle. Ni si la verdad que traigo conmigo llegará a tiempo.

—Monos, no, abuelo —salta Verónica, echando chispas—. Son primates. Y son recintos, no jaulas —remata, enseñando los dientes.

—Sí, hija, lo que tú digas.

—No, lo que yo diga, no. Es lo que es, abuelo, no lo que yo diga. Y también es mi gente, así que vete con cuidado, no la vayamos a liar.

—Tu gente somos tu familia, niña. Los simios y tu trabajo son una vocación, no te confundas.

Está herida. En la emoción. Me gusta verla tan viva.

—¿Mi familia? —Suelta una risa forzada que suena como un pequeño ladrido—. Ay, abuelo, creo que tenemos un concepto de la familia muy distinto. Y no me parece que seas tú el más indicado para ir por ahí dando lecciones de lo que... en fin... qué más da.

Qué más da, dice, volviendo a encerrarse en su concha de mandíbulas apretadas. Está bien. Habrá tiempo. Siempre hay tiempo. Dejo pasar un par de segundos y vuelvo al padre Julián.

—¿De verdad que ese hombre sigue vivo?

Martina asiente.

—Pues claro.

Me llevo la mano a la cabeza. No me gusta este viento. Me despeina. Vaya con el padre Julián.

—Quién me lo iba a decir, después de todos estos años. Deben de ser las obleas. Leí una vez que las obleas aportan un sesenta por ciento de la fibra diaria que necesita el organismo. —Vuelvo a mirar a Verónica—. Que ese viejo baboso siga vivo... eso sí que es un milagro.

Aprieta los dientes. Sigue tan tensa que veo cómo le palpita la vena del cuello.

—Qué milagro ni qué milagro, abuelo. ¡Pero si le sacas por lo menos quince años!

Vaya. Verónica tira a dar porque cree que sabe dónde apuntar. Desde muy jovencita aprendió de esta familia que lo que no se nombra es a menudo lo que no hay que tocar, lo que está mal colocado. Cree saber que no me gusta que me recuerden mis años así, a bocajarro, porque me toma por una de esas estrellas chifladas y obsesionadas con el paso del tiempo que intentan escatimarle años a la vida creyendo que la vida es imbécil. Y tira a dar porque tiene rabia. Cree que contra mí, que es capaz de hacerme saltar para saltar también ella conmigo. Tiene ganas de vacío.

Pero se equivoca. En el fondo no, en el momento. Los viejos lo somos cuando la edad nos permite jugar con nuestras debilidades. Si un viejo no contesta a una pulla, es quizá porque ha perdido el oído, o la atención, o simplemente porque va lento. Toreamos con la indiferencia, no con la cintura. Paso su estocada por alto y voy a lo que voy. Martina me espera.

—¿Y por qué no ha venido el baboso al entierro?

—Pues porque mamá dejó dicho que no quería ni misa ni cura —se

explica—. Sólo a nosotros. —Baja la mirada durante unos segundos cuando dice ese «nosotros». Sé que Constanza no me incluía en el grupo y ella también lo sabe, pero no importa. Constanza ya no está y eso ahora tiene sus ventajas.

—Ah.

Me miro los pies mientras muevo la boca como uno de esos viejos dementes que se sientan a destrozarse las encías en los bancos de las ciudades del mundo. Luego me rasco la cabeza.

—¿Tú sabías que, antes de venir al pueblo, al padre Julián lo echaron de un par de colegios porque metía mano a los niños?

Martina parpadea, sorprendida.

—No digas tonterías, papá.

—¿Tonterías? ¿Y cómo crees tú que aterrizó en esta ratonera? Lo echaron, lo desterraron. ¿No te lo dijo nunca tu madre?

Verónica y su poca paciencia empiezan a tocar techo. En su gesto se lee el fastidio contra el que se debate por no estar cumpliendo con el guión que en su imaginario íntimo había calculado para esta tarde antes de enterarse de que también yo estaría. En el guión, en el apartado observaciones, había anotado una pequeña lista al margen con su letra menuda y perfecta: «drama contenido; los tres solos, Lucas, tía Martina y yo; parquedad en la pena; pasaremos el fin de semana juntos en la casa grande; bajar a dar un paseo por la playa; descansar; ¿ayudar a tía Martina a ordenar las cosas de la abuela?; llamar a Josué, el hijo de Mateo, para que venga a cuidar del jardín al menos dos veces por semana; preparar la reunión del martes con la comisión y la visita del concejal de medio ambiente. Descansar (repetido)».

—No, papá. No me lo dijo porque no es verdad.

—Y dale.

—¿De dónde lo has sacado?

—Ya estamos. ¿Cómo que de dónde lo he sacado? No deberías dudar así de la palabra de tu padre. Me ofende.

—Y tú mientes más que hablas —rabia Verónica.

—Lo leí una vez en in-ter-net —le escupo, perfilando cada sílaba como si practicara una escala acompañado al piano mientras me vuelvo hacia ella. Nuestras miradas se encuentran y chocan como dos chispazos, quedando colgadas del aire que envuelve la tumba en un arco iris de colores chillones. «Tan iguales nieta y abuelo», oigo pensar a Martina. «Y tan distintos»—. En el Yujús.

—¿En internet?

Verónica se muerde el labio, intentando disimular una sonrisa. Acabo de ganármela, al menos de momento.

—Sí, hija. En la cosa esa de Billy Eliott.

Pica el anzuelo. Bendita niña.

—Yahoo, abuelo. Es Yahoo y es Bill Gates —me corrige con la misma voz que debe de emplear con sus monos cuando no comen.

—Pues eso. Un par de mafiosos es lo que son. Como Julio Iglesias. O peor. Como los Panchos.

Me mira sin entender.

—Tú ni te imaginas el daño que han hecho y siguen haciendo aún esos mataboleros. Son como las tiendas de los chinos. Se muere uno y aparecen dos más. Una factoría de frikis.

Va a decir algo, pero se nota pillada a contrapié. No le doy tiempo.

—Como el padrecito Julián. Tú escribe «Julián cura cochino comeniños» en el Yujús. Verás como sale. Y con foto y todo de esas de «se busca». Como en el oeste. Menuda inmundicia.

Ya está. De pronto baja la cabeza y se rinde a escondidas como he visto rendirse a Martina tantas y tantas veces a este humor dislocado que los años

me han enseñado a manejar, y la veo destensar la frente y suavizarse entera, entregada al niño que este viejo bobo lleva dentro y que llega pataleando al rincón más blando de lo que no controla, el niño contra el que nadie ha podido hasta ahora y que tantas veces me ha salvado. Se ríe, mi nieta se ríe y su risa suena metálica, tímida. Desacostumbrada. Una risa a pesar de ella, eso es. Y a mí, verla así, tan floja, me quiebra cosas por dentro porque soy consciente de repente de cómo es mi pequeña cuando no es así. Y también del trabajo que nos queda con ella a los que la queremos.

Yo me río con ella, disfrutando tanto al verla reír que casi paso por alto a Martina tragando duro para no dejarse llevar por la emoción que tan bien está controlando hasta ahora. Artistas todos en esta familia en el control de lo que emociona. Asustados. Y todo eso —la risa, su garganta cerrada y el sol que vuelve a romper los jirones de nubes en lo alto— ocurre en paralelo a Lucas y a sus ojos grandes. Lucas que ha despertado de su lento letargo y que ahora se acerca a nosotros bordeando la tumba. Al llegar junto a mí, se sienta y mira de perfil a Martina. Y así se queda unos instantes, no ajeno a nuestra risa, pero sí lejano, concentrado en algo que le ronda y que quiere salir.

Cuando por fin habla, nuestro arco de risa se quiebra por la mitad, cayéndonos encima.

—¿Puedo hacerte una pregunta, abuelo?

Viéndole así, pidiendo permiso para hablar, me asalta un calambre de arrepentimiento y de vergüenza por haber estado tan lejos tantos años, tan aparte. Y porque leo en sus ojos que lo que traigo conmigo quizá lo cambie todo y quizá termine de matarlo también todo. Entonces ya no habrá vuelta atrás.

—Claro, hijo. Lo que quieras.

Suspira ligeramente antes de hablar.

—Papá también era muy alto, ¿verdad?

Verónica sigue de espaldas. Yo vuelvo a dejarme caer sobre la tumba y alargo la mano hasta tocar el brazo de mi nieto, pero él sigue mirando a su tía, aunque juraría que no la ve.

—Sí, cariño. Casi tan alto como el abuelo y como tú —responde Martina.

Él no dice nada. De pronto hay tanto silencio que hasta el tiempo parece haber desaparecido del cementerio, envasándonos al vacío.

—¿Y cómo cupo?

Martina carraspea y Verónica se seca de las mejillas esas lágrimas de risa que la pregunta tímida de su hermano ha cortado en seco.

—Si era tan alto como nosotros —insiste Lucas, mirándome ahora—, ¿cómo pudieron meterlo?

De esta nos va a costar salir. Lo veo en los ojos de Verónica y en la carraspera repetida de Martina. Y veo también que ellas no van a ser de mucha ayuda porque entiendo que la pregunta de Lucas no es más que la punta del iceberg, que a este muchacho lo que le falta no es voz, sino respuestas. Demasiadas. No está completo.

Pero hay que salir, porque cuando un hombre como Lucas pregunta, lo hace desde muy atrás, desde una cápsula de inocencia y de pureza que todavía no se ha roto y que hay que manejar como hilo de seda. Con cuidado. Callo la verdad con cuidado, como llevo haciéndolo desde que pasó lo que pasó y empezó a pasar lo demás.

—Los muertos se encogen, hijo —me oigo decir con voz de abuelo cuentabatallas—. Como los viejos. Por eso, cuanto más cerca estamos del final, más flacos y más pequeños nos volvemos. En vida, nos encogemos para no molestar. En la muerte, para caber.

En vida para no molestar. En la muerte, para caber», dice el abuelo. A mi lado, tía Martina parpadea y traga saliva. Enciendo un cigarrillo y le doy vueltas a la sentencia del abuelo.

—No deberías fumar —me suelta, desconcentrándome—. ¿No os prohíben fumar en la compañía?

Expulso el humo por la nariz y sonrío. El abuelo juega a despistar. No le gustan las preguntas.

—No.

—Pues deberían. Por lo menos a las primeras figuras. No sé cómo podéis aguantar tantas horas de ensayo con tanto humo dentro. Deberían multaros, como a los ciclistas.

—No exageres. La verdad es que en la danza contemporánea las cosas son bastante relajadas, sobre todo en compañías como la de Copenhague. Pero en el Royal lo del tabaco era un infierno. Ni te imaginas lo que nos machacaban con el tema. Bueno, con ése y con muchos otros.

—Ya lo sé.

Levanto la mirada.

—Lo vi en *Billy Elliott*.

Me río. Me río y él conmigo, y oírle reír así me estruja el esternón porque el abuelo es otro muy distinto al hombre que es cuando no lo hace. Y porque su risa es la de papá. No la recordaba así.

Y, mientras la risa se apaga y yo sigo rumiando mi pregunta, tía Martina vuelve a sentarse a sus pies, de espaldas a nosotros, y Verónica se acerca también y se sienta entre las rodillas de la tía. Vistos desde arriba, somos una familia como otra cualquiera, disfrutando de una tarde de picnic un

domingo de abril. Mientras, el rugido sordo del Atlántico rasga el día como una lluvia de arena. De pronto me siento cansado. Las horas maldormidas de estos últimos días empiezan a pasarme factura y el *jet lag* bambolea al abuelo, atontándonos al sol. «Mañana, si hace buen día, podríamos bajar a la playa —pienso, incapaz de moverme—. Me gustaría bajar, sí.»

—¿Y tú?

Es mi voz y también mi pregunta. No está entera, pero es sincera.

El abuelo abre los ojos.

—¿Yo?

A sus pies, Martina acaricia la cabeza de Verónica, pero no hablan. Verónica tiene un geranio rojo en la mano que va desgranando distraídamente como una judía multidimensional.

—Sí.

La pregunta no le ha llegado completa y él espera. Me concede unos segundos más.

—¿Por qué no te has encogido?

Su mirada recoge con cuidado mi curiosidad y a mí su cuidado me enternece.

—Porque duermo colgado de un gancho. Como los vampiros —dice con una sonrisa de niño viejo.

—Venga, abuelo. En serio.

Se pone serio y me mira despacio, cubriéndome con sus ochenta y cinco años de vida al aire.

—¿Qué es lo que quieres saber, Lucas?

Se me cae la sonrisa al suelo húmedo del cementerio. Siento cómo se tensan mis defensas y noto que mis músculos, entrenados una y mil veces, le cierran el paso a la sangre para darse tiempo. He entendido el tono, sí. También la mirada.

—No lo sé, abuelo.

A sus pies, Verónica se ha quedado sin rojo en las manos. Ahora sólo un tallo torcido que hace girar entre los dedos. Una nube vuelve a tapar el sol o es el sol que se esconde.

—Es un buen principio —dice.

No le entiendo y él se da cuenta.

—El no saber, digo.

Intento sonreír. Me sale mal.

—¿Tú crees?

—A tu edad, yo creía saberlo casi todo.

—¿Entonces?

—Entonces nada. Tardé muchos años en darme cuenta de que saber no ayuda a vivir. Ayuda a justificar y a explicar. Y a entender, también a entender. A vivir no.

Apago el cigarrillo en la hierba y lo aplasto con el pie. Luego apoyo los codos en las rodillas y la barbilla en las manos.

—Tus padres te quisieron mucho, hijo. Aunque no sé si es eso lo que quieres saber.

No me muevo. Ni parpadeo. Nada.

—Ya lo sé.

Suspira y se recoloca sobre la dureza de la piedra.

—No, no lo sabes. No lo sabes porque no tuviste tiempo. No llegaste a tiempo. Tu cerebro lo sabe pero tu corazón no lo recuerda. Y es que la memoria se alimenta del corazón, no de lo que uno sabe.

Suelta un pequeño suspiro y aprieta los puños. Vuelvo a nosotros dos.

—¿Y será siempre así?

—¿Así?

Busco otro cigarrillo con gesto automático, pero lo pienso mejor.

—Como si todo terminara siempre antes de empezar. En el aire. Como cuando giro en el escenario y llega un momento en que no sé dónde buscar lo que estaba delante y dónde lo que tenía detrás, y entonces me da miedo parar porque si paro todo volverá a ser como era, porque por mucho que gire, el que da vueltas soy yo, y sobre el mismo sitio. Pero la vida queda fuera. No sé si me explico.

Cierra los ojos.

—No puedo responderte a eso, hijo.

Adivino la silueta de Verónica levantándose a mis pies y también la de tía Martina. Va siendo hora de irnos, sí.

—¿Por qué?

Tía Martina y Verónica se mueven hacia el portón, cogidas del brazo. Chilla una gaviota sobre las palabras del abuelo, trenzándolas.

—Porque desde que murió tu padre también yo busco la respuesta.

De repente asoma el sol en lo alto. Lo siento en la piel y en la calidez repentina del aire. El abuelo se incorpora sobre la tumba y se queda sentado con los pies en la hierba mientras yo me vuelvo hacia el portón de la entrada. Sus palabras tímidas de abuelo viejo me llegan como una voz en *off* que me recoloca la espalda, abriéndomela despacio como un bisturí.

—Quizá me ayudaría si pudiéramos buscarla juntos —le oigo decir.

No me vuelvo a responderle.

No me saldría la voz.

OceanofPDF.com

Ellos dos van delante. Lucas arrastra la maleta del abuelo por el camino mojado, llevándose a su paso hojas, restos de corteza y semillas. Hace muchos años que no los veía juntos, prácticamente desde que el abuelo se marchó y se instaló en Buenos Aires. Sé que, de una época a esta parte, se han estado viendo porque uno y otro me han ido poniendo al día de sus encuentros, pero también sé que sus lugares comunes casi nunca han sido buscados: las giras de uno y las del otro les han cruzado en las ciudades del mapa entre cenas compartidas después de una actuación, unidos los dos en lo que hacen, cantando el abuelo y bailando el nieto. Dos escenarios en paralelo. Poco más.

A mi lado tía Martina con su brazo en el mío, cabizbaja y concentrada en la mano hinchada que se masajea con la sana. Vista así, de perfil, no sería difícil confundirla con un hombretón de campo —pantalones llenos de bolsillos cargados de cosas que luego no recuerda haber guardado, camisa abierta sobre la camiseta gris desteñida, mocasines con suela de goma de las ocasiones especiales y pelo gris cortado al cepillo—, aunque eso a ella siempre le ha dado igual, sobre todo desde que cerró su casa de Ibiza para volver aquí a cuidar de la abuela. Eso y muchas otras cosas: el qué dirán, el qué pensarán, lo que pasa en el mundo al otro lado del muro de piedra del jardín, los chismes que hasta hace poco todavía llegaban a veces del pueblo y a los que ahora ya nadie da cuerda porque, aparte de Matilde y su hostel, aquí ya no queda nadie.

A pocos metros de nosotras, Lucas se ríe con el abuelo. El abuelo le pasa la mano por los hombros y él se acomoda en su abrazo, confiado.

—¿Es verdad lo de la llave? —pregunta tía Martina.

Me vuelvo a mirarla, sin entender.

—Eso de que tenemos que devolvérsela al padre Julián.

—Sí.

—Entonces, ¿pasamos antes por la iglesia?

La pregunta es en sí una estupidez, básicamente porque para tomar el camino que lleva a la casa grande hay que pasar por delante de la puerta de la iglesia. Asiento con la cabeza sin poder controlar un pinchazo de fastidio en el estómago. A veces me pregunto dónde narices tendrá la cabeza esta mujer.

—Me habría gustado tanto cubrirla la tumba de flores... —dice de pronto, sin levantar la mirada. Ahora sé dónde tiene la cabeza y me arrepiento de haberla juzgado tan pronto—. Antes de... de bueno, de que papá se fuera, le encantaban, sobre todo los liliums. Los amarillos. No sé si te acordarás. Tenía la casa siempre llena.

Me acuerdo, sí: de la abuela, de sus liliums y de muchas otras cosas que no hemos vuelto a mencionar y que no entiendo.

—Sí, me acuerdo.

—Pero cuando papá se marchó, se acabaron las flores en casa. Mamá decía que le recordaban a él. —Levanta la mirada y se topa con la fachada de piedra de la iglesia, a la que ya casi hemos llegado. El abuelo y Lucas se acercan a paso lento a la puerta abierta, concentrados en lo suyo—. Aunque, ahora que lo pienso —sigue tía Martina—, creo que todo le recordaba a papá. Ella no lo decía, o al menos no así. Pero todo eran referencias veladas a él y a... bueno, a otras cosas.

Otras cosas, dice. Yo sé lo que incluye ese «otras cosas». Las dos sabemos que «otras cosas» es lo que no se dice, lo que no tocamos en nuestras conversaciones y, en el recuerdo, lo que todos han querido enterrar porque para qué decir. «Otras cosas» es mamá. Prohibido nombrarla delante

de la abuela desde que el accidente nos dejó a Lucas y a mí colgando del tiempo como dos marionetas con los hilos sueltos. Luego, con los años, la prohibición incluyó también al abuelo. Rodolfo y Emma. Fuera los dos. Expulsados de la vida y del recuerdo. Uno en vida, la otra en clave de pasado. Y lo que no se nombra no existe porque no tiene nombre. Los años nos convencerán de que nunca existió. Claro. Cómo no.

Estoy cansada, cansada de tanto caminar por la acera de mi historia con Lucas en brazos como sobre un campo lleno de minas. Cansada de callar, de batallar. Y de años inventando para mi hermano una familia que no es.

—¿Otras cosas? —pregunto, al tiempo que freno en seco sobre la grava del camino y siento el brazo de tía Martina tirando de mí hacia delante—. ¿Como cuáles?

El brazo se tensa. Unos metros más adelante, el abuelo se vuelve hacia nosotras y nos sonríe. No nos oye.

—Bueno... —balbucea tía Martina—, ya sabes como era tu abuela. Había cosas, gente...

Vuelve el calambre a rayarme la pared del estómago y vuelve también la rabia, una rabia sorda y fea con la que he aprendido a malvivir. Hemos pisado una mina y nos ha estallado en la cara.

—¿Gente? ¿Qué gente?

Se encoge. Tía Martina se encoge. La metralleadora le ha perforado el ahora y no tiene dónde esconderse, esposada a mi brazo como una convicta a su condena.

—Ay, hija, no sé... —empieza, agitando nerviosa en el aire su mano libre y mirándome con una mezcla de odio y de miedo en los ojos que yo no le conocía o que, si le conocía, no había sabido identificar hasta ahora. Son los ojos de un animal asustado, los ojos de quien confía poco en lo bueno que pueda venir de fuera. Me miran como tantas veces la he visto mirar a la

abuela, esperando siempre un comentario agrio, una orden fea, un machacón «Que me llegue pronto la muerte, hija. No soporto más esto». Y en ese «esto» iba incluido su nombre de hija mayor, el de la que se quedó y también el de la que se equivocó quedándose en vez de su hermano. La metralla de ese «No soporto esto» de la abuela decía cosas feas: «No soporto la vida sin mi hijo. No soporto esta vida de vieja sin mi marido. No soporto no tener la vida que imaginé, la que me merecía. No soporto mi vida contigo, hija, ni la tuya conmigo porque no suman una, no la que esperaba. Sin tu hermano y sin tu padre, viviendo sólo esta mierda. Los restos. Lo que nadie quiere. Y todo eso eres tú, mi pobre Martina».

De pronto veo también en esos ojos una sombra que se superpone a la de la figura reconcomida de la abuela, encajando las dos, amalgamadas. Y veo a una Verónica seca y unidimensional que asusta a tía Martina, que sabe debilitar al débil, y no quiero, así no. Así me pierdo. Nos perdemos todos.

Entiendo de repente que mi tía ha vivido tantos años a la sombra de la abuela, confinada a ella, que todavía no entiende que la abuela ya no está. Su cabeza lo sabe, sí, porque contiene los datos físicos que lo confirman. Pero la información todavía no ha llegado al corazón. En estos momentos vive con dos Constanzas, la muerta en la cabeza y la viva en la emoción. Es demasiado pronto para pedirle nada. Necesita tiempo.

—Cuando decidí volver e instalarme aquí con mamá, estaba convencida de que con el tiempo lograría que saliera adelante —dice—. Los primeros meses fueron horribles. Mamá no hablaba, ni siquiera conmigo. Ni «sí» ni «no». Nada. Ni un suspiro. Se pasaba los días en la cama, mirando por la ventana. Hubo veces en que creí que se dejaría morir. —Se vuelve a mirar al océano, que salpica de azul todo lo que hay más allá del camino—. Nunca imaginé que esos meses de silencios serían los mejores de nuestra vida juntas. Que lo peor estaba por llegar.

También yo vuelvo la mirada hacia el norte. La brisa trae con ella una fina lluvia de sal que lo acartona todo. Tía Martina se pasa la mano sana por la cara y se lame la yema del índice en un gesto que le he visto hacer muy a menudo en el pasado y que me acerca a ella. Un gesto muy Hoffman.

Frente a nosotras, apoyado contra la puerta de la iglesia, el abuelo repica con el pie en la piedra del suelo y el gesto torcido, impaciente. No le gusta esperar.

—Vamos —le digo a tía Martina, tirando ahora de ella hacia delante. Ella se vuelve a mirarme, volviendo a lo que hay con un parpadeo y una sonrisa de disculpa.

—Sí, vamos.

OceanofPDF.com

Verónica tira de mí y recorremos del brazo la escasa distancia que nos separa de Lucas y de papá antes de entrar a la iglesia en silencio y sumergirnos en la penumbra verdeazulada que se filtra por las pequeñas ventanas abiertas en la solidez de los muros.

La vieja iglesia: paredes desnudas de piedra clara cerrándose sobre una fila de bancos escasos que terminan en un pequeño altar. Detrás, la imagen tallada en madera de un Cristo con la mirada en alto. A un lado del altar, una figura retoca unas flores en un jarrón. Es el padre Julián, vestido de calle, concentrado en su ramo de calas y apartado del mundo al abrigo de su sordera.

Por un momento nos quedamos donde estamos, vencidos por el espacio familiar y reconocido del templo. Hay demasiados recuerdos entre estas paredes, para nosotros al menos. Aquí hemos vivido lo mejor y lo peor de lo que compartimos como familia: los bautizos de Fernando y el mío, también el de Lucas y el de Verónica; el funeral de Fernando y Emma..., demasiadas cosas. Demasiada vida y demasiada muerte. Papá no se mueve. De nuevo los cuatro en fila, esperando.

Justo cuando Verónica tira de mí hacia la primera fila de bancos, el padre Julián termina de colocar la última flor en el jarrón y levanta la cabeza. En su rostro, una sonrisa de sorpresa. Nos saluda con la mano y, sin dejar de sonreír, viene hacia nosotros por el pasillo central.

—Buenos días, buenos días —dice con voz de cura, llegando hasta la entrada. Al ver a papá, se para en seco y, tras un par de segundos en blanco, se acerca a él con rostro compungido y le tiende la mano—. Señor Hoffman, cuánto tiempo. No sabe cuánto me alegra verle. —Se interrumpe,

vacilante—. A pesar de que las circunstancias... Ya sabe cuánto queríamos en la parroquia a la señora Constanza.

Papá le devuelve una sonrisa beatífica y le estrecha la mano.

—Y ella a ustedes, padre —suelta con aire tristón.

—Lo sé, lo sé.

—Fíjese si les quería que no ha querido molestarles ni en el día de su muerte —añade con un suspiro y un brillo malévolo en los ojos.

El padre Julián no está seguro de haber captado el mensaje y prefiere dejarlo de lado. Al volverse hacia los demás, repara en la llave que Verónica lleva en la mano y arquea las cejas, fingiendo sorpresa.

—Ah, la has traído. Habrás cerrado bien, hija.

—Sí.

—Todo en orden, padre —interviene papá, apoyándose en el respaldo del banco que tiene delante—. Los hemos dejado a todos bien instalados, no vaya a ser que a alguno le dé por levantarse y venga a pedir el libro de reclamaciones, ¿eh? —suelta, alzando la voz y regalándole un guiño cómplice que el padre saluda con un parpadeo.

Me llevo la mano a la cara. Se me ha puesto morada como la tenía esta mañana. La mano.

Verónica se adelanta a darle la llave al padre. Él la coge y se la mete en el bolsillo, acompañado por nuestro silencio.

—En fin —dice—. Me alegro de haberles servido de ayuda, aunque hubiera deseado haber hecho algo más.

Silencio. Se acerca a la puerta de madera y la abre, sujetándola al tiempo que se hace a un lado para cedernos el paso.

—Quizá quieran venir a misa el domingo. Podríamos dedicársela a la señora Constanza —propone con voz de anuncio.

Me oigo balbucear algo, buscando las palabras adecuadas con las que

despachar cuanto antes la propuesta del padre, pero papá toma la delantera.

—Lo siento, padre, pero no va a poder ser —anuncia con voz neutra—. Vuelo a Buenos Aires pasado mañana.

El padre baja la mirada y chasquea la lengua.

—Vaya.

—Aunque, se me ocurre que quizá... —vuelve papá, dejando que su «quizá» nos sobrevuele como uno de esos globos que suben despacio con la brisa, en ascenso directo hacia un cable forrado de espinos.

El globo toca el cable y se frota contra él, hasta que una punta lo clava a traición, arrebatándole el continente y esparciendo sobre nosotros su contenido: una maraña de agua sucia y caliente. Una baraja de cartas marcadas. El resto de una frase en boca de papá que suena así:

—Quizá le gustaría venir a cenar a casa mañana. Nos encantaría tenerle entre nosotros, padre.

El cura parpadea, incrédulo. Verónica me mira de reojo y Lucas se escurre al otro lado de la puerta, buscando aire fresco.

—Son tan pocas las veces en que podemos estar todos juntos —insiste papá—. Y, yo, a mi edad... en fin, no sé ya si habrá muchas ocasiones más.

—Bueno, yo... la verdad es que no esperaba...

—Anímese, hombre —remata papá, dando una palmadita en el hombro flacucho del cura—. Además, hay algo que quiero hablar con usted. —El padre se tensa, intuyendo un peligro cuya magnitud no termina de acotar del todo. Papá le toma del brazo—. Hace tiempo que llevo dándole vueltas a un proyecto y creo que ha llegado el momento de ponerlo en marcha. —Trago mal. Trago mal y me atoro al tiempo que el padre tensa la espalda—. Estoy pensando en abrir una escuela para nuevos talentos del canto.

Ay.

El padre lo mira. Por su mirada y la forma de ladear la cabeza, sé que no

está seguro de haber oído bien. Sigue así un instante, como un loro en el alambre, la pata levantada, la cabeza inclinada. Papá levanta la mirada hacia la talla de madera que, desde donde yo estoy, corona la calva del padre como si la tuviera clavada en todo lo alto.

—Ya sabe, padre —suelta con aire modesto—. Un internado donde cultivar las voces del futuro. —Ante los ojos acuosos y desconfiados del cura, tensa la cuerda—. Y, quién sabe, ¿quién nos dice que no podría ser aquí? —Se vuelve a mirarme y entrelaza las manos como un predicador chiflado—. ¿No, hija?

A veces admiro a papá. Admiro su capacidad de inventarse la vida y de vivir en lo inventado. No sé por qué le admiro, pero es así. Tiene tantas vidas dentro, tantas ganas de jugar con todo a sus ochenta y cinco años, que lo demás y los demás nos dibujamos siempre perdedores a su alrededor. Y le admiro por saber reírse de quien es, por su desvergüenza y, porque a pesar de haber perdido tantas cosas en el camino, sigue teniendo una ilusión que a mí me cuesta atesorar, que no valoro.

A veces le admiro, sí. Otras, cuando recupero mi peor visión, le detesto por su inmadurez y también por ser culpable de muchas cosas que no deberían formar parte de mí y que él jamás ha reconocido ni explicitado.

Entonces lo mataría.

Me mira esperando una confirmación, ofreciéndome su complicidad como un regalo. Sé que juega con el padre Julián, pero no sé a qué y me da miedo. A su lado, el padre se pregunta cosas. Hay un gusano que cuelga de un anzuelo delante de él y él lo mira de reojo, salivando. Picará. Papá lo sabe y lo sé yo.

—Sí, papá. Claro. ¿Por qué no? —Es mi voz. Es mi voz que miente, siguiéndole el juego. Al fin y al cabo, el padre Julián es un baboso. Después de lo que hizo, no me da pena verle retorcerse bajo la lupa de papá.

El cura aparta los ojos del cebo y me dedica una mirada iluminada. Tiene unos ojos pequeños, hendidos en carne blanca y colgona, y unas manitas de bebé.

—La verdad es que es muy amable de su parte —dice con una risilla sin labios—. Y, bueno... claro, será un placer cenar con ustedes. —Me mira, abre los brazos y suspira—. Así, en familia.

Papá sonríe, mostrándonos su dentadura perfecta, y se infla como un pavo.

—Sabía que no me fallaría, padre —murmura, dándole la mano y volviéndose hacia la puerta—. Fíjese que venía dormitando en el avión, dándole vueltas a lo de la escuela, y de pronto me he dicho: el padre Julián es mi hombre. —El cura aguza el oído, atento, y el abuelo baja la voz—. Nadie tiene tan buena mano con los niños como él. ¿A que sí, padre?

El cura entrelaza las manos, impertérrito. Se ha perdido las dos últimas intervenciones de papá y busca algo que responder a lo que no ha oído, estudiando con atención la expresión de Verónica y la mía por si lee en ellas alguna información que le sea de ayuda. Verónica se abandona a su impaciencia y decide encarar la puerta. El padre me mira, sorbe un poco y por fin sale del atolladero con un:

—Naturalmente. Mañana por la noche. A las nueve. Allí estaré.

Es cierto. Hay veces en que mataría a papá. Otras, me sorprende preguntándome quién hay ahí en realidad, quién se oculta bajo esa voz sobrenatural y ese porte de eterno marino, sostenido sobre ese mástil de vértebras viejas que le articula. Hace veintidós años, poco después del accidente que se llevó a Fernando y a Emma, él y su voz se convirtieron en padre y abuelo ausente en una extraña maniobra que aquí no entendimos. Huyó. Papá huyó y renunció a los que quedábamos, a lo que hasta entonces había sido su puerto de llegada y de salida. Empezó de nuevo en la otra

orilla, borrándose en lo privado, tragado por los años y por el fardo de reproches y de no perdones que mamá hizo extensivo a todos nosotros hasta que poco a poco su luz de náufrago volvió a parpadear tímidamente en la oscuridad con sus postales, que luego fueron cartas, que luego llamadas, hasta que llegaron los encuentros, fugaces visitas anuales a la clínica donde nos hemos ido viendo sin retomar mucho, sin intimar apenas, visitas restringidas en las que nos hemos ido poniendo al día de lo más inmediato: yo estoy bien, tú estás bien, yo tan ocupada como siempre, él con mil galas y proyectos, viajando, grabando, a la estela de esa voz que no se apaga. Y luego otra vez el vacío. Y la distancia. Y vuelta a empezar.

Hasta aquí. Hasta hoy. De pronto, viéndole así, enmarcado en luz contra la puerta de la iglesia, su vejez se me cae encima como un disparo, empequeñeciéndome. Sus ochenta y cinco años de padre tienen cosas que son mías y que yo quiero saber, frases en blanco que sólo él puede llenar. Sobre mí, sobre mamá y sobre lo que ocurrió esa fea noche que nos rompió la vida a todos los que quedamos. Quiero que me explique, que se explique. Y entiendo que es ahora o nunca, y que si no lo hago antes de que el lunes coja ese vuelo que le devolverá a su destierro, quizá ya no pueda ser.

Y tengo miedo. De lo que no sé. De lo que esconde. También de no volver a verle.

Eres un demonio, papá.

Tía Martina está molesta con el abuelo, benévola y molesta. Él, por su parte, sonríe satisfecho mientras dejamos el camino principal e iniciamos el ascenso por la senda de grava bordeada de enormes castaños de Indias que lleva a la casa grande. Discuten. Discute ella, él calla. Se adelantan poco a poco, dejándonos a su estela mientras los dos torreones escamados de tejas brillantes que encuadran la fachada principal asoman ya en lo alto, coronando las inmensas copas.

A mi lado, Verónica camina en silencio, su brazo en el mío. Está ausente, concentrada en algo que tira de ella hacia dentro desde que hemos salido de la iglesia. Sopla una brisa fresca que peina la hierba en las lomas y desde el océano llegan batallones de nubes hinchadas como velas. Va a cambiar el tiempo.

—Va a cambiar el tiempo —dice, cerrando los ojos y olfateando el aire.

—¿Tormenta?

—Tormenta.

Cuando éramos pequeños jugábamos a adivinar cosas en el viento y en los olores que el aire traía desde el acantilado. Los olores llegaban impregnados de mensajes y había que adivinarlos, anticipando lo que estaba por llegar: si tormenta, alguna trifulca; si niebla, lo injusto; si sol, papá o el abuelo regresaban de alguna de sus giras, cargados de regalos, con ganas de nosotros. Con los años, el juego ha seguido vivo, convertido ahora en un lenguaje propio con el que Verónica y yo nos conectamos sin esfuerzo. Tormenta, dice. Y yo leo en sus ojos y en la brisa húmeda que la habrá en el

cielo, y también en la vida, en las próximas horas. Vuelvo a nuestro lenguaje común.

—¿Dolerá?

No me mira. Las nubes barren el azul como flores sueltas, flotando sobre el brillo de sus ojos.

—Claro.

—¿Mucho?

Se vuelve a mirarme y me atrae hacia ella, arrimándose contra mí.

—Sí —augura rotunda, con la cabeza apoyada en mi hombro—. Pero dolerá bien, ya lo verás.

Dolerá bien. Ésa era una frase de mamá. La usaba siempre que nos acompañaba en el dolor de una cura después de una caída, en los segundos previos a la llegada de la señora Sonia y sus gammaglobulinas con jeringa de cristal y en el terror que me encogía y que me encoge aún en la sala de espera de cualquier dentista. Ésa era mamá. Ésas, sus dos palabras. Verónica y yo lo sabemos bien y, cuando uno de los dos se las dice al otro, dibujamos con ellas un crucigrama inmenso en el que caben millones de combinaciones. En el uno vertical, escribimos: «la echo de menos», y en el uno horizontal escribimos también: «fue un bien compartido, una suerte que podremos rescatar siempre del pantano de mala muerte que nos dejó sin ella, un anclaje que todavía dura y que nos une desde su ausencia». Decimos con esas dos palabras que hemos sido y somos hermanos por partida doble: la primera cuando, años después de nacer ella, nací yo y la hermané a mí; la segunda, la noche en que perdimos a mamá y a papá y tuvimos que seguir solos, aprendiendo a doler bien.

Echamos a andar de nuevo. El día empieza a diluir su luz y el cielo atrapa la oscuridad que ya llega.

—¿Sabes una cosa? —dice.

Caminamos al mismo paso, su pregunta encajada en mi curiosidad.

—Hans me ha pedido que me case con él.

Sigo sin decir nada. Conociéndola como la conozco, sé que no es eso lo que quiere que sepa. Una ráfaga de viento sacude el seto que orilla la curva del camino. Las hojas sisean como la arena de un reloj.

—Me gusta Hans.

—Ya —replica—. A todo el mundo le gusta Hans.

Tiene razón. Hans es uno de esos hombres que parecen vivir en la época y en el cuerpo adecuados, cómodo con su suerte. Quiere a Verónica con locura, pero la quiere sin entenderla. A pesar del tiempo que llevan juntos, todavía no se ha dado cuenta de que Verónica prefiere que la entiendan a que la quieran.

—¿Y?

Me mira desde abajo con cara de hermana mayor. Me río. Ella no.

—¿Me estás pidiendo consejo? ¿Tú?

—No.

—Ah.

Podría ser el fin de la conversación. Tiene orgullo Verónica, un orgullo de niña. Y a veces le cuesta reírse de sí misma. Pero sabe que conmigo no peligra.

—Tu opinión. Quiero tu opinión —rectifica a regañadientes.

—¿Por qué?

—Porque eres mi hermano.

—Creo que deberías pedírsela a alguien que tuviera más experiencia que yo en matrimonios.

—Idiota.

—Y también creo que no te quieres casar. Y que no es eso lo que quieres decirme.

Tensa el brazo alrededor del mío. Me gusta su brazo flaco dándome calor.

—Te crees muy listo, ¿eh, niño?

—No, cariño. Es que sólo te tengo a ti y te conozco bien.

La siento sonreír contra mi chaqueta. Relaja el brazo.

—Ya lo sé.

Y yo. Tengo a Verónica y tengo también la danza, pero a veces me gustaría que hubiera algo más, que eso no fuera todo.

—¿Qué pasa, Verónica?

Hemos llegado a la rotonda que separa la casa de la boca del camino. En el centro, un estanque. Carpas de colores que bucean bajo el agua tintada por el crepúsculo. Los nenúfares de siempre y tía Martina y el abuelo convertidos en sombras, al pie de los escalones que llevan a la puerta de entrada.

—Pasa que te noto raro —dice—. Como mayor. Y que tú no eres así. No eres de preguntar tanto.

Me conoce bien. Tan bien como yo a ella.

—Y que cuando preguntas tanto es que no quieres hablar de ti porque algo escondes.

Reacciono sin pensarlo y mi respuesta me sorprende casi tanto como a ella.

—A lo mejor yo también necesito que me pregunten.

Se para junto al estanque y yo la imito un par de pasos por delante. El viento ha dejado de soplar y el silencio es tan denso que parecemos movernos en agua.

—¿Quieres que te pregunte? —Su voz me llega empapada en cariño. Cuando se deja ver, Verónica es tan frágil que dan ganas de abrazarla. Fuerte.

—No lo sé.

—¿Por qué?

—Porque si me preguntas, no podré mentirte.

—¿Y eso es malo?

Ay, Verónica. Lo bueno y lo malo. Lo que duele y lo que no. Lo que somos y lo que nos gustaría que fuera. ¿Por qué vivimos tan distraídos todos? ¿Y por qué nos da tanto miedo saber?

—No, Verónica. No es malo.

—¿Entonces?

—Es que, cuando te responda y me oiga hablar, ya no habrá marcha atrás. Y tengo miedo.

Durante unos segundos no decimos nada. El abuelo y tía Martina conversan en los escalones y el silencio es ahora liviano, casi móvil. Verónica llega hasta mí y vuelve a tomarme del brazo. Ante nosotros, la descomunal fachada de la casa grande se levanta contra el cielo, con sus torres, sus ventanas y sus sombras, enmarcada por la oscuridad de lo que ahora ya es noche.

—Entonces tendré que pensar bien la pregunta —me susurra al oído, tirando de mí hacia delante.

OceanofPDF.com

Y tú, ¿cómo estás, pequeña?

Pequeña. Cuando papá me llama «pequeña» me reduzco entera y me pasan cosas que me pasan desde que éramos uno, él y yo, mi peso sobre sus rodillas, él contándome historias que yo no entendía. Daba igual. Sentía los huesos de sus piernas bajo las mías y su brazo alrededor de la cintura mientras su voz me envolvía como el papel de celofán. Entonces todo estaba bien.

Preguntas. Papá pregunta y sé que lo hace de corazón, aunque sé también que entre nosotros las respuestas deben medirse porque no hemos aprendido todavía a gestionarlas del todo. Hubo un tiempo que sí, que las preguntas tenían respuesta, que la risa era limpia y que todo respondía a un orden sano. Pero eso fue antes del accidente. Todo fue antes del accidente y también después, como las dos caras de una moneda lanzada al aire que no termina de caer nunca y que cuando por fin cae, cae de canto. El cielo y el mar. Arriba y abajo. Una vida en positivo y la otra en negativo. Fernando y yo. Verónica y Lucas. Papá y mamá.

No, desde hace tiempo no sabemos gestionar las respuestas entre nosotros. Las de verdad, no.

—¿La verdad?

Sonríe.

—Claro.

Estoy cansada, ésa es una verdad. Cansada de estos últimos años cuidando de mamá en el caserón, las dos solas, un mano a mano con sus silencios, su decrepitud y sus intervalos de rabia acumulada. Cansada de Marianne, que llegó para ayudarme con la casa y con la cocina y que poco a

poco se ha ido haciendo un hueco donde no estaba invitada, ocupando demasiado espacio. Estoy cansada, sí. Y además me duele la muñeca. Me preocupa que no esté bien soldada porque a pesar de las semanas que han pasado ya, se me sigue hinchando la mano como la manopla rasposa con la que lavaba a mamá.

Ésa es una verdad. También hay otras.

—Estoy bien.

Arquea una ceja.

—Mentirosa.

Nos miramos. Si sonrío, me emocionaré y si me emociono no podré contener las lágrimas. Estoy demasiado blanda.

—Y cansada. Llevo dos días sin dormir, de acá para allá haciendo trámites, el hospital, la funeraria... ya sabes, la intendencia. —No dice nada pero sigue con su brazo alrededor de mi espalda—. Y triste. También estoy triste. Voy a echar de menos a mamá.

Se vuelve a mirarme y me sonrío. No es la sonrisa del artista. No la que Rodolfo Hoffman lleva regalando a su público desde que tengo memoria. Es la del padre. Hacía tiempo que no se la veía y me pilla con la guardia baja.

—Eso habla muy bien de ti.

No sé qué decir. Él sí. Baja la voz y también la mirada.

—Tu madre no era una mujer fácil.

Es verdad, mamá no era una mujer fácil, pero su vida tampoco lo fue. Sobre todo desde que se quedó sin Fernando y su mundo perfecto de madre perfecta se le volvió del revés.

—Eso decía ella de ti.

Papá suelta una carcajada abierta que alborota la quietud del jardín. Risa de niño sano. Contagiosa.

—Chica lista tu madre.

—No, papá. Puede que mamá fuera muchas cosas, pero lista, lo que se dice lista no era —replico, no de muy buena gana—. Para qué nos vamos a engañar.

—No digas eso.

Me sorprende su respuesta, pero no se lo digo. No hace falta.

—¿Sorprendida?

—Qué más da.

—A mí sí.

—No me gusta que la defiendas, papá. No te toca.

—¿Por qué?

—Porque no creo que ella lo hubiera hecho contigo de haber estado en tu lugar. De hecho, nunca lo hizo.

No. Mamá nunca habló bien de papá. Al principio lo nombraba a menudo, pero nunca directamente. «Tu padre», decía sin mirarme. Y lo decía contra mí porque no había nadie más, como si yo fuera la culpable de que papá hubiera hecho lo que hizo. Con el tiempo su discurso cambió, el tono no, y un día decidió que ya no más, que aquel «tu padre» ya no le servía. Entonces hiló más fino y papá pasó de ser un vínculo heredado por mi culpa a un opaco «ese hombre». «Así que vas a ver a ese hombre», suspiraba con una mueca de resignación mientras me veía preparar la breve escapada anual que me habría de llevar al encuentro con él en la clínica. «Ese hombre no nos merece. No nos mereció nunca», remataba entre dientes.

Llegó un momento en que dejó de mencionarle. Apagó el recuerdo de papá y lo enterró en algún desván de su memoria como lo había hecho con tantas otras cosas. Se lo arrancó y vivió sin él. Hasta su muerte.

—No la culpo —murmura papá a mi lado. Su figura blanca atrapa los

rescaldos de luz que el día ha dejado en el cielo. No le veo la cara—. Ya es tarde para eso, hija.

Ya es tarde, dice, y aunque sé que lo dice por él, su mensaje resuena en mí y en mi cabeza. Hace mucho que también yo lo pienso. Tantos años aquí, enganchada a mamá como un matojo de hiedra a un árbol lleno de espinos. Tanto tiempo esperando un cambio en ella que me abriera una puerta a lo que había dejado ahí fuera, pendiente de su dolor, de que un día se levantara con ganas de algo que no fuera la rabia contra la vida, el mal humor, el mal perder. «Veinte años esperando es tarde», se me ocurre de pronto.

—¿Qué piensas? —pregunta desde las sombras.

Pienso que han sido tantos años viviendo con mamá, pendiente de su infelicidad, que ahora que no está, no sé cómo inventarme lo que me queda por vivir. Que ni siquiera puedo echarla de menos, porque en cuanto lo haga, estaré sola y tendré que empezar de cero.

—Que tengo sesenta años, papá. Y que sí, que es tarde para muchas cosas.

Le oigo respirar por la nariz. Cruje el algodón de su chaqueta y cruje también el cielo a lo lejos, abriéndose en un trueno suave como un murmullo.

—Esta noche habrá tormenta —dice.

—Eso parece.

Justo entonces se encienden los dos enormes faroles que cuelgan sobre la puerta de la entrada, sensibles a la oscuridad y a nuestra presencia. A pocos pasos delante de mí, papá me mira con una mueca de dolor que la luz de los faroles descubre a traición. Está ligeramente encogido y se apoya la mano en el costado izquierdo. Al verse así, descubierto, intenta una sonrisa que le

sale torcida. Su gesto me remonta durante un instante al cementerio y lo entiendo repetido.

—¿Estás bien?

Yergue la espalda y arruga el morro.

—No es nada. Estos malditos divertículos que últimamente no paran de... —Una nueva mueca—. De fastidiar.

—Pero, papá, ¿por qué no habías dicho nada? ¿Cuánto hace que estás así?

No le gusta. No le gusta verme alarmada.

—Así, así... ¿así cómo? Unos divertículos de nada, hija. Cosas de viejos. A mi edad, es lo menos que uno puede tener.

No sé qué decir. Él sigue frotándose el costado.

—¿Quieres que llamemos a un médico?

Me mira como si acabara de oír desafinar a la chica del coro.

—Tú estás loca.

—Papá...

—No-es-na-da —masculla con un empeño y un terror a los médicos que conozco bien y que comparto—. A veces, cuando se me va la mano en las comidas, se me inflaman. Sólo tengo que cuidarme un poco. Comer mucha fruta, beber mucha agua... esas tonterías que te dicen siempre los médicos cuando no saben qué hacer contigo, que es siempre.

—¿Estás seguro?

—Claro. Lo único que necesito es tumbarme en una buena cama. Y dormir, sobre todo dormir. Ya sabes lo mal que llevo lo del *jet lag*.

Vuelve a sonreír y me regala un guiño tranquilizador. Decido creerle. De pronto caigo en la cuenta de que tengo un padre con ochenta y cinco años que se mueve por el mundo como un veinteañero, con una energía que nadie se explica. Él inspira hondo y saca el aire como un viejo corredor de

fondo. Luego se lleva las manos al pecho y se da unas palmaditas con cara de hombre nuevo. Detrás de nosotros, junto a la fuente, Verónica y Lucas caminan abrazados. No veo a mi sobrina, hundida como está en el abrazo de su hermano. Hace veintidós años, la escena y el escenario eran los mismos. Estábamos aquí, de pie sobre estos escalones de piedra gastada, y ellos dos formaban un bloque de dolor sólido, vallado. Verónica sin derramar una sola lágrima. Él más líquido, menos corpóreo. Tan niños los dos entre tanto adulto.

Repentinamente, en el silencio de la noche, algo rebota desde dentro contra la doble puerta de madera y cristal de la casa, devolviéndome al aquí más inmediato. Papá clava los ojos en la puerta, se lleva la mano al pecho y da un paso atrás. El ruido cesa durante unos segundos y él sigue sin apartar la mirada de la entrada, expectante, hasta que llegan nuevos golpecitos, acompañados ahora de rascadas y gruñidos contra la madera. Papá no parpadea. Se lleva ahora la mano al costado con un gesto automático mientras, a nuestra espalda, se abre paso un nuevo trueno, esta vez más cercano.

—Hija —susurra, sin mirarme. Desde donde estoy, le veo blanco como su traje, aunque podría ser el efecto de la luz del farol sobre su piel. Me muerdo el labio para que no me vea reír.

—Son las niñas, papá.

La explicación no le ayuda. Ahora sí me mira. Traga saliva y busca apoyo en la columna que tiene tras él mientras intenta dar un sentido a lo que le digo.

—¿Las niñas? —Tiene miedo. Papá tiene miedo y a la luz del farol se me dibuja de pronto como un viejo aterrado, perdido entre el tráfico de una ciudad que no reconoce y cuyas calles no recuerda haber recorrido. Respira mal, trabajando el aire.

—Las niñas, papá. Mis niñas —me apresuro a recordarle mientras subo los dos escalones que me separan del descansillo y abro la doble puerta de par en par, empujándola con fuerza. Fauna, Flora y Primavera salen disparadas al descansillo como tres pequeños genios liberados de una lámpara demasiado pequeña y me rodean al instante, poniéndose en pie y saltando una sobre la otra, reclamando mis brazos y mis caricias. Me agacho y dejo que me mordisqueen y que me hagan suya durante unos segundos. Siempre es así.

Contra la columna, papá vuelve a ser él. Ni rastro del anciano aterrado y mudo que he visto aparecer hace unos segundos bajo el farol. Casi sonrío, sobrado.

—Vaya, vaya... así que éstas son las famosas Fauna y compañía —empieza, con un brillo repentino en los ojos que conozco bien.

—Sí.

No se acerca. Nos observa a las cuatro desde su distancia al tiempo que una ceja empieza a arquearse sobre las arrugas de su frente.

—Ajá.

Ahora Fauna se ha tumbado boca arriba. Le gusta que le rasquen las ingles. Flora ha empezado a lamerle el hocico mientras Primavera baja los escalones, se escurre entre los macizos de hortensias y se agacha a hacer pipí en el césped.

—¿Y dices que esto es una raza?

—Sí, papá. Son Bulldogs franceses.

—¿Franceses? —pregunta con una exagerada mueca de asco—. Ya.

Sonrío. Ahora es Flora la que quiere que la rasque. Ella detrás de la oreja.

—¿Y viven dentro?

—Claro.

—¿Siempre?

—Sí

—Ajá.

No decimos nada durante unos segundos. Lucas y Verónica hablan junto al estanque, pero su conversación apenas nos alcanza. Las tres perras jadean, excitadas, aunque ya más tranquilas. Fauna sigue boca arriba a mis pies con la lengua fuera. Flora se deja rascar.

—Hija.

Al levantar la mirada, me encuentro con papá apostado contra la columna, la espalda tesa y los ojos fijos en Primavera, que se ha sentado delante de él y lo mira desde su pequeñez con la cabeza inclinada. Papá ni siquiera pestañea.

—Por casualidad no será este el gremlin psicópata que escupía veneno, ¿no?

Me río. Él no. Si se viera, se reiría conmigo. Lo haremos juntos algún día, cuando esta noche sea un recuerdo compartido. Seguro.

—No te hará nada, papá. Las tres son muy cariñosas. Sólo quiere que le digas algo.

Sigue sin apartar la mirada de Primavera, que no se mueve y que le estudia desde el suelo con sus ojos saltones y las orejas a media asta.

—¿Algo?

—Sí.

—¿Agradable?

—A ser posible.

Se lleva la mano a la barbilla y se agacha un poco, entrecerrando los ojos con un gesto que no es nuevo para ninguno de los dos.

—Tendré que mentir.

Y yo tengo que contener la risa y no sé si podré seguir haciéndolo mucho más. Papá sigue agachándose sobre Primavera al tiempo que tiende con

cuidado la mano hasta posarla sobre su cabeza, apenas rozándola. Luego parece acariciarla con un gesto mecánico, mientras le dice:

—Debe usted de tener una gran belleza interior, señorita.

Y entonces Primavera, la más tímida y arisca de las tres, la que come aparte, la que duerme aparte, cierra los ojos y levanta la pata, dejándola suspendida en el aire como a punto de llamar a una puerta que nadie vemos mientras papá se incorpora y, apoyándose de nuevo en la columna, entrelaza las manos. Un instante después, Primavera se levanta, se vuelve a mirarme y se acerca despacio, muy despacio a él, dibujando a su alrededor un círculo completo con sus pasitos cortos y ligeros hasta plantarse junto a sus pies. Luego alza la mirada, se tumba y apoya la cabeza en el zapato de papá con un suspiro ronco.

Papá la mira, desconcertado.

—¿Qué hace?

A sus pies, Primavera suelta un pequeño suspiro.

—Ahora eres suyo.

Papá suelta una risilla y menea la cabeza.

—¿Por qué será que a mí siempre me toca bailar con la más fea?

Nos reímos: él y yo, Rodolfo y Martina, y entre nosotros se cruzan ahora preguntas, recuerdos y fragmentos del pasado, toda la historia que nos hace comunes y que conforma las dos vidas que hemos compartido hasta hoy: la que vivimos aquí juntos hasta que la muerte de Fernando y Emma nos dislocó a todos contra nuestra suerte y la otra, la que llegó a partir de entonces, seccionando el casco del barco en el que habíamos navegado hasta entonces y separándonos en balsas distintas, cada uno hacia su orilla, nada acostumbrados a sentir el agua tan cerca, a remar con las manos sobre la profundidad.

Han pasado muchas cosas desde entonces, y veo en los ojos brillantes de

papá que ninguna me ha pasado a mí, que llevo años sintiendo pasar la vida a mi alrededor, arropada por la fidelidad huérfana de mis sobrinos y por la cadena corta con la que me he dejado atar a mamá. Han sido tantos años sola en esta casa con ella que de pronto, al ver a papá aquí, apoyado en la columna de madera con Primavera a los pies, entiendo que esto es real, que han pasado veinte años desde que se fue y que ha vuelto a casa, que ésta es su casa. Y me cuesta respirar porque entiendo que, después de todo, lo único que sé hacer es tragar una y otra vez para no soltar amarras y volver a quererle cerca, en casa, para no tener que seguir echándole de menos, gastando más años de añoranza.

Papá me mira y quiero decirle que tenerle aquí, tan cerca, me hace daño porque sé que volverá a marcharse dentro de unas horas, dejándome atrás con lo que es mío, que es nada. Y quiero decirle también que se vaya ahora, que no lo alargue, que así no. No, así no.

—¿Por qué has venido, papá?

Me sorprende mi voz y lo que descubro en ella. No es rabia y tampoco es reproche. Es una pregunta automática lanzada al aire con la que cubro la que no me atrevo a hacerle porque me da miedo oír lo que ya sé. Pregunto «Por qué has venido» y silencio un «por qué no te quedas» que no procede porque, como para muchas otras cosas, ya es tarde. Se nos ha hecho tarde.

Me sonrío desde la columna. Con la boca, con los ojos no.

—Quería conocer a tus niñas antes de que los divertículos las dejen sin abuelo.

No funciona. Su respuesta no funciona. Más abajo, en tierra firme, Lucas y Verónica vienen ya, ella cobijada en el brazo de su hermano, diciendo nada. Papá vuelve los ojos hacia ellos. Luego despega la espalda de la columna, se agacha despacio, aparta a Primavera de su zapato y se acerca a mí con paso tranquilo.

—Porque tenía miedo de que se me hiciera tarde —dice.

Entonces la noche se cierra sobre nosotros y siento el brazo huesudo de papá rodeándome la cintura y tirar de mí hacia él. Y entiendo que hace demasiados años que nadie me abraza.

Me hace bien. Su calor me hace bien.

Y su mano anciana y huesuda sobre mi cintura me acompaña ahora hacia la puerta, juntos los dos entre la oscuridad de esta noche y la del inmenso vestíbulo de luces apagadas. Él de vuelta a casa y su calor circulándome entera como un largo y cálido brazo de mar.

OceanofPDF.com

II

TORMENTAS

La suavidad del piano con su larga cola como una vela negra tendida sobre un mar dormido, los inmensos ventanales contra el jardín a oscuras y el silencio pesado de la noche atlántica agrietado ahora por los truenos cada vez más frecuentes. Ésta fue mi casa. Aquí tuve una vida que ya no tengo, que ya pasó. Quizá no debería haber venido. Quizá ya sea tarde.

Los he dejado a la mesa, charlando tranquilos como una familia, y me he retirado hasta aquí. La habitación sigue intacta. Es extraño estar de nuevo entre estas cuatro paredes forradas de libros, partituras, fotos y recuerdos que jamás creí volver a ver. Veinte años de ausencia y vuelta a esto, viendo desde este rincón el canapé junto a la chimenea mientras acaricio el blanco y el negro de las teclas gastadas y el olor es el mismo, una parte de mí que creía olvidada y que ahora trae tantas cosas que si intentara cantar no me saldría la voz. Saldrían imágenes, a cientos, de las horas de ensayos, de una felicidad que los años no me han quitado porque he aprendido a llevarla conmigo encima como el caracol lleva su espiral. La felicidad del superviviente, la del viejo curtido, habría dicho Fernando.

—Te he preparado el estudio azul, papá —me ha dicho Martina durante la cena que yo no he probado. Por un momento no la he entendido. El plano de habitaciones del caserón ha ido borrándose de mi memoria con el fluir de la vida. «El estudio azul», ha dicho. Éste era mi rincón, el pequeño oasis en el que las horas salpicaban de tiempo las partituras y mi voz sonaba como no ha vuelto a hacerlo en ningún otro espacio. Era también mi ciudad, con sus calles, sus casas, sus cielos y sus parques. La prohibida, la de «no molestar». Para todos excepto para Martina. Mi pequeña Martina y sus ojos

grandes de bebé sentada junto a la ventana, con su barro y sus manos sucias, jugando a modelar, atenta a mí y a la música como un gato feliz. Yo cantando, calentando la voz, inventando variaciones y falseando tonos y melodías hasta hacerla reír. Ella dejándose querer desde la ventana. Yo cantaba para ella. Eran otros tiempos.

Martina fue desde siempre la parte de la casa que me hablaba de lo real, que me apegaba a lo más físico, a esa vida de carne y hueso que se nos cuela entre las partituras de lo cotidiano y que yo nunca supe manejar. Nació fácil porque quería llegar. Tan ansiosa estaba por tocar tierra, que cuando por fin lo hizo nos costó un mundo lograr que empezara a caminar.

—A esta niña le pasa algo —repetía Constanza, preocupada primero y angustiada después, al ver que Tina no caminaba. Y es que Constanza no gestionaba bien la anormalidad en nada que la tocara de cerca, y ese «de cerca» incluía, sobre todo y ante todo, a sus hijos: Martina primero, Fernando después. Y digo «sus» hijos, porque ella así los entendía. Fer y Tina eran suyos, su responsabilidad, su toma a tierra. Volcó en su maternidad todo lo que yo volcaba en mi carrera, acomodándose con ellos en la burbuja de lo doméstico, decidida a construir para los dos un mundo sin tacha, sin grumos. Pero Constanza sufría. Sufría cuando la realidad daba algún vuelco inesperado, amenazando sus hojas de ruta y obligándola a improvisar. Entonces llegaba el bloqueo, la rabia, el desencanto. El miedo. Le aterraba lo inesperado. No saber controlar. No entender. Como con Martina y su no andar.

No, Martina crecía y no había un primer paso ni visos de darlo. Se quedaba donde la dejábamos, cómoda con lo que tenía y con lo que no, mirándolo todo con una sonrisa de felicidad que Constanza entendía como acusadora. Una sonrisa de abandono, me decía exasperada. No fue fácil convencerla de que Martina era una niña normal, quizá lenta en sus

decisiones, quizá con prioridades que no eran las nuestras. Constanza intentó creermelo pero no lo consiguió. Empezó a mirar a Martina con otros ojos, los de una madre aterrada ante el futuro de una hija que no responde, que enferma para molestar. Eran ojos de «por qué me haces esto, niña», «por qué a mí, si no estoy preparada. Si tengo miedo y va a doler». Empezó a evitarla. No quería verla para no tener que encarar la anormalidad que tanto temía. Sufría tanto por Martina que llegó a imaginar que la pequeña había decidido no andar para verla sufrir, que lo hacía por ella, contra ella.

Hasta que un día todo cambió. Yo ensayaba aquí, al piano. Era otoño y Constanza estaba en la ciudad. El día anterior había llovido y en uno de los parterres de flores que rodeaban y rodean aún la casa se había formado un pequeño montículo de barro que la lluvia había acumulado contra el sendero. Martina estaba sentada sobre su manta junto a la ventana, distraída con sus juguetes, y yo preparaba un repertorio, ahora ya no recuerdo cuál. Recuerdo, sí, que la tarde olía bien. Recuerdo la paz, el silencio y el crujir de la madera del suelo del estudio, aclimatándose a la nueva estación. En la placidez del momento, el chillido solitario de una gaviota lejana llevó mi mirada hacia la ventana y mis ojos tropezaron contra la figura menuda de Martina, quieta y concentrada en el pequeño montón de barro húmedo del parterre que la luz magnificaba, ennegreciéndolo contra el verde de la hierba. Pasamos unos segundos así, Martina con los ojos fijos en el barro y yo con los míos en ella, en la tensión de sus hombros minúsculos, hasta que de pronto se volvió hacia mí con una sonrisa que no he olvidado. Y así seguimos, ella sonriente y yo hipnotizado, esperando algo que se anunciaba pero que no llegaba, hasta que mi pequeña apoyó las manos en el suelo y, balbuceando una suave cantinela sin palabras, se levantó sobre sus piernas de algodón y recorrió la distancia que nos separaba con los brazos tendidos hacia mí sin dejar de mirarme, sin vacilar tampoco, directa hacia su padre.

Hubo emoción. Yo viví la emoción y noté la voz atascada en la garganta mientras ella caminaba alegremente hacia mí. Cuando estaba a un paso escaso de mi pierna, se detuvo y se quedó junto a la pata del piano como una boya en un mar tranquilo, clavándome con la mirada y con la sonrisa, tendiéndome las manos, reclamando.

Entonces me levanté y me acerqué a ella.

Cuando me tuvo a su lado, buscó con su manita la mía y tiró de mí en su precario equilibrio. Hacia la ventana. Hacia fuera. «Vamos, vamos», decían los músculos no hechos de su brazo. Vamos. Cruzamos el suelo del estudio como un remolcador tirando de un trasatlántico cansado con destino a puerto, en línea recta, a salvo de olas y de mar. Y, al llegar a la ventana, Martina levantó la mano que no tenía en la mía y señaló con un último balbuceo al pequeño montón de barro del parterre, encogiendo la frente. Pidiendo en silencio.

Ceñuda Martina en su exigencia. Sabía lo que quería.

La cogí en brazos y bajamos al jardín. Luego la deposité en el suelo, ella volvió a darme la mano y tiró de mí hasta el parterre. «Vamos, vamos. Vamos los dos.» Y allí, delante del barro, mi hija recién caminada se arrodilló sin soltarse de mí, cogió un puñado de tierra entre los dedos y me lo regaló.

—Tierra —le dije, sin saber realmente por qué.

Me dedicó una risa feliz. Masajeé los grumos de barro entre los dedos y se los devolví. Ella cerró su mano sobre mi dedo y tiró de mí hacia abajo, casi colgándose sobre el suelo. Bajé. Bajamos los dos. «Anda», pensaba yo. «Mi hija anda», me repetía sin parar, demasiado absorto en ella, en sus movimientos y en la magia del calor de su mano como para que sus primeros pasos calaran en mi emoción. Calaban, sí, pero no como yo hubiera esperado ni querido, no como debían haber calado en un padre, sino

como cala un ser humano en otro, como una vida que de pronto se ve acompañada en el camino.

De rodillas. De rodillas Martina, con las manos hundidas en el barro, chapoteando en él. Hundido yo a su lado, sentado sobre la tierra con las piernas a su alrededor, sucio el padre y sucia la hija. Martina se reía y yo con ella mientras mi pequeña cogía pequeños puñados de barro y modelaba cosas con él, su calor contra mí, concentrada en su felicidad. Entendí que mi hija me había hecho suyo. Que era suyo.

Así nos encontró Constanza a su vuelta, cubiertos de barro y compartidos en la intimidad. La vi bajar del coche, rodear el estanque y acercarse, cargada de bolsas y de desconcierto. La vi detenerse a pocos metros de nosotros, al otro lado del sendero. Sonreía. Nos miramos.

—Camina —le dije, sin apartar mis manos de los brazos de Martina—. Me ha traído hasta aquí.

Entonces pasaron cosas que marcaron otras y que más adelante explicarían aún muchas más. Una tras otra, en orden, como las corcheas y semicorcheas sobre una partitura en blanco. Pasaron cosas que, a pesar de los años, he recordado siempre así:

La sonrisa se desvaneció del rostro de Constanza y un golpe de brisa fresca le revolvió el pelo. Martina apartó los ojos del barro, alzó la mirada hacia su madre, le tendió sus manos negras y soltó un balbuceo feliz abarrotado de cosas buenas. Durante unos segundos, Constanza siguió donde estaba, los hombros tensos, las bolsas colgadas de las manos. Luego clavó los ojos en Martina, apretó los labios y parpadeó unas lágrimas que quedaron prendidas en sus pestañas como dos cáscaras vacías. Vi a la madre mirar a la hija y entendí entonces que las suyas no eran lágrimas de emoción sino de tristeza. Y leí en sus ojos el mensaje que mi pequeña recibía desde abajo, feo el mensaje, fea la emoción: «Así no —decía el

mensaje—. Con él no. Tendrías que haberme esperado, hija. Tendrías que haber andado para mí, conmigo. Con tu madre».

Constanza se volvió lentamente de espaldas y echó a andar hacia la casa. Al llegar al estanque, se detuvo y, sin volverse, dijo:

—Deberías entrar a la niña, Rodolfo. Tendré que bañarla antes de cenar.

Eso dijo. Nada más.

Martina continuó con los brazos tendidos hacia su madre, siguiéndola en silencio con los ojos hasta que Constanza se perdió entre las hortensias que flanqueaban la escalinata de piedra. Luego giró la cabeza y me miró. No sonreía. La mirada de abandono que leí en sus ojos me golpeó con una contundencia para la que no estaba preparado y a la que no supe responder. Abandono y culpa en los ojos de mi pequeña sobre el barro. Bajé la cabeza sobre ella y le besé la coronilla, cubriéndola con lo que pude de mí.

No imaginaba entonces que volvería a ver esa mirada mucho tiempo después. Ni que, desde esa tarde en el jardín, Martina viviría en deuda con Constanza, buscando en su madre el perdón a una traición que no lo fue y apropiándose de mí como una orquídea se apropia de su rincón de calor, quedándose allí conmigo, refugiada en mí.

Hasta que un día, años más tarde, creyó encontrar la ocasión de pagarlo todo. Y se equivocó.

Entonces nos perdió a los dos. Y también se perdió a sí misma.

Hasta ahora.

Tanto tiempo...

Truenos. Se acerca la tormenta desde el océano. El aire pesa en el estudio y sé que la noche llegará cargada de cosas. No sólo de sueño. Siento un retortijón acompañado de un pinchazo en el costado y contengo la respiración. Luego apoyo la mano en la tapa cerrada del piano y me acerco

a la cama que Martina me ha dejado preparada. Coloco el albornoz a los pies y me deslizo entre las sábanas. El dolor remite durante unos segundos. Caen las primeras gotas contra el ventanal. Se anuncia una noche larga.

OceanofPDF.com

Lucas a oscuras, arrellanado en el sofá del salón. Está de espaldas y su cabeza corona el respaldo de cuero blanco como un busto sobre una estantería. Más lejos, la pantalla encendida del televisor y contra las paredes el reflejo de las imágenes que lo salpican todo de color. Siempre es así la primera noche. Lucas sube al salón y se pasa las horas delante del televisor, viendo las películas de papá que la abuela conservaba junto a los álbumes con los recortes de prensa, las fotos de familia y las cursiladas esas de nuestros bautizos y comuniones que nunca sé cómo se llaman. Me acerco por detrás y me apoyo en el respaldo junto a él. Le ha quitado la voz al aparato.

Nos quedamos así durante unos segundos, mirando la pantalla. Lucas casi no parpadea. En el televisor, papá discute con una mujer en un piso lleno de cachivaches, maletas y muebles viejos. Enseguida reconozco la escena. La discusión terminará con unas bofetadas que el director justificó después como pudo y que, según supimos luego, no estaban en el guión. A la actriz se le fue la mano, cabreada como estaba con papá, con el calor que hacía ese día en Cádiz y con las exigencias del director. La de papá fue la respuesta automática a una agresión. Bofetada por bofetada. No es una buena película, aunque él salga estupendo.

—¿Mejor sin voz?

Lucas no me mira, pero sonrío.

—Te esperaba.

—Ya lo sé.

—¿No te sientas?

No, no me siento. Unos segundos más de escena muda en la pantalla

hasta que Lucas se vuelve y me dedica una mueca de fastidio.

—Los diálogos son terribles.

Estiro la mano y le acaricio el pelo. Tan suave...

—Suelen serlo. Y no sólo en el cine. Es lo que tienen los diálogos.

Se ríe.

—Es verdad.

Da un par de palmadas al sofá, junto a él.

—Ven, siéntate un rato conmigo.

En la pantalla, papá camina ahora por una calle llena de bares y terrazas, saludando a todo el mundo con quien se cruza. Seguramente, un hombre muy querido en el barrio.

—¿Has pensado ya la pregunta?

Es Lucas. Sigue con los ojos a papá, que sonríe y pasea su popularidad por el barrio, pero está conmigo. Hace tiempo que mi hermano está conmigo.

—Tengo una —le contesto—. Pero no sé si es la que es.

—Prueba.

—¿Seguro?

—Claro.

La pregunta que tengo para él es tan sencilla que me da miedo oírmela. Su respuesta no. No a la pregunta.

—¿Tú crees que yo sería una buena madre?

No me mira y sé que no lo hará. Ya hemos tenido conversaciones parecidas antes, con papá al fondo repartiendo sonrisas o bofetadas desde el otro lado de la pantalla, mirándonos de pronto desde sus primeros planos de galán que tienen poco de padre. Como ahora. Nos mira desde su ventana, la ceja arqueada. Matador papá. La pregunta parece haberle dejado pensativo. A papá.

—Parece que papá no lo tiene muy claro.

Nos reímos. Los dos. Pero hablo en serio y Lucas lo sabe.

—Hablo en serio.

—Ya lo sé.

Papá se retira. Ahora llega a los muelles y saluda a un pescador con el que dentro de unas secuencias saldrá a la mar.

—¿Entonces? —insisto.

Se vuelve a mirarme.

—Creo que dependería de tu hijo. No me parece que nadie sea buen padre o buena madre así, a priori. Es como lo de las parejas. Uno no es siempre una buena pareja. Depende de los dos.

Ya, claro. Qué fácil.

—Ya, Lucas. Pero es que da la casualidad de que los hijos no escogen nunca a sus padres. No es lo mismo.

No dice nada. Parece pensarlo. De pronto el DVD se encalla y la imagen salta sobre sí misma, volviendo al primer plano de papá que ya hemos visto y quedándose fijada en él. Papá nos mira ahora sin pestañear. Lucas suelta un suspiro y coge el mando, pero no lo usa.

—¿A ti te parece que Hans cree que serías una buena madre?

No me gusta la pregunta.

—¿Y tú crees que me importa?

Suelta una carcajada apagada.

—No.

Me gusta mi hermano. Me gustan sus noes y sus síes. Son lo que son y no me confunden.

—Quizá debería cambiar a Hans por un hijo.

—¿Notarías mucho la diferencia?

—Dejando a un lado que el niño no sería alemán ni piloto, creo que no.

Lucas me lanza una de esas sonrisas que conozco bien. Es la sonrisa que anuncia el final del primer asalto. La campanilla que avisa de que a partir de ahora se combate en serio. No a los puntos. Vuelve a dar una palmada en el asiento del sofá junto a él y yo cedo. El cuero cruje un poco bajo mi peso. No es un sofá cómodo. Caro, sí.

—¿Qué pasa, Verónica?

—Nada especial.

Me mira sin mover un solo músculo. Mi respuesta no le basta.

—Nada que no pueda solucionar yo sola.

—¿Desde cuándo te gustan a ti los niños?

Sabía que la pregunta llegaría por ahí, aunque no imaginaba que tan pronto.

—Los niños son como los primates. Es más, mis primates son como mis niños. No creo que haya mucha diferencia.

—Ya —dice.

—¿Ya?

—Es que sí hay una diferencia, Verónica. Los niños crecen, se hacen mayores y son cada vez menos primates y, a priori, más personas. A largo plazo, tu aventura de madre tiene mal final porque con el tiempo terminarías siendo la madre de un ser humano adulto, con sus bajezas, sus vicios, sus culpas, sus neuras, su despreocupación por el medio ambiente, por el reciclaje, por la suerte de los animales... todas esas cosas que tú no soportas. O, lo que es lo mismo, un miembro de la condición humana. Y, si mal no recuerdo, llevas ganándote la banda anual de Miss Odio-La-Humanidad desde que tengo uso de razón. Por unanimidad.

Contengo la sonrisa pero no me sale. Papá sigue fijo en la pantalla. De pronto me pregunto qué pensaría si pudiera vernos así, sentados los dos

delante de su sonrisa grabada, hablando como dos adultos. Me pregunto si se sentiría orgulloso. De Lucas seguro que sí.

—¿Sabes lo que creo? —vuelve Lucas, devolviéndome a lo que hay.

—No.

—Creo que mientes.

Suena la campanilla del tercer asalto en el cuadrilátero y lo extraño es que no recuerdo haberme retirado al rincón para descansar. Mi hermano tiene músculos de bailarín y es imposible competir con su agilidad. También con su cariño.

—¿Ah, sí? ¿En qué, si se puede saber?

Me mira y pierdo fuelle.

—En varias cosas.

Varias cosas, dice. Quizá sí. Quizá todos sobrevivimos así. Mintiendo.

—¿Y tú no?

—Creía que estábamos hablando de ti. —Lo dice sin defenderse. La cabeza inclinada. Desde el televisor papá debe de estar preguntándose cuál de sus dos hijos es el mayor y cuál el menor. Que se fastidie. No haberse ido tan pronto. Sin avisar. Sin despedirse.

Lucas me pone la mano sobre la rodilla y su contacto me cierra un poco la voz. Quiere saber porque le importo y porque le importa lo mío. Quiere ayudar. Es Lucas y es verdad, y yo bajo los guantes y la guardia. Me gusta rendirme a mi hermano, pero estoy cansada y al hablar me tiembla la voz.

—Nos cierran la fundación, Lucas.

Me mira sin moverse. Su mano se cierra un poco más sobre mi rodilla, pero no dice nada. De pronto la imagen de papá vuelve a la vida en la pantalla. Ahora navega mar adentro con su amigo el pescador y les veo hablar sentados en cubierta, fumando. Sonríen.

—Tenemos menos de seis meses para recolocar a todos los chimpancés

en otros centros. Hemos perdido el último recurso y el ayuntamiento se ha salido con la suya. Para más inri, la semana pasada dos chimpancés se escaparon del recinto y llegaron a la carretera. Supuestamente atacaron a un grupo de ciclistas, aunque conociéndolos como los conocía, sé que no es verdad. Probablemente estaban demasiado desorientados y se asustaron con el tráfico. Pero de ahí a mostrarse agresivos... La policía mató a uno y logró capturar al otro. Seis meses, Lucas. Es lo que tenemos.

Papá navega mar adentro. Oigo respirar a Lucas por la nariz.

—¿Y cuándo pensabas contármelo? ¿O no pensabas contármelo?

—No lo sé.

Asiente despacio. Papá vuelve la mirada hacia la pantalla y ladea la cabeza.

—¿Por qué nos costará tanto contarnos las cosas en esta familia? ¿Eh, papá? —pregunta Lucas a la pantalla muda, acariciándose el cuello en un gesto distraído.

—No creo que te conteste.

Papá encoge los hombros. Es su respuesta al comentario de su amigo, que acaba de preguntarle si cree que la mujer con la que ha intercambiado las bofetadas volverá. Lucas me mira y sonreímos.

—¿Qué vas a hacer, niña?

Niña. Papá también me llamaba así. Niña. Su niña.

—No lo sé. A veces tengo ganas de soltar a todos los chimpancés para que se busquen la vida por ahí, comprarme una escopeta y salir a las calles a pegar tiros como una loca.

Me mira con cariño.

—No estaría mal.

—Pero estoy demasiado cansada. Cansada de tanto luchar, de que todo sea tan difícil. De nadar siempre contra corriente. Y de que no me tomen en

serio. Verónica y sus monos. Verónica y sus caprichos. Mi vida no es ningún capricho, Lucas. Ellos son mi vida, y tú lo sabes.

Sonríe. Con la boca y con los ojos.

—Claro que lo sé.

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué?

Quiere preguntas concretas. No sé si puedo dárselas. Hoy no.

—¿Por qué nadie me ayuda, Lucas?

Levanta la mano y aprieta el botón de pausa del mando. La imagen se congela en un plano del horizonte sobre el mar desde la cubierta del barco, tiñéndonos de azul sobre el sofá.

—Porque no sabes pedir ayuda.

Ay.

—Y porque tienes tanto miedo a deber nada a nadie, a que te descubran necesitada, que prefieres navegar sola y bregar sola contra todo, creyéndote que eso te hace más fuerte cuando la realidad es que viviendo así, desvivida por tus animales, sigues defendiéndote de lo que hay fuera, pendiente de lo que te amenaza. De lo que se mueve más allá del recinto.

No me gusta. No me gusta este combate. Quiero parar.

—No me vengas con ésas, Lucas. No creo que seas tú el más indicado para hablarme así, señor Mister-Esclavo-De-La-Danza.

No se borra su sonrisa y eso me enciende aún más. Siento rabia, rabia contra muchas cosas, cosas que están y otras que ya no están. Las que están son el abuelo y su saber estar como si no hubiera pasado nada. También su vuelta y su tono sobrado. Las que no están son papá en su pecera digital, mirándome sin verme, colgado en el tiempo como un holograma. Al otro lado. ¿Qué clase de padre es ése? ¿Qué mierda de padre se va así, yéndose

pero quedándose, viéndolo todo sin opinar, sin mojarse porque le quitamos la voz cuando nos da la gana, apretándole un botón como a un muñeco?

—Porque tú no tienes miedo, ¿verdad? —le suelto a Lucas entre dientes.

No dice nada.

Por eso, a lo mejor, terminas enrollándote siempre con hombres que te doblan la edad. Porque no tienes miedo, claro. Por eso bailas hasta reventar día sí y día también, lesionado, infiltrado. Como sea.

Voy de bajada y me cuesta parar. Párame, Lucas. Párame porque yo sola no sé. Anda, dime algo, hermano.

Silencio. Lucas me escucha con los ojos y con el cuerpo, envuelto en una tensión que controla bien. Sabe que cuando ataco hablo de mí, no contra nadie. Sabe mucho para su edad y eso a veces puede conmigo y con mi paciencia.

—Por eso todo te afecta tan poco —sigo, rodando ya cuesta abajo sin frenos, y odiándome por oírme hablando así. Así de herida—. Y por eso no te ha costado nada perdonar al abuelo sin preguntar. Así, tan fácil. Sin una disculpa. Él no dice y nosotros tampoco, y aquí no ha pasado nada. —Noto la saliva espesa y noto también las mandíbulas duras, crujientes—. Pues sí ha pasado, Lucas. Ha pasado que tenemos a papá pegado a una pantalla porque se estampó contra un camión una madrugada cabrona, llevándose a mamá con él. Pasa que, después de doce horas de rodaje, cogió a mamá y se echó a la carretera porque el abuelo quería tenerlo con él en la noche de su estreno, sabiendo como sabía que de noche papá le tenía miedo a la carretera y que estaba agotado. Quería tener a su hijo con él, los dos en la foto. Los Hoffman triunfando en el Olimpia. El abuelo cabrón tirando del hijo galán, y el hijo galán desviviéndose por su padre cabrón. Rodolfo y Fernando. Eso es lo que pasó. Y mamá, también pasó mamá. Y eso duele. Y no se perdona. Yo no. Y no me digas que me escondo porque es verdad y no

me gusta que me lo digan, mierda. Aunque seas mi hermano. ¿Cómo quieres que no me esconda si me rechinan tanto los dientes por la noche que no puedo dormir con nadie? ¿Si tengo treinta y cinco años y me siento vieja? ¿Cómo quieres que no me defienda si nadie lo hace por mí? ¿Si nadie lo ha hecho nunca?

La mano de Lucas se cierra sobre mi hombro y me atrae hacia él. Suave, suaves su gesto y también el algodón de su jersey contra mi pelo. Suave él y áspera mi voz. Sé que estoy llorando porque me oigo llorar y porque su abrazo se cierra sobre mí, envolviéndome.

—Verónica —dice en un susurro.

Me acurruco en él. Me hace bien. Mi hermano me hace bien.

Entonces la pantalla se apaga, desaparece la falsa luz de papá y un trueno cercano rebota contra los cristales del salón. Llueve. El repiqueteo de las gotas en los ventanales tira de mi voz hacia arriba. Desde dentro.

—¿Por qué no tengo paz, Lucas?

Él baja la cabeza y apoya sus labios sobre mi pelo. Pasa un segundo como pasa toda una vida cuando pasamos la vida esperando una luz que tarda. Pasa algo en su cuerpo, que cambia de pronto de temperatura, y pasa también que hay emoción, hay tormenta y también una respuesta. Me estrecha aún más contra su pecho y le siento sonreír.

—Ésa es la pregunta, niña.

OceanofPDF.com

Me gustan las tormentas. Primero el olor a sal concentrado en el aire y las ráfagas de brisa densa y húmeda. Luego la tierra que responde a lo que llega del mar. Me gustan las horas que las anuncian, las gaviotas inquietas y la frescura de los truenos que han seguido acercándose durante la cena, envueltos en nube y electricidad. La casa es, desde que estamos aquí los cuatro, más casa. Como antes.

Verónica y Lucas en el salón blanco de mamá, probablemente con sus álbumes y las películas mil veces vistas de Fernando, como siempre que vienen. La novedad es papá. Papá en su estudio. Hace veinte años que nadie duerme en él y que el piano no ha vuelto a sonar. Cerrada la tapa sobre las teclas. También la música. Se fue papá y se prohibió la música en casa. Ensordecimos. Ensombrecidas mamá y yo.

Quizá mañana quiera cantarnos algo, tocarnos algo. Que vuelva su voz a ganar al silencio. Sí, que vuelva.

—Podríamos bajar a la playa. Mañana —ha dicho Lucas mientras me ayudaba a recoger la mesa en la cocina. Iremos, sí. Los cuatro. Abuelo, hija y nietos. Como una familia, como debió hacerse en su día, a pesar de los que hoy faltan.

Apago las luces de la cocina y sigo por el pasillo hasta la habitación de mamá. Es un recorrido automático que hoy interrumpo al llegar a su puerta porque de pronto me acuerdo de que no está. No la encontraré dentro. Demasiado tiempo terminando el día aquí, entrando en silencio y acostándome en la cama gemela, encallándome en la noche prendida de su respiración. Demasiado tiempo, sí. Continúo durante unos segundos más

pegada a la puerta hasta que me arranco de ella y sigo hacia la habitación del fondo, la del torreón, que ahora vuelve a ser la mía.

La madera recubre las paredes, los techos y los suelos de la casa. Cuando éramos pequeños, Fernando y yo la llamábamos El Galeón. «Volvamos al galeón», decía de repente uno de los dos desde la playa. Entonces echábamos a correr hacia la casa, subiendo por el camino de las dunas y cruzando el bosque y las inmensas laderas de hierba que la envuelven como mantas de invierno. A nuestros ojos, El Galeón se levantaba sobre el acantilado como un barco encallado en tierra, con sus dos torreones redondos y los ventanales de sus infinitas habitaciones reflejando los cielos de las estaciones. Y el mar, también el mar. La casa era la aventura. Todo en ella escondía algo por descubrir: los techos artesonados, los colores vivos de las paredes, las balaustradas, la tarima del suelo, la palmera ondeando a la entrada como un vigía verde. Había misterios, crujidos, había fantasmas. Con el tiempo empezamos a entender que los misterios y los fantasmas no estaban en la casa sino en quienes la habitaban, aunque eso fue mucho después. En aquel entonces, en el pueblo la conocían como La casa del Indiano.

A él se la compró papá. Al Indiano. Para mamá.

Los truenos salpican ahora el silencio de la casa desde muy cerca y llegan las primeras gotas en los cristales. A mi derecha, el estudio de papá. La luz se cuela bajo la puerta entreabierta. Quizá no duerma. Quizá le cueste. Me asomo a ver.

En la discreta luz amarilla que reparte la lámpara encendida sobre la mesita de noche, la cama es una silueta en blanco coronada por lo que entiendo que es la cabeza de papá. El estudio se estructura como un espacio inmenso y la cama está colocada al lado de la chimenea, cerca del ventanal. No veo la cara de papá. Debe de dormir de lado, mirando a la ventana. La

habitación huele a cerrado y a algo más, un olor denso que no llego a identificar. Espero unos segundos hasta asegurarme de que duerme mientras arrecia la lluvia contra los cristales. La paz aquí es distinta. Es paz por encima, como falta de verdad.

Por fin decido salir y me acerco al interruptor que está junto a la puerta para apagar la luz al tiempo que un trueno saluda la oscuridad desde fuera, creando una momentánea cápsula de silencio. Cuando llego a la puerta, oigo un ligero gemido seguido de una especie de tos sucia que parece venir de algún sitio cercano y que los truenos se tragan al instante. Las niñas, pienso con un pálpito de angustia. No, las niñas duermen en la cocina. Desde aquí no puedo oírlas. Nada, no es nada. Espero unos segundos más con la mano en la manecilla de la puerta, atenta a los ruidos conocidos de la casa, hasta que de pronto vuelve el borboteo sordo y un nuevo gemido, esta vez más ronco, más humano. Se me cierra la angustia en el pecho.

—¿Papá?

Silencio. Desde la noche, la claridad espolvoreada de los relámpagos ilumina la figura hasta ahora inmóvil que ocupa la cama.

—Papá, ¿estás bien?

Por fin, la figura se arrebujaba sobre sí misma y la voz de papá contesta sin volverse.

—Sí, hija.

No me muevo de la puerta. Hay un extraño laberinto de huecos y vacíos entre lo que dice su voz y lo que a mí me llega con ella. Hay algo que no es papá, que no es él y que es mentira.

Enciendo de nuevo la luz y me acerco a la cama.

—Papá.

Sigue con la cara vuelta hacia el ventanal, encogido bajo las mantas. Ahora el olor es intenso, ácido y feo, y la luz de la pequeña lámpara rebota

contra su pelo mojado, dejando a la vista un pequeño halo de humedad en la almohada alrededor de la cabeza. No, papá no está bien y se esconde, acelerándome el pulso mientras rodeo la cama por los pies y descubro lo que él encubre. Entonces me cruje la mirada y no me sale la voz.

El perfil de papá cuelga sobre el vacío, literalmente asomado sobre un enorme charco de vómito fresco que todavía se expande sobre la tarima. Tiene el pelo empapado y la frente cubierta en sudor.

—Pero, papá...

Parpadea pero no dice nada. Se queda un instante así, colgando sobre la tarima como un muñeco viejo, hasta que de pronto vuelve en sí y levanta la cabeza. En cuanto me ve, arruga la frente y se tapa con las sábanas, desapareciendo del todo y pillándome por sorpresa. No sé qué hacer, más desconcertada por su reacción que por el charco de vómito que tengo a los pies.

—¿Qué tienes, papá?

Habla desde debajo de las sábanas.

—Nada.

La lluvia es ahora una cortina de gotas ahí fuera. Un millón de cuentas de cristal contra un mármol.

—¿Cómo que nada? ¿Y este vómito?

Nada. Se arrebujá aún más bajo las sábanas.

—Ya estaba. Ha sido tu gremlin.

Se me ocurre por un momento que delira. Debe de ser la fiebre. Respiro hondo. En una noche como ésta, no va a ser fácil esperar ayuda de fuera. Sin embargo, no tardo en entender que no es la fiebre, aunque seguro que la hay. Es simplemente papá. Y sé entonces que la noche no va a ser fácil. Con él no.

—Es tuyo, papá. Y tienes fiebre. No estás bien.

—Y tú eres una fisgona.

Ya está. Ése es papá. Y el olor que ahora me abraza desde la cama es tan penetrante que tengo que contener una arcada.

—Sal de ahí.

Nada.

—Papá...

—La gremlin debe de haber comido alguna porquería —insiste con la voz amortiguada por las mantas—. No me extraña que las otras no la quieran. Menuda cochina.

Estoy alerta porque sé que algo no va bien y aun así, a pesar de que algo temo, no puedo evitar una sonrisa que tampoco reprimo porque sé que él no me ve.

—Sal de ahí.

Nada.

—Muy bien. Tendré que llamar al médico. Ahora vuelvo.

No me muevo. Pasan apenas un par de segundos y de pronto el bulto se mueve despacio hasta que por fin la cabeza de papá asoma por encima de las sábanas. Primero el pelo mojado, luego la frente y los ojos. Hasta ahí. Dos ojos brillantes como de conejo deslumbrado por un par de focos, flanqueados por dos manos de dedos blancos agarradas al borde de las sábanas.

—Ya he salido —dice.

Es difícil estar serio con este hombre, a pesar de lo que haya que vivir con él. A pesar de todo.

Me acerco, me inclino sobre su rostro semioculto y alargo la mano para tocarle la frente. Los ojos se esconden bajo las sábanas.

—Sólo quiero ver si tienes fiebre.

—Tengo —dice.

—Entonces llamaré al médico.

—Ni se te ocurra —escupe, volviendo a asomar la cabeza sobre la almohada—. Tú me traes una bata blanca y te juro que mañana te cocino a las gremlins.

No digo nada.

—Ya te he dicho que no es nada. Son los divertículos. Se me inflaman. Sólo necesito descansar.

Miente. O puede que no. Con él es difícil saberlo.

—Muy bien. Pero tienes las sábanas mojadas y tengo que limpiar este vómito, así que hazme el favor de salir de la cama.

Chup. Atrinchado otra vez en blanco. Un oso bajo un témpano de hielo.

—No puedo.

—¿Cómo que no puedes?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

Estoy empezando a cansarme. Ha sido un día muy largo y de repente no tengo ganas de bregar con un viejo testarudo que quiere guerra a estas horas de la noche.

—Es que no llevo nada.

No me lo creo. No le creo. Desde siempre a papá se le ha llenado la boca fanfarroneando ante propios y extraños de su infinita colección de pijamas. Los tiene de todas clases y materiales. Cuando se marchó, mamá se pasó varios días vaciando cajas y cajones llenos de ellos. Mandó quemarlos en el jardín.

—Mientes, papá.

Me lanza una parrafada que no entiendo y que suena a una ristra de maldiciones de viejo desdentado. La tormenta está encima de nosotros y los

relámpagos y los truenos se superponen como platos sucios, sin darse un respiro. Se me acaba la paciencia. Cojo las sábanas y tiro de ellas hacia mí, pero le pillo preparado y responde a mi tirón con otro sorprendentemente brusco. A punto estoy de caerme encima de él.

—¡Basta, papá!

Otra breve parrafada que no entiendo. Qué tozudo es el viejo. Decido cambiar de estrategia. Despacio, bajo hasta los pies de la cama, agarro mantas y sábanas y tiro de ellas hacia un lado con todas mis fuerzas, pillándole, esta vez sí, por sorpresa, y dejándole al descubierto.

Entonces lo entiendo.

Con las sábanas derramadas sobre el suelo a un lado de la cama, el cuerpo encogido de papá se arrebujaba un poco más sobre sí mismo, intentando ocultar lo imposible al tiempo que una densa nube de fetidez me golpea la cara. En un gesto automático, me llevo la mano a la nariz. Los ojos de papá me miran horrorizados, enmarcados contra la blancura sucia de la almohada. Tiene la chaqueta del pijama mojada y pegada al pecho y el pantalón empapado en un líquido oscuro que se ha esparcido en parte por el colchón en una mezcla de pipí y de diarrea. Nos miramos durante unos segundos sin decir nada. Luego arquea una ceja y arruga el morro.

—¿Y usted quién es?

No le entiendo y él se da cuenta.

—Si quiere una entrevista, hable con mi representante. No puede entrar aquí de esta manera, señorita.

Hay en su voz un tono extraño que me asusta. ¿Es papá esa voz? Por un segundo, la sombra de un tropiezo en el engranaje de sus ochenta y cinco años de cerebro sobreexplotado planea sobre el estudio con todo su peso, arrinconándome contra un miedo que su mirada acaba de despertar en mí.

—Soy yo, papá.

Suelta un suspiro de fastidio, relaja la frente y cierra los ojos.

—Ya. Y yo soy yo.

Es él. No se ha ido. Papá está aquí, varado conmigo bajo la tormenta como un náufrago de lujo sobre la cama. Respiro aliviada y vuelvo a la lucha.

—Y parece que alguien se ha cagado en mi cama, hija —sentencia, abriendo un ojo como un niño que quiere y no quiere ver una película de terror—. O eso, o tienes la lavadora estropeada.

Es él. No hay duda.

—Yo diría que el que se ha cagado has sido tú, papá.

—Jijiji. —Se ríe. Papá se ríe como un niño travieso al que acaban de pillar mirando lo que no debe cuando no debe. Y se ríe como yo no recordaba. Relajado. Sin nada que perder y sin vergüenza.

—Papá.

Sigue riéndose entre dientes hasta que por fin recobra la mirada de señor elegante. Me acerco a él y le tiendo la mano, un gesto que él saluda con una nueva ceja en arco profundo.

—Qué.

—Dame la mano.

—¿Para qué?

—Porque voy a ayudarte a bajar de la cama para llevarte al baño. Te voy a lavar.

—Tú a mí no me tocas.

—Dame la mano.

—No hace falta. Puedo solo.

—No, papá. Con la fiebre que creo que tienes, lo mejor será que te lave yo. Luego te cambiaré las sábanas.

Se cruza de brazos.

—Eso, y después me pones un pañal y llamas a la prensa para que vengan a sacarme alguna foto.

Espero. No retiro la mano.

—¿Y si no voy?

—Creo que llamaré a Lucas para que venga a ayudarme. O mejor, no. Mejor a Verónica.

Parpadea, horrorizado. Fingidamente horrorizado.

—¡No! ¡A la matamonos, no!

Nos reímos los dos, pero no encojo el brazo y él me mira de reojo.

—¿Y no te da asco?

No le entiendo.

—Lavarme. Toda esta... caca. ¿No te da asco?

—Dame la mano, papá.

Suspira y se retira un mechón de pelo mojado que tiene pegado a la frente. Luego vuelve la cara hacia mí mientras la tormenta cae a plomo sobre la casa, tapizando los cristales de agua.

—De acuerdo —dice, poniendo un pie en el suelo con un quejido. Se lleva la mano al costado en un gesto inconsciente—. Pero con una condición.

Lo sabía. Papá y sus condiciones.

—Bueno, con dos.

—A ver, dime.

Pone el otro pie en el suelo y encoge los dedos al notar el frío de la tarima.

—La primera es que, de esto, ni una palabra a nadie. Y menos a esos dos —dice, señalando a la puerta con el mentón.

—¿Y la segunda?

—La segunda... —de repente se interrumpe y baja la mirada. Desde aquí

le veo la mata de pelo blanco que le corona la cabeza, aplastada contra la piel del cráneo en un pequeño remolino. Le veo pequeño, tan frágil que le rodearía con los brazos y le apretaría fuerte contra mí—. La segunda es que si te doy asco —dice, sin levantar la mirada—, intentes que yo no lo note. Porque me hará daño, hija.

Trago saliva.

Un trueno rasga el silencio y el agua que nos cubre de tormenta.

La mano de papá se cierra sobre la mía.

Y tiro de él hacia arriba.

Hacia mí.

OceanofPDF.com

Por qué no tengo paz?, dice Verónica. Ésa es la pregunta, sí, y ahora espera una respuesta que yo no sé si puedo darle porque no se me dan bien las respuestas. Como ella, soy mejor en las preguntas.

Ha dejado de llover y la tormenta se aleja tierra adentro, sumergiéndose en la noche para volver a alimentarse del aire cambiante que encontrará a su paso. La lluvia nos ha dejado en paz y estamos sentados frente a la ventana abierta. En el aparato de música suena una canción en inglés que el abuelo versionó hace unos años al piano y que llena el espacio blanco del salón. La ha puesto Verónica.

—Suenan bien el abuelo —dice inspirando hondo. El abuelo no lo sabe, pero Verónica adora sus canciones. No lo sabe porque ella nunca se lo ha dicho.

Suenan bien, sí. Sobre todo en canciones como ésta. Solos el piano y él. «Ojalá tuviera un río helado sobre el que poder huir de aquí patinando», canta el abuelo con voz rasgada desde los altavoces. Es un villancico, una canción triste. Cuando el abuelo lo grabó, nos envió un CD con copia a cada uno. Era Navidad. Verónica había venido unos días de vacaciones a Amsterdam aprovechando que yo bailaba. Escuchamos la canción en silencio en la habitación del hotel y luego salimos a pasear por la ciudad. En los canales helados, los patinadores circulaban entre los puentes y nosotros les veíamos pasar, todavía con la voz del abuelo en la cabeza. Sobre el agua congelada, todos parecían oírla también, deslizándose sobre el blanco brillante como sobre las teclas del piano. Nos hizo bien estar juntos, lejos de todo. Si hubiéramos sabido patinar, habríamos bajado al canal.

—Perdona por lo de antes —dice Verónica, todavía sin mirarme. La

siento a mi lado y en este momento tenerla aquí me llena de muchas cosas que son buenas. No le contesto.

—Eso de que siempre te enrollas con hombres que podrían ser tu padre.

Ah, eso. Sonrío. Verónica no dejará nunca de sorprenderme.

—No quería hacerte daño.

—Ya lo sé.

Pasan unos segundos de piano sin voz. Son acordes muy sencillos, como los pasos de un mosquito sobre un espejo.

—¿Te ha dolido? —pregunta.

—No.

—¿Por qué?

Vuelven las preguntas. Nos entendemos bien Verónica y yo. Patinando de la mano sobre el piano del abuelo.

—Porque es verdad.

Se vuelve a mirarme y yo enciendo un cigarrillo.

—¿Y?

—Y nada. Que es verdad. Por eso no me duele.

La lógica de Verónica y la mía no siempre se encuentran, sobre todo cuando me explico poco. Ella siempre quiere más: los detalles, la letra pequeña. Suelta un bufido mal disimulado y niega con la cabeza.

—¿Y eso qué tiene que ver? A ver si resulta que sólo duelen las cosas que no son verdad.

Se acaba la canción y nos deja en silencio. Delante de nosotros, al otro lado de la ventana, la brisa raspa los árboles.

—Eso es.

—No digas bobadas.

Se levanta, va hacia el aparato de música y vuelve a poner la misma canción. Cuando suena el primer acorde, se sienta junto a mí.

—Seguro que hay un montón de cosas que son verdad y que te duelen.
No digo nada.

—¿Qué te apuestas?

Jugamos. Verónica está despierta y, como siempre, quiere exprimir el poco tiempo que suelen durar nuestros encuentros. Como si no fuera a haber más. Hay veces en que, como ahora, la quiero como deben de querer las personas que saben querer bien. No sabría decírselo, pero es verdad. Y no duele.

—Lo que quieras —le digo—. Apuesto lo que quieras.

—Vale. Si gano yo, quiero que antes de irte me enseñes la pieza que estrenas el lunes.

Arrugo la frente. No sé si me gusta. Mala suerte mostrar una pieza antes del estreno. Ella lo sabe.

—Y si pierdo... —sigue, encantada con el juego.

—Si pierdes —la interrumpo, pasándole el cigarrillo—. Quiero oírte pedir ayuda. Que te atrevas.

Saca el humo por la nariz y se vuelve a mirarme. Entrecierra los ojos.

—¿Que me atreva?

—Que le pidas al abuelo que te ayude con lo de la fundación. Seguro que él puede hacer algo. Conoce a mucha gente.

—Ni hablar.

Me pasa el cigarrillo y clava la mirada en la oscuridad.

—Qué buena jugadora. Creía que confiabas más en ti, hermanita.

Aprieta los dientes. Es mala perdedora Verónica. Y muy testaruda.

Apago el cigarrillo en un pequeño hueco que el agua ha llenado en la madera de la ventana y me levanto.

—Bueno. Quizá otro día. Creo que ahora me voy a la cama.

Verónica me pone la mano en el brazo y se me agarra como una tenaza,

pero no me mira.

—Siéntate —masculla, entre dientes. Siento los dedos cerrados sobre mi antebrazo—. Juego.

Desde su espalda no ve mi sonrisa. No es una sonrisa de ganador. Jugamos. Los dos.

—Tres verdades —dice mientras vuelvo a sentarme a su lado—. Te diré tres cosas que no te he dicho nunca. Si alguna te duele y es verdad, gano yo.

—Y, si no, ya lo sabes —le digo.

Arruga los labios.

—Sí, sí. Ya sé.

—Muy bien. Empieza.

No dice nada durante unos segundos. Desde el bosque que respira delante de nosotros llega el ululato de un búho que, tras la tormenta, se prepara para la caza de la noche. El viento se ha dulcificado, convertido en una brisa llena de olores que cambia de dirección en cuestión de segundos, a la cola de la tempestad. Por fin, habla Verónica.

—Me da vergüenza verte bailar —dice.

El búho calla.

—¿Por qué?

—Porque eres demasiado perfecto —responde—. Y porque bailas lejos de todo, como si no tuvieras a nadie a tu alrededor.

—No te entiendo.

—Es muy fácil. Cuando te veo bailar, veo lo que ve el público y también lo que no ve. Lo que ve es un hombre que siente tanto la música que se va, que no está. Lo que veo yo es un hombre que utiliza la música y la danza para no estar. Eres un farsante. Con la vida; eres un farsante con la vida, Lucas. Te mueves como nadie, giras como nadie, saltas como nadie... pero es que no hay nadie ahí dentro. Está hueco el bailarín, y viéndote me apena

pensar que el hombre también. Es como ir a uno de esos circos que van por los pueblos de la costa en verano. Desde la carretera, el circo es una fiesta continua: las carpas, las jaulas de colores, las luces. Pero, después de la función, los payasos no saben reírse de sí mismos, los leones tienen las muelas picadas y están viejos y los trapeceistas ni siquiera saben deletrear el nombre del pueblo donde actuarán toda la semana, colgados como están sobre el mapa desde hace años.

Se hace el silencio de nuevo. Verónica busca un cigarrillo en el bolsillo de mi pantalón. Cuando por fin lo encuentra, se lo lleva despacio a la boca y se queda así unos segundos, con el cigarrillo colgando sobre el suelo como la barra mal fijada de un trapecio. No ha terminado.

—Bailas mal, Lucas. Bailas mal porque no sientes lo que bailas, sólo cómo lo bailas.

Encuentra el mechero sobre el alféizar mojado de la ventana y juega con él unos instantes antes de encenderlo y de que se haga la luz sobre sus ojos. Tristes. Los tiene tristes.

—Y lo que me duele es que no estás, Lucas. Que vives como bailas.

Inspira. Espira. Humo.

—Descorazonado.

Debería darme tiempo para pensar en todo lo que acaba de decirme, dármelo yo y dármelo también ella. Necesitaría tiempo para volver a oír cada frase, para entenderla bien, desmenuzarla y saber de dónde viene y por qué. Pero ésta no es la noche del tiempo, sino la de las verdades y las mentiras, y Verónica espera junto a mí que hable. Que le hable. Se ha vuelto a mirarme.

—Tienes razón. —Es mi voz y ella la agradece—. Tienes toda la razón.

—Ya lo sé.

—Y no duele.

Suelta un ligero bufido de fastidio.

—Ya. Ya lo veo.

—Aunque quizá podrías habérmelo dicho antes.

—¿Antes? ¿Cuándo?

—¿Cuánto hace que lo piensas?

—¿La verdad?

—Sí.

—Vale, pero ésta no cuenta, ¿eh?

—No, no cuenta.

—Desde que dejaste el clásico. Desde que te fuiste de Londres.

—¿Y por qué no me lo habías dicho hasta ahora?

—Porque nunca me lo has preguntado.

—Buena respuesta.

—Sí.

Sí, dice. Es un sí conformista, poco propio de ella. No quiere seguir por ahí. Quiere ganar. Verónica siempre quiere ganar.

—¿Seguimos?

—Seguimos.

Ahora un par de murciélagos se persiguen en espiral ahí fuera. En la paz que la tormenta ha dejado, los mosquitos y las polillas crean nuevas nubes. Vuelve la vida.

—Es sobre mí —empieza sin levantar la mirada. Una sombra emerge entre las copas de los árboles y queda suspendida en el vacío unos segundos. Es el búho. Ha salido a ver—. Estoy embarazada, Lucas.

El búho sigue en el aire, sobrevolando confiado esta parte del jardín.

—Y no lo voy a tener.

No digo nada. Verónica sigue con los ojos la sombra del búho sin darse

cuenta. Por un momento, me pregunto si debería preguntarle algo. Decido que no.

—No lo voy a tener porque no es de Hans y porque no tengo espacio para él, y eso me habla mal de mí, Lucas, me hace poco generosa. Y porque sé que, en el fondo, nunca podría quererle como mamá nos quiso a nosotros, tan sincera y tan poco esforzada. Tan... madre. No sé si me explico.

—Sí. Claro que te explicas.

—Y pienso también que si lo tuviera y de repente le faltara... yo...

No le veo la cara. Sólo veo sus hombros encogidos y su postura tensa, inclinada hacia lo oscuro. Le falla la voz y a mí oírla así, así de frágil y así de sufrida, me parte en muchos trozos que soy yo.

—¿Quieres que te diga lo que pienso?

Niega con la cabeza. Cuando Verónica no quiere saber es que hay dolor. Mucho. Trago saliva.

—No —murmura, todavía sin volverse—. Lo que quiero es que me digas si te duele.

No sé si hemos dejado de jugar, ni sé tampoco si sabré hacerle llegar sin mirarnos hasta qué punto su vida y todo lo que contiene es casi más mía que de ella, y que sin Verónica en el mundo Lucas sería lo que quedaría de Lucas porque yo me habría ido con ella.

—Cómo no me va a doler, niña —le digo forzando la voz y cerrando la mano sobre su cuello. Ella se encoge todavía más al sentir mi piel sobre la suya y durante un breve instante nos dedicamos a respirar, cada uno su aire, hasta que de pronto se vuelve a mirarme y la expresión de su rostro me clava contra el respaldo del sofá.

—Pues es mentira —dice con una sonrisa torcida y una ceja arqueada que sólo he visto dibujarse así en la frente del abuelo cuando actúa para sí

mismo—. Es mentira, hermanito. Mentira y te ha dolido. Así que he vuelto a perder, mierda.

No, no hemos dejado de jugar.

—Hija de la gran...

—Pero, bueno... —me frena, levantando la mano en alto—. ¿Tú te crees que soy tan idiota como para quedarme embarazada con la que tengo encima? ¿Y de un tío que no sea Hans?

Sigo todavía noqueado por sus malas artes en el juego y me cuesta responder. Pero ella espera.

—No a la primera pregunta —le digo—. Sí a la segunda.

Nos miramos y se ríe. Nos reímos los dos, borrando de un plumazo el falso dolor con el que ha querido jugar y que se le ha vuelto en contra. Verónica se ríe como el abuelo. Tantas cosas en común y tan lejos los dos...

—Ay, niño. Es imposible quedarse embarazada de un tío que te folla como si estuviera pilotando un avión —me suelta de repente—. Ahora aprieto este botón y el aparato se eleva mil pies, ahora este otro y se activa el intercomunicador con la tripulación de cabina. Y si la reacción no es la que él espera cuando pulsa el botón es que el aparato está averiado.

Más risas. Un poco amarga la suya. Me dice cosas que quiere teñir de humor.

—Y entonces se pone nervioso porque el manual de instrucciones no le sirve. Y empieza a sudar y a tocarlo todo como un tonto al que se le ha quedado colgado el ordenador. Pum, pum, pum. Teclas, teclas, teclas. Alarma.

Verónica tiene las manos en alto. Mueve los dedos en el aire, tocando teclas y botones que no están, con la lengua fuera como un sabio loco.

—¿Y sabes lo que hago yo?

—No.

—¿No?

—No.

Suelta un suspiro de falsa resignación y me mira con cara de niña mala.

—Pongo el piloto automático y espero a que llegue el aterrizaje forzoso mientras sueño con los bomberos que esperan a pie de pista.

Nos elevamos los dos desde el sofá entre su risa y la mía y sobrevolamos los muebles blancos del salón, circulando sin motor sobre el televisor, el equipo de música y la tarima envejecida de la habitación, viéndolo todo desde arriba, viéndonos reír y alimentándonos del panorama que se abre a nuestros pies. Estamos cerca, ella y yo, y, como siempre que lo estamos, todo lo demás se diluye en un segundo plano, en lo que no está aquí. Y así seguimos, exprimiendo el momento hasta que ella decide aterrizar al aquí y al ahora, tirando de mí hacia abajo.

—Me queda una oportunidad —dice, secándose las lágrimas con la mano.

—Sí.

—Está difícil.

—¿Quieres un poco de ayuda?

Vuelve la ceja arqueada.

—No me hace falta.

Sonrío. Me mira.

—¿Vuelvo a poner la canción?

Niega con la cabeza.

—Podríamos salir. Al jardín. Y dar una vuelta.

Hay más mosquitos y más murciélagos fuera. Es tarde, pero no hay sueño y la noche invita a visitarla.

—Vamos.

Verónica abre el ventanal y un fresco nubarrón de olores lo invade todo.

Me da la mano y juntos bajamos los cinco escalones escasos que nos separan del césped. Al llegar abajo, ella se para. Cierra los ojos e inspira hondo.

—Pero ahora hagámoslo diferente.

El búho vuela bajo, circulando hambriento sobre nuestras cabezas. Verónica lo sigue con la mirada hasta que lo pierde.

—Pregúntame algo —dice—. Algo que quieras saber. Que me ayude.

Se me ocurren cosas, cosas que descarto casi de inmediato. Verónica persigue algo que cambie algo y yo no sé si puedo ayudarla. De pronto pienso que quizá espera una pregunta que ella oye en mí cuando estamos cerca y que yo no identifico, una clave con la que quiere abrir una puerta que no veo.

Durante unos instantes registro mi cabeza como se registra un bolso viejo encontrado en una playa, buscando en él algo que nos ayude a identificar a su dueña. Desecho papeles, una cartera podrida por la humedad del agua, unas llaves sin llavero. Pienso en el abuelo y en su inesperada llegada. Pienso también en la abuela que ya no está y su imagen recuperada me traslada al cementerio y al abuelo estirado sobre la tumba de la familia, con los pies colgando sobre el vacío y sus calcetines de colores asomándole por debajo del pantalón. Y en su respuesta mal dada a mi pregunta. Recupero su voz tensa e improvisada y el actuado cambio de tercio de viejo lúcido, de viejo de mundo.

Entonces mi mano encuentra en uno de los bolsillos del bolso una tarjeta blanda y desmigajada donde logro leer el nombre de su dueña. En ella leo mi pregunta. La que Verónica me pide.

—¿Cómo cupo?

Me mira sin comprender.

—Papá. Si era tan alto como yo. ¿Cómo cupo en la tumba?

Verónica parpadea y tira de mi mano hacia el jardín. El búho ulula a nuestra derecha y un barco anuncia con su sirena que en el océano flota el tiempo. Siento los dedos de Verónica entre los míos y me dejo llevar por ella sobre la hierba mojada. Hacia la oscuridad.

OceanofPDF.com

Si no bajas la mano, no puedo.
—Tú no deberías estar aquí.

—Y dale.

—Puedo solo.

—No es verdad. Apenas te aguantas de pie, papá.

—...

—Y no me gruñas, haz el favor.

—Me haces cosquillas.

—Pero si todavía no te he tocado.

—Mentirosa.

—Como no te estés quieto, te sacudo con la manopla.

—Y yo te denuncio, cochina. Ahí no me toques.

—Tengo que lavarte. Y es aquí donde estás más sucio.

—La culpa la tiene esa gremlin tuya.

—No digas bobadas.

—No digo bobadas. La he visto meterse en mi cama. Mira cómo huele esto. A saber la de porquerías que le das para comer.

—No empieces otra vez.

—Aysss.

—¿Está muy caliente?

—No.

—Ya casi he terminado. Estate quieto.

—Jijiji, ¡ahí no!

—Ya basta, papá. O paras o te ducho con agua fría. Te lo juro.

—Martina.

—Qué pasa.

—Creo que me estoy mareando.

—¿En serio?

—Ay. Tina, hija.

—¡Papá! ¿Estás bien?

—No me acuerdo.

—¿De qué?

—De si estoy bien. Ha pasado todo tan deprisa...

—Toma. Ya la tienes.

—Eso, aprovecha que nadie te ve para darle con la manopla a un viejo desvalido en pelota picada. Sucia, que eres una sucia.

—Bueno. Ahora aclaramos con un poco de agua templadita y ya estará.

—Tendrías que haber sido enfermera, hija.

—...

—De prisiones. Sólo te falta el cinturón de castigo.

—Si me haces reír va a ser peor, te lo advierto.

—Porque el bigote ya lo tienes.

—¡Papá!

—Mira que cosita tengo para ti... blrblrbllr.

—Esconde esa lengua.

—Oye.

—Qué.

—Me cuelga mucho todo, ¿verdad?

—Y yo qué sé.

—Mira si cuelga, mira. Blrblrbllr...

—Deja de hacer cochinadas, ¿quieres?

—Desde luego, qué vergüenza. Volver a casa después de veinte años y que te den unas sábanas cagadas como a un sintecho.

—Más vergüenza debería darte tener la cabeza tan dura. Y tan perdida. Tendría que haber llamado al médico. Ven. Ahora el pelo.

—Aghhh.

—Ya está.

—Oye.

—Qué.

—No será que le has puesto algo a la sopa, ¿verdad?

—¿A la sopa? ¿Qué sopa?

—La de la cena.

—No era sopa, papá. Era vichyssoise.

—Ah.

—Bueno. Ahora espera un momento que cojo la toalla.

—¿Eso era vichyssoise?

—Cállate. Demonio de hombre.

—Jijiji.

—...

—¿Sabes lo que creo?

—No.

—Que has querido envenenarme. Tú y esos hermanitos diabólicos. La matamonos y el maribailes.

—...

—¿De qué te ríes?

—...

—Sí, sí. Tú ríete. Pero te voy a decir una cosa: ni se te ocurra pensar que vas a heredar un céntimo de mis derechos de autor.

—No te muevas.

—Ni un céntimo, que lo sepas. Y ese par de raritos tampoco.

—No hables así de tus nietos.

—Hablo como me da la real gana. Mira, mira. Blrblrbblr...

—¿Quieres que te ponga un pañal?

—¿Dónde?

—Ay, papá. Creo que estoy al borde de la paciencia. De verdad te lo digo.

—Que sean dos.

—¿Cómo que dos?

—Dos. Pañales. Uno en cada brazo. Con lo que llueve ahí fuera, seguro que nos inundamos. Me servirán de manguitos.

—Hablo en serio. ¿Quieres o no?

—Tú estás gagá. Lo que yo necesito es un pijama, no una compresa.

—Vale, vale. Lo que tú digas. ¿Llevas alguno en la maleta?

—Pues claro. Además es una pieza única. Te va a encantar.

—Perfecto. Toma, sujétate la toalla y no te muevas. Voy a buscarlo.

—Está en una bolsa blanca de esas del duty free.

—...

—Martina.

—...

—¡Martina!

—Ya estoy aquí. ¿Qué quieres?

—¿Me rascas la espalda?

—Un segundo. A ver...

—Me pica.

—Pero, papá...

—¿Qué?

—¿Qué es esto?

—¿A ti qué te parece? Un pijama.

—¿Cómo que un pijama?

—Dame.

—...

—¿Qué miras, si puede saberse?

—A ti.

—¿Por qué? ¿No te ha bastado con el numerito de la ducha?

—Pero es que eso no es un pijama, papá. Es el uniforme de un equipo de fútbol.

—No, hija. De un equipo de fútbol, no. Del Barcelona.

—...

—Mira. ¿Qué pone aquí?

—¿A ver? Kai-man.

—¿Cómo que Kaiman? ¡Koeman! ¡Pone Koeman!

—Ah.

—¡Son la camiseta y los calzones que llevó Koeman la noche en que ganamos la *champions* en Wembley!

—Es... horrible.

—Tú sí que eres horrible. Dame los calzones.

—¿Qué razón tiene la gente al decir que cuando nos hacemos viejos perdemos la dignidad.

—También tengo el chándal. Pero es para vestir de día.

—Podrías ponértelo en alguna gala.

—Sí, con los pañales en los brazos.

—...

—Oye.

—Qué.

—¿Sabes una cosa?

—...

—Me gusta verte reír.

—Bobo.

—Deberías reírte más, hija.

—...

—Y culparte menos.

—...

—Nada. Culparte nada.

—Ya, bueno. Voy a hacerte la cama mientras te pones el... el uniforme.
Termina de secarte, anda.

Martina está sentada en la cama. Por el ventanal abierto el olor a hierba mojada llena el estudio. Me gusta este olor. Cuando me acerco, levanta la mirada y me sonríe. Tiene cara de cansada. Y la guardia baja.

—Estás guapísimo —dice, mirándome con cariño.

—No, hija. Lo que estoy es viejo.

—También.

—Sí, tú también.

Suelta una risa limpia y yo me meto en la cama. Ella se levanta y me coloca los almohadones tras la cabeza. Es una buena enfermera, sí.

—¿Te duele?

No. El dolor ha desaparecido. La fiebre no del todo.

—No.

Se inclina sobre mí para darme un beso.

—¿Ya te vas?

—Estoy cansada.

Martina está cansada, pero no por lo vivido esta noche conmigo. Está rendida desde hace años mi pequeña. Muchos. Da un par de pasos hacia la puerta.

—¿No me haces un poco de compañía?

Se vuelve a mirarme.

—¿Quieres?

—Sí.

Vuelve sobre sus pasos y se sienta a mi lado. Luego pone una mano sobre mis rodillas y se queda así, con la mirada en las sábanas. Se ha hecho tarde y un silencio inmenso lo cubre todo.

—Hija.

No levanta la mirada.

—Qué.

—Gracias.

Ahora sí. Tiene los ojos velados. Es el cansancio. Sonríe. Piensa cosas, pero las piensa desordenadamente. Ha sido un día duro para ella. Años duros éstos.

—No ha sido un día fácil, ¿eh, pequeña?

Arruga la mano sobre la cama.

—No.

Alargo la mía y cubro sus dedos con los míos. No se resiste.

—Ahora todo será distinto.

Vuelve la mirada hacia la ventana abierta y deja escapar un pequeño suspiro que yo apenas percibo.

—Sí.

No me gusta verla así. Tan abajo. Hay que hacerla subir.

—¿Qué vas a hacer?

Noto un leve calambre de tensión en su mano, muy leve. Automático.

—¿Ahora? —pregunta.

—No. Ahora no. A partir de ahora.

Con la mano que tiene libre se frota la pierna.

—No lo sé.

—¿Has pensado algo?

—Hace tiempo que pienso cosas.

No digo nada. Está empezando a subir. Sigue hablando.

—Desde que mamá empeoró y supe que esto tendría que llegar. Aunque hasta ahora eran sólo ideas. Posibilidades, no sé.

Me acomodo los almohadones en la espalda y siento un pequeño pinchazo en el costado, pero es sólo el reflujo de lo que ya no es.

—Quizá podrías retomar la cerámica.

Sonríe pero no dice nada.

—Eras muy buena.

Se apaga la sonrisa.

—Era.

—Eso no se olvida. El arte no se olvida.

—Ya no tengo manos para el barro, papá. Han sido demasiados años cambiando pañales.

—Tonterías.

—Ya no tengo ganas.

—Volverán, ya lo verás. Ahora estás cansada.

—Estoy cansada, sí.

Vuelve a hundirse. Mi niña vuelve a hundirse y tengo que echar las redes.

—Podrías escribir un libro sobre la felicidad. De esos de autoayuda con muchas citas. Yo podría ayudarte.

Suelta una risilla apagada. Ve la red a su lado y la agradece.

—O podrías vender la casa y largarte a Las Vegas. Y casarte con algún tarado vestida de Betty Boop.

Me mira, extrañada.

—¿Vender la casa?

—Sí.

—La casa es tuya, papá.

—Y eso qué más da.

—¿Quieres venderla?

—No. Quiero saber qué quieres hacer tú. Y qué puedo hacer yo para ayudarte.

—Es tarde, papá.

Aquí llega. Martina.

—¿Tarde para qué?

—Para muchas cosas. Para casi todo.

La red ondea junto a sus manos, rozándola apenas. Baja la mirada.

—Para inventarme una vida.

—No, si al final va a resultar que tu madre tenía razón.

Se tensa de nuevo. La red se aleja.

—¿Mamá? ¿En qué?

—En que tendrías que haberte casado con ese novio tuyo militar. El de Madrid. ¿Cómo se llamaba?

—Martín.

—Claro. Martín. Martín y Martina. Cómo he podido olvidarlo.

No dice nada. Se ha replegado sobre sí misma.

—Ahora serías una prejubilada madrileña, con perlas, un piso en el barrio de Salamanca y muebles castellanos. Y un par de hijos con carrera. Agh.

No la oigo reírse, pero sí la siento más relajada.

—¿Sabes por qué no me casé con él?

—¿Porque dormía con el uniforme puesto?

Sonríe.

—No.

—¿Entonces?

—¿La verdad?

—Me encantaría.

—Pues porque un día que vino a buscarme al hotel de Madrid donde me alojaba para llevarme a bailar me dijo algo que lo cambió todo.

—¿Ah, sí?

—Me había puesto un vestido de seda verde con un escote que ni te imaginas. Él me esperaba en el vestíbulo. Cuando me vio aparecer, de poco se le caen los dientes al suelo, al pobre.

—Ya. Lo imagino.

—Total, que me dio dos besos, tan caballero él, me abrió la puerta de la calle y, cuando bajábamos las escaleras hacia el taxi, se paró, me cogió de los hombros y me dijo al oído: «Estás estu...».

Se interrumpe y suelta una risilla.

—¿Estú?

—Me dijo: «Estás estupefacta».

—¿Estupefacta?

Se ríe. Nos reímos los dos, ella soltando lastre con su mano en la mía, generosa en su risa. Yo acompañándola, viajando juntos en el humor como tantas otras veces en el pasado. Nos reímos recuperados, acercándonos en el presente de esta noche de aire limpio. Tanto tiempo sin ella.

—No volví a verle.

Más risa. Esta vez hacia abajo. Hacia lo que quiero que llegue con ella. La quiero conmigo.

—Hiciste bien.

—Supongo que sí.

—Mejor sola que estupefacta.

Sonríe y recorre con los ojos el espacio en penumbra del estudio. Conserva la mirada de la niña que fue, la que jugaba aquí en silencio mientras yo ensayaba al piano. Solos los dos. Los dos y la música.

—Pero ¿tanto?

Ay. Aquí llega.

—¿Tanto?

—Tan sola. Tan solos todos en esta familia.

No es un reproche. Es una pregunta que nos define y que circula entre nosotros desde hace años. Desde el accidente. Tiene razón. Martina tiene razón, pero no es el momento de dársela.

—Quiero pedirte una cosa.

No es una sonrisa. Es la mueca paciente de una mujer acostumbrada a que le pidan cosas, a darse a los demás.

—Dime.

—Pero quiero que lo pienses antes de decirme que no.

—De acuerdo.

Manejo la red con cuidado, aunque tengo las manos viejas y los dedos poco ágiles. La corriente agita el agua, tirando de mí.

—Ven conmigo a Buenos Aires, Tina.

Vuelve la mirada hacia mí y parpadea, desconcertada.

—¿A Buenos Aires?

—¿No te gustaría?

La marea nos acerca y nos aleja a su antojo en un compás de turbulencias y sal. Martina traga saliva. Le cuesta hablar.

—Pero, papá...

—Qué.

—Son mil horas de avión.

—Quince.

—Aunque fuera media hora. Sabes muy bien que no puedo. Que no... no podría —añade con la voz ahogada por la angustia—. No, no... no podría.

—Ahora hay terapias, cursillos de esos para perder el miedo a volar.

Se lleva la mano al cuello, como si le faltara el aire que aquí nos sobra.

—No, no... no podría.

La marea nos aleja un poco. A mí mar adentro, a ella hacia la orilla.

—Y, además, no puedo irme.

—¿Por qué?

—Porque están los niños. La casa.

—¿Qué niños?

—Lucas y Verónica.

—Lucas y Verónica tienen su vida, Tina. Y a ellos no les da miedo volar.

—Pero aquí estamos cerca, y ésta es su casa, y... saben que estoy... y... ¿qué haría yo tan lejos de todo?

Tan lejos de todo. Su angustia tira de ella hacia la playa, varándola en un rincón de tierra firme donde pueda hacer pie. Decido no preguntarle qué es ese todo de lo que de pronto tanto teme alejarse porque sé que, si lo hago, la enfrentaré a la nada y la perderé. Y me invade una tristeza tan grande, una pena tan honda por mi pequeña, que siento que los años se me caen encima como un chubasco de barro, ensuciándome entero. Tan mal lo he hecho con ella y tan mal lo reparo. Soy un viejo idiota, y lo más triste es que ni la vejez ni la idiotez tienen remedio.

Martina sigue hablando, nerviosa. Metida en un aprieto que no sabe gestionar para no hacerme daño.

—Además, tú también tienes tu vida, papá. No paras. Siempre de un lado para otro, siempre tan ocupado. ¿Qué haría yo viviendo contigo?

Tengo que soltar amarras, pero me cuesta.

—Dejarte querer un poquito, para variar.

Baja la mirada.

—No me digas eso.

—Y lavarme cuando ensucie las sábanas. Y ponerte estupefacta y salir

con tu padre a cenar. Y afeitarte el bigote.

Me da la mano y la aprieta.

—Y quererme un poquito de cerca unos años. Y oírme ensayar. Y comprarme pijamas. Y aguantar a este viejo pesado e insoportable que tanto te echa de menos.

Aprieta y aprieta. No le veo los ojos.

—Y darme un poco de tiempo para que te compense por todo el que te he quitado.

No veo nada. Hay agua y sal en los míos. También en mi voz.

—Y verte reír. Conmigo. Los dos.

Cierro los ojos. Ya está echada la suerte. La buena y la mala. Una ráfaga de aire fresco me peina la cara. La mano de Martina sigue en la mía, cerrada como una concha enterrada en la arena.

Quisiera quedarme dormido así. Los tres: la brisa, su mano y mi sueño.

OceanofPDF.com

Sabía que llegaría. Lo sabía desde el principio. La de Lucas es una pregunta extraña porque encierra otras, aunque él no lo sepa, y también porque es plana como la de un niño. Los niños se guían por lo que ven y a Lucas no le cuadran las medidas. Papá era un hombre alto, más que él incluso, más que el abuelo. Si el abuelo no cabe en la tumba, papá tampoco. Así de simple.

¿Entonces?

Entonces.

El día que enterramos a papá y a mamá no hubo espacio para preguntas porque todo era silencio. El dolor caía desde arriba como una lluvia ácida, cubriéndolo todo. La casa llena de gente: fotógrafos, cámaras, periodistas. Gente y ruido. Tía Martina se había hecho cargo de nosotros y nos llevaba de acá para allá como a un par de muñecos, acariciándonos hombros y cabezas. Tenía las manos frías tía Martina. La mirada perdida.

En el cementerio no se cabía. Entramos protegidos bajo el abrazo de la tía, entre empujones y voces. El abuelo y la abuela saludaban, la abuela con un sombrero negro, muy elegante, y el abuelo tieso como una tabla, la piel transparente, la voz en un hilo.

No vimos nada. No nos dejaron. Demasiado pequeños los dos hermanos, demasiado nada, pobres niños, qué pena. Eso era lo que nos recibía en todos los rincones; eso y el chasquido de las lenguas salpicando compasión, manos sobre nuestros hombros, algún beso, mujeres de negro con gafas de sol y abrigos de piel con la tragedia tatuada en el gesto. En cuanto cruzamos el portón del cementerio, la voz seca de la abuela se abrió paso entre las

gafas y los sombreros hasta los ojos vacíos de tía Martina como la quilla de un destructor.

—Llévatelos, Tina. Ahora.

Ahora. Lucas lo miraba todo como mira las películas de papá en el salón de la abuela. Él a un lado, lo demás al otro. Al fondo, entre los abrigos, la tumba abierta y los abuelos de frente, sin tocarse, sin mirarse. Y flores. Muchas. Por todas partes.

No pudimos ver más. El abrazo partido de tía Martina nos sacó de allí y volvimos andando a casa. Los tres solos. En silencio. Subimos a la habitación del mirador y la tía se sentó con nosotros a esperar, supongo que a que pasara el dolor. A que pasara algo que no fuera lo que estaba pasando. Lucas le acariciaba la cara y a ella no le salía la voz. Nos sirvieron una merienda que no probamos y un par de horas más tarde los jardines se habían convertido en un hervidero de caras conocidas y ajenas entre las bandejas coronadas de crespones negros que circulaban sobre el verde. Los abuelos ofrecían un refrigerio a los presentes. Ni ellos ni nosotros estábamos invitados. Ni un solo Hoffman a la vista. Lucas se instaló en el ventanal y sus ojos encuadraron lo que veían más abajo como desde el palco de un teatro, encapsulado en una distancia extraña, acristalado. Tenía las manos llenas de preguntas y la espalda torcida.

La familia se atrincheró a penar tras las cortinas del caserón, cada uno en su pena particular. La familia éramos nosotros cinco: tres adultos y dos niños. Nadie más.

Esa misma noche, el chófer de la abuela nos llevó al aeropuerto. Volvimos a Londres. Lejos. Fuera. Internos en la exclusión del año escolar. Los niños necesitan tiempo. Distancia. Saquémoslos de aquí. Que no sepan. Que no vean ni escuchen. El abuelo bajó a despedirnos y quiso consolarnos con un tibio «es lo mejor» que ni Lucas ni yo entendimos. Luego, el

aeropuerto y tía Martina entregándonos a una azafata que ya sabía, entrenada para no decir. Ágata se llamaba. Tenía manos de vieja y un moño rubio. Fue un vuelo lento, nocturno. Un salto en el tiempo y en el vacío. Cuando llegamos al colegio, nos enterraron en una normalidad teledirigida en la que Lucas se sumergió sin resistencias. Yo afilé mis trece años contra la vida y me recogí sobre Lucas como una sombra, fuerte para él. Por las noches me dolía la garganta, llagada de tan poco llorar. Lucas dejó que le abrigara con todos mis miedos y siguió adelante. Yo me volví mayor. Mayor con él, desde él. Al poco de regresar a Londres, empezaron a dar clases de ballet en el colegio y él quiso aprender a bailar.

Tenía ocho años. Pasaron unos cuantos hasta que dejó de hablar en presente de mamá y de papá.

Hasta ahí lo que pasó. Los datos. Hasta ahí lo que vi, lo que fuimos Lucas y yo durante esas horas y lo que seríamos desde entonces: parte de una familia atascada en lo que aún duele. Atorados los Hoffman. Reestructurados por accidente.

Cuando pienso en el día del entierro, me cuesta tanto verme, sentirme en la Verónica que fui ese día, que a veces dudo de si lo que fue lo fue para todos o sólo para mí.

«Papá ya no está», me repetía sin hablar mientras tía Martina marcaba los minutos con sus suspiros cerrados. No, papá no estaba y nadie estaba en vez de él. Había vacío, y también pena. Y, en la ventana, la espalda huesuda de un niño que era mi hermano y que no se movía porque no se atrevía a respirar. Lucas no se acuerda ahora y probablemente ya no lo hará, pero ese día tuvo una pregunta, una sola, con la que insistía una y otra vez en hacer oír su voz. «¿Y mamá?», preguntaba, volviéndose desde la ventana hacia tía Martina con una falsa sonrisa. «¿Y mamá? ¿Y mamá? ¿Y mamá?...» Tía Martina sudaba frío y se masajeaba las piernas mientras los ojos de Lucas

iban de ella a la ventana y vuelta a empezar. Y, cuando la pregunta rebotaba contra el cristal y caía sobre mí, yo me mordía la voz para no ladrarle mi verdad. La mía, sí, la que importaba: «Qué más da mamá ahora, Lucas. Qué más da todo si papá ya no está. Qué más da».

Fueron largas esas horas a tres. Esperábamos noticias. Yo de papá y Lucas de mamá, divididos los dos por un amor que de pronto nos había obligado a escoger. Más abajo, en el jardín, amigos, admiradores y prensa lo sentían por nosotros. Huérfanos, decían más allá de los cristales. Y sus miradas trepaban por el torreón hasta la ventana para consolarnos la pena.

Pero no era pena. La pena llegó mucho después y tuvimos que aprender a vivir con ella. No, no fue pena ese día en esa habitación ni en las horas que siguieron. Fueron dos caminos distintos: el mío y el de mi hermano pequeño. Nuestra primera separación. Él me clavó en la palma sus uñas carcomidas cuando subimos al coche de la abuela y apretó fuerte, muy fuerte sus yemas contra mi piel hasta que se me durmió la mano. Lucas eligió no creer. Y eligió la cabeza. Entender. Procesar. Lo que no se ve no ha ocurrido y lo que no ha ocurrido no duele. Eso eligió. Y se me fue por ahí mientras yo me enfangaba en la culpa viéndome penar sólo por papá, viéndome tan poco hermana mayor... jodida en la emoción.

Dolida. Tanto...

Y ahora él quiere saber y yo no sé por qué quiere ni por qué ahora. Es difícil descifrar los códigos que alimentan la mente de Lucas. A veces parece que haya en ella un rompecabezas por cuyos huecos se cuela un aire que huele raro. Entonces él se para a preguntar. Quiere respuestas. Le faltan piezas.

¿Cómo cupo papá?, pregunta mientras camina a mi lado y la brisa llega ahora seca desde el océano. A pesar de la oscuridad, la noche está llena de vida y los olores pasan por nosotros a ráfagas. Lucas camina sin apoyar los

pies en el suelo, como si siempre encajara con el terreno que pisa. Espera la respuesta. Y la verdad.

Y yo me pregunto si su teoría, ese empeñarse en que la verdad, por serlo, no duele nunca, seguirá en pie después de esto.

—Cupo porque no llegó entero —le digo.

No me mira y seguimos caminando. Por un instante creo que quizá no me ha oído, pero no sé si volver a decirlo. No es una frase amable.

No hace falta repetirla.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

De pronto me arrepiento de estar aquí esta noche, diciendo esto, jugando a esto. Yo no debería. No está bien. Así no.

—Quizá deberías cambiar de pregunta —le contesto.

—¿Por qué?

—Porque no creo que vayas a sacar nada con ésta.

«Y porque me va a doler. Esto nos va a doler», pienso, cerrando los puños.

—Depende de la respuesta.

—Ya.

Hemos llegado al quiosco de música. Subimos y paseamos distraídamamente por el enorme espacio octogonal de suelo de madera y columnas de filigrana. El techo de hierro tapa el cielo.

—¿Entonces? —insiste.

Tomo aire antes de hablar. Él escucha mi silencio con una atención muscular.

—No fue un accidente limpio, Lucas.

Se apoya en la baranda y me mira. Creo intuir su sonrisa en lo oscuro. Su sonrisa y otras cosas.

—¿Y cuál lo es?

Tiene razón, pero es que hablamos de dos planos distintos, complementarios pero distintos: él de lo físico, de las estadísticas y de lo general. Del concepto «accidente» y del concepto «tráfico» unidos en un titular. Yo, de lo que sólo nos pertenece a nosotros. Lo privado. La familia. Secretos y mentiras. De eso hablo.

—No me estás entendiendo.

Parpadea suave antes de seguir.

—¿No?

—No.

—Te escucho.

—No fue un accidente limpio porque no fue sólo un choque.

Ni un parpadeo. Nada.

—Es decir, no fue un choque.

Ahora no le veo la cara. Sólo intuyo el lugar donde deben de estar sus ojos, que no brillan.

—¿Entonces?

—Se salieron de la carretera. Al parecer, papá se quedó dormido. Habían parado a cenar cerca de la frontera. Lo del camión no es verdad. No hubo ningún camión.

Ahora sí le veo parpadear. Ha apoyado la espalda contra la columna y tiene la cabeza inclinada.

—Cayeron por un terraplén al vacío. Unos veinte metros. Tres vueltas de campana.

—Ah.

Nada más. Sólo ese «ah» que deja la imagen en el aire, a medio camino entre la barrera rota de la cuneta y el monte más abajo. Suspendidos todos esta noche. Aquella también. Las piezas. Lucas sigue colocando piezas con la nueva información. Su cabeza está perdida en su rompecabezas. El

corazón no lo sé. ¿Dónde está, Lucas? ¿Dónde lo tienes? ¿Y dónde me dejas a mí si no lo llevas contigo?

Se vuelve de espaldas y la pobre claridad de la noche enmarca su silueta.

—¿Qué más?

Más. Más piezas. Más madera. Más leña a un fuego que no es hogar. Empieza a fallarme la voz.

—Rodaron sobre el barranco.

No se mueve.

—¿Qué más?

—¿Estás seguro?

—Sí —murmura, rodeando la columna con el brazo. Saca un cigarrillo, pero no se vuelve a mirarme.

—El coche se incendió al llegar abajo.

—Ah.

Toma apuntes. Lucas toma apuntes como si estuviera aprendiendo una nueva coreografía. Imagina el movimiento, la cadencia y el ritmo. Imagina también el giro: hacia la derecha, un giro sobre punta y talón, alternado. Yo hablo y Lucas traduce mis mensajes al gesto, a la expresión.

—¿Y?

Me enfada. Me enfada no conectar con lo que tendría que estar ahí y no encuentro, y verme dolida en el espejo que es él. Éste no era el juego. No, no era éste. Rabia. Siento rabia por no saber llegarle y porque llevo muchos años callada, cargando sola con esta verdad.

—Tardaron horas en recuperar lo que quedó de los cadáveres. No había cuerpos, sólo restos. Mezclados. Los repartieron en dos ataúdes y los trajeron a casa.

Y yo no puedo seguir porque esto no me hace bien.

—Por eso cupo, Lucas. Había espacio de sobra.

Adivino en su perfil la sombra de una mueca extraña. Se lleva la mano a la barbilla.

—Entiendo.

Y en su «entiendo» yo entiendo que he vuelto a perder porque mi hermano no me deja entrar ni rozar su dolor con el mío.

—Gracias. Necesitaba saberlo —añade.

—Y yo esperaba que lo sintieras, Lucas. Que lo sepas me da igual. ¿Es que no lo entiendes?

—Claro que lo entiendo.

—Pero no te duele.

—Me duele que la gente sufra.

—No era gente, Lucas. Eran papá y mamá.

—Ya lo sé.

—Sí, lo sabes, pero sólo con la cabeza. Y eso es lo más triste.

—¿Por qué?

—Porque veo que sigues teniendo el corazón de un niño de ocho años. La cabeza de un sabio, el cuerpo de un atleta y el corazón de un niño. Y que no es cierto que las verdades no te duelan. Lo que pasa es que te da tanto miedo que te duelan que prefieres dedicarte sólo a entenderlas, a descifrarlas.

Se lleva el cigarrillo a la boca y por un segundo creo ver temblor en su mano. Luego se aparta el pelo de la frente y me da la espalda.

—Y que he vuelto a perder. No sólo en este juego de mierda, sino en todo lo que sigo esperando de ti. Y eso me hace daño.

Continúa de espaldas, fumando contra la oscuridad de esta noche de primavera. El océano sisea más abajo, quizá retirándose.

—Lo siento —dice.

«Ojalá fuera verdad», me oigo pensar mientras el mar se retira en la

playa, llevándose arena, piedras y rocas hacia lo que no veo.

Nos retiramos. El mar y yo.

—Buenas noches, Lucas.

Se queda apoyado en el quicio de la puerta y descansa la cabeza contra la madera. No le veo porque sigo con los ojos en la página del libro, pero sé que está como también sabía que vendría. Casi le oigo respirar.

—¿Sigues durmiendo con la puerta abierta?

Levanto los ojos. Compartimos eso desde el accidente: la puerta abierta por las noches. Durante mucho tiempo, años, Lucas siguió durmiéndose esperando ver entrar a mamá para arroparle. Lloraba en sueños. Quizá todavía lo haga.

—¿Tú también?

Sonríe.

—Claro.

Claro. Desde aquí, con esta luz, no parece real. Es tan guapo que a veces parece un holograma hecho de cosas frágiles. Dejo el libro en la mesita, apoyo la espalda contra el respaldo de la cama y le invito a sentarse con un par de palmadas en el edredón, pero él sigue en la puerta, recorriendo la habitación con la mirada.

Lucas necesita su tiempo y también cerrar siempre las cosas que se le quedan abiertas por el camino. Entiende las conversaciones como pequeñas coreografías con su principio, su nudo y su desenlace. Tiene miedo de que, si deja algo abierto, pase algo que lo tuerza todo y ya no haya tiempo de encontrar un final lógico, humano. Como pasó con papá y mamá. Le aterra lo accidental.

Por fin, fija la mirada en un punto del edredón a mis pies.

Y por fin habla.

—¿Por qué no me lo habías dicho hasta ahora?

Sabía que empezaría por ahí. Primero el porqué.

—No pensaba decírtelo. No debería haberlo hecho. Perdona.

No aparta la mirada de la cama.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

Podría mentirle y seguramente me creería, pero no se me da bien. Callar quizá. Mentir, no. Los dos lo sabemos.

—Mucho. Hace mucho.

Ahora sí levanta la mirada.

—¿Mucho? ¿Cuánto?

Por la ventana entra una ráfaga de aire salado que alborota las páginas del libro abierto.

—Desde el día del entierro.

No pregunta cómo. No le hace falta.

—Tenía acento argentino, o puede que fuera chileno, ya no me acuerdo. Tía Martina se había acercado a saludar a unos amigos de mamá a la puerta del cementerio y yo me había quedado junto a la verja. A mi lado un tipo radiaba el entierro en directo para alguna radio y supongo que desde la emisora le pedían detalles. Carnaza. Mierda de ésa. No sabía que de paso me los estaba dando a mí.

Se lleva la mano al bolsillo y saca el paquete de tabaco. Coge un cigarrillo y se lo pone en la boca pero no lo enciende.

—¿Y todo este tiempo...? —empieza. Se interrumpe de pronto y me mira—. ¿Y los demás saben que tú lo sabes?

—Sí.

—Y yo ¿por qué no?

—Sólo tenías ocho años, Lucas.

Traga saliva y parpadea. Yo también.

—De eso hace veintidós años —dice, bajando la mirada. Tiene la frente arrugada.

—Decidimos esperar a que pasara el tiempo. A que estuvieras más entero.

Sí. Decidimos esperar a que pasara el tiempo y de tanto esperar el tiempo se nos fue de las manos.

—¿Decidimos?

—Los abuelos, tía Martina... yo.

Me mira con unos ojos tan húmedos que parecen transparentes. Luego se lleva la mano a la boca, se quita el cigarrillo de los labios y vuelve a guardarlo en el paquete mientras se separa de la puerta y viene despacio hacia la cama.

El libro vuelve a revolotear a mi lado.

—Entonces... —empieza, sentándose junto a mí y apoyándose él también contra el respaldo—, todos estos años...

Trago lo que puedo. Lo que no, se me atasca en la garganta mientras oigo trabajar el cerebro de Lucas, que ordena información, tiempo y sorpresa a mi lado. Y el corazón, también me oigo el corazón, y noto cómo el brazo de Lucas me rodea la espalda y tira de mí hacia él hasta que me encajo contra su cuello y él me apoya la barbilla en el pelo.

—No deberías haberlo pasado sola, niña —dice desde arriba.

Ya no trago. Me cierro entera contra él y le abrazo fuerte. Es sorpresa. Sorpresa su mente organizada que de pronto encadena hechos y fechas y da con mi nombre y con lo que han sido estos veintidós años de verdad no compartida. Lucas piensa en mí. Me mira a mí y se pone en mi piel, olvidándose de él. Así es Lucas y yo tendría que haberlo sabido. Así me quiere este niño que ya no lo es y así es como yo no estoy acostumbrada a que me quieran porque me queda grande.

Me abraza y yo a él. Y voy mojándole la camisa desde mis ojos cerrados porque sé que con Lucas puedo. Sólo con él.

—¿Dolió mucho? —pregunta en voz baja.

No le contesto con la voz porque no me sale. Le digo que sí con la cabeza, encajada contra su mentón, mientras le oigo tragar y siento su mano sobre la espalda. Una caricia, luego otra. Llegarán más, seguro.

—¿Todavía?

Sí, Lucas. Todavía. Tanto, que a veces quisiera no tener corazón.

Eso es lo último que alcanzo a pensar antes de oír el primer sollozo y pegar la boca abierta contra su camisa.

OceanofPDF.com

III

MAR ABIERTO

Éste es el sol que yo recordaba. De día la casa es la misma, con las paredes de colores vivos, los suelos de madera y la balaustrada de hierro forjado perdiéndose en lo alto. El Indiano estaba chiflado pero tenía buen gusto, y Constanza también. Hay tantas cosas mías en este pasillo que de repente tengo la sensación de estar de visita en un museo dedicado a mí. Ésa es probablemente la sensación que tendrán los que en su momento puedan regresar desde el futuro y visitar lo que fue suyo. Extraña, muy extraña.

Me gusta este olor a casa vieja y los chispazos que suelta la hierba bajo la brisa de la mañana. Y este run run que llega ahora desde el comedor de verano, el tintineo de los cubiertos, las voces amortiguadas de Lucas y Verónica, cada vez más claras, los mensajes más entendibles. Oídos desde aquí, sin verlos, cuesta adivinar quién es quién. No en el timbre ni en el tono, sino en la intención. Lucas y Verónica piensan distinto pero hablan igual, se expresan igual. Son como dos partes de un todo cambiante, a veces con más de uno y a veces con más del otro. Juntos, las respuestas de él son el eco de los procesos de ella, desde ángulos distintos, sí, pero en la misma frecuencia.

—Buenos días, abuelo —saluda Verónica con la taza en la mano. Está sentada frente a su hermano a un extremo de la larga mesa de roble. La cabecera está vacante y la luz entra a raudales por los ventanales. Lucas me sonríe.

—¿Has dormido bien?

Me acerco a la cabecera y me siento.

—Como un bebé —miento, ajustándome el albornoz—. ¿Y Martina?

—En la cocina. Preparándote la fruta.

—Buena chica.

Verónica deja la taza en el plato y se lleva la servilleta a los labios. Retira un poco la silla y apoya las manos en la mesa, a punto de levantarse. Parece haber estado esperando a verme aparecer para retirarse. Apenas una sonrisa disimulada desde mi llegada. Sigue castigándome. No perdona.

—¿Sigue en pie lo de la playa? —le pregunto, colocándome la servilleta en el cuello de la camisa y fingiéndome ajeno a sus ganas de no tenerme cerca.

—Sí —responde Lucas. No tiene buena cara. Debe de haber dormido mal.

—Perfecto. Con un poco de suerte, hasta nos podemos dar un bañito.

Verónica sigue con el cuerpo en tensión, a punto de levantarse.

—¿Un bañito?

—¿Por qué no?

Suelta un suspiro, como siempre que la obligan a dar una explicación que no cree necesaria.

—El agua está helada en esta época del año, abuelo. Deberías saberlo. — Sus dos últimas palabras suenan mal. Suenan a «si hubieras estado aquí estos últimos años, no lo habrías olvidado», y también a «es lo que pasa cuando uno no cumple. Cuando falla». Entiendo su mensaje porque sus miradas y sus gestos me lo han ido repitiendo continuamente en cada uno de nuestros encuentros: en cada conversación telefónica, en sus cartas y en sus visitas a la clínica. Desde que me marché, Verónica me habla como a un niño que molesta, con rabia, y, aunque hace años que no le conozco otra forma de tratarme, aún me duele porque sigo esperando que cambie.

—Es verdad —admito—. Debería saberlo.

Aprieta las manos sobre la mesa. No le gusta. No le gusta que juegue al

abuelo sumiso porque me ve viejo y débil y eso la hace verse mala.

Un poco mala sí que es a veces nuestra Verónica. Aunque ¿no lo somos todos?

Se hace un silencio incómodo que Lucas rompe pidiendo una tostada a su hermana. Verónica se la da y yo aprovecho para cambiar de tercio e incluir a Lucas en la conversación, a la espera de ver aparecer a Martina con mi ración de fruta.

—Me ha dicho Martina que pronto estrenas coreografía.

Lucas me mira y la luz del comedor queda atrapada en sus inmensos ojos verdes. De pronto tengo que tragar saliva porque en ellos veo los de Fernando y se me acelera el pulso.

—El lunes, sí.

—No paras, ¿eh?

—¿Y qué esperabas? —interviene Verónica, en un intento por intercalar un comentario cómplice que se tuerce sobre el mantel como un reguero de café. Ella se da cuenta y se esfuerza un poco más, probando con una sonrisa tensa que Lucas recibe con un parpadeo—. Es el nieto de su abuelo.

—Los dos sois nietos de vuestro abuelo, pequeña —le digo.

Ella recoge al instante la sonrisa como si hubiera cerrado una sombrilla y se sirve un poco más de café.

—Sí. Para lo bueno y para lo malo.

No digo nada. Lucas tampoco.

—Es lo que tiene la familia —remata, con una mueca de resignación—. Que no se escoge.

Lucas se lleva la tostada a la boca y Verónica se acerca el café a los labios.

—Y que, a veces, nos toca pagar por sus errores.

Tira de la cuerda. Verónica tira y yo tengo que hacer esfuerzos para no

dejarme arrastrar por ella. No siempre es fácil. Una vez más, decido cambiar de tercio.

—Y, dime, pequeña, ¿cómo está Hans?

Se queda con la taza en alto y me mira con cara de poca fe.

—Bien. ¿Por qué?

Sigue tirando. Tensa esta cuerda que debería unirnos. Tan llena de nudos.

—A ver cuándo le conozco.

Sonríe sin ganas.

—Creo que no te gustaría.

—No digas eso.

—Es verdad.

—¿Por qué lo crees?

Arquea una ceja y parece pensar su respuesta.

—Porque es una buena persona.

Suelto una carcajada no forzada que la pilla por sorpresa. A veces, Verónica dice cosas que yo mismo diría, o que quizá me haya oído decir en situaciones que reconozco parecidas. Me gusta mi nieta, aunque a ella tampoco eso le guste. Durante un instante suelta cuerda y se lo agradezco.

—Seguro que lo es.

—¿Ah, sí? —salta, crispada—. ¿Por qué?

—Porque tú te mereces a un buen hombre, Verónica.

Un nudo. La cuerda se atasca en un nudo. Su mirada también.

—Todas las mujeres se merecen a un buen hombre, abuelo.

Ay. Hemos tocado tierra.

—Eso también deberías saberlo —remacha.

—Lo sé, pequeña. Lo sé.

—Ya. Seguro que la abuela también lo sabía.

Embarrancados. Estamos embarrancados. Los dos. Éstas son aguas poco

profundas y desde hace ya mucho navegamos en ellas demasiado cargados de equipaje. Constanza ha caído sobre la conversación como un trapeceista sobre el vacío en un ensayo. Hay red.

—No hay hombres buenos ni malos, Verónica. Es la vida la que nos vuelve así.

Chispea. Le chispean los ojos como dos carbones en agua.

—No me ralles, abuelo —me ladra—. La vida sólo nos hace felices o infelices. Lo de ser buenos o malos lo elige cada uno.

No me gustan estas aguas. Ni el tono de Verónica.

—Me congratula que pienses así, pequeña.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque te veo mayor. Adulta.

Baja la mirada y clava los ojos en el mantel.

—Lo soy desde hace muchos años, abuelo, por si no lo sabías.

Sé desde cuándo. La fecha exacta. Sé hasta la hora en que Lucas y ella dejaron de ser niños y se tropezaron con lo que ya no tendrían de la infancia. Recuerdo el olor de la noche. El calor de Verónica y de Lucas contra mis piernas y también su silencio. El coche era negro y el chófer se llamaba Samuel. No, Rafael. Recuerdo la matrícula y también la cara de Verónica pegada al cristal trasero, junto a la cabeza de Martina, mientras la distancia abría una trinchera de preguntas sin respuesta que no íbamos a poder cerrar. En mi vida he tenido muchas más noches en las que he soñado con esos ojos que las que he dormido sin verlos en sueños. «Es lo mejor», fue lo último que supe decirles. Y, desde entonces, leo en los ojos de mi pequeña que cree que «lo mejor» no les incluía a ellos, que lo mejor es todo lo que no soy yo.

Es duro vivir así, pero es elegido. Yo elegí callar una verdad porque creí que lo mejor era que todos sufriéramos menos, aunque dejé cosas en el aire,

vacíos que tengo que llenar ahora que quedamos los que quedamos y que Constanza ya no está. Verónica me ataca porque no sabe pedir, eso lo sé desde siempre, y aguanto sus ataques porque conozco el hueco del que se alimentan. No me duelen. Lo que me duele es pensar que quizá pasen los años y ella se quede varada en su rabia contra mí, contra los hombres que eligen no ser buenos y también contra ella misma por no haber sabido decir.

No. Eso no.

—Verónica...

Me mira. En sus ojos hay un hueco para mí. Ella no lo sabe, pero está ahí. La luz que sigue entrando desde el jardín refleja los cubiertos en la pared cuando pregunto lo que yo también quiero saber.

—¿De verdad crees que no soy un hombre bueno?

Entonces la vida, esa que, según mi pequeña, nos hace felices o infelices y no buenos ni malos, echa los dados sobre la mesa del desayuno, y los dados ruedan entre los platos y las tazas en diagonal hacia el borde. Y en la tensa espera que nos ampara, una voz conocida rompe el juego desde la cocina, malbaratando el momento con un NO que empuja los dados al vacío, estampándolos contra la tarima del suelo.

—¡No! —chilla la voz tensa de Martina desde el otro lado de la puerta que lleva a la cocina. No nos movemos. Una gaviota se bambolea contra el sol, dibujando su sombra inmensa y móvil en los cristales del ventanal, y a mi lado Lucas inclina la cabeza, a la escucha—. ¡No, Marianne! ¡Hoy no!

Dejo la servilleta encima del plato y me levanto. Verónica sigue con la mirada perdida en el suelo, quizá buscando los dados que yo intento no pisar. Abro la puerta del pasillo y acelero el paso hacia la cocina.

Hoy no, Marianne. Habíamos quedado el lunes. El-lu-nes.

Marianne me mira desde la nevera con una sonrisa que conozco bien y que no me gusta. Hace más de un cuarto de hora que intento hacerle entender que hoy es domingo y que no la esperaba hasta mañana a mediodía. Ella abre los ojos como si estuviera viendo a un demonio y se coloca bien las gafas.

—Lunesh, shi —repite por enésima vez.

—Hoy es domingo, no lunes.

—Shi, shi. Dominga.

Dios mío.

Me siento a la mesa de la cocina e intento recobrar la poca calma que me queda después de haberla visto entrar a la cocina por la puerta de atrás como si llegara a su casa de la compra. Venía cargada de cosas que no necesito ni uso y con las que me persigue desde que empezó a trabajar aquí: un líquido espeso y amarillento que huele a vómito y que, según ella, lo limpia todo y que ni la bruta de Matilde sabe de dónde ha salido; los malditos folletos que quiere hacerme leer como sea y un montón de botes de especias que les echa a todos los platos y que yo no soporto. Estoy tan cansada de bregar con esta mujer que no puedo más, aunque al verla así, apoyada en el mármol de la cocina con su sonrisa salpicada de fundas de oro y esas gafas de cristales gruesos, otra vez puede más la pena que me inspira y también el miedo a sus cambios repentinos de humor. Respiro hondo. Hoy no es día para Marianne y esto no va a ser fácil.

—No puedes quedarte, Marianne. Hoy no.

—Shi, shi. Quedarme. Gushta mumusho.

—No. Ya te dije que están mis sobrinos en casa. Y mi padre. Y queremos estar solos.

Se seca las manos en la falda descolorida que le tapa las piernas hasta las canillas. Debajo lleva unas medias que se le caen y una especie de híbridos entre zuecos y manolestinas de color rosa. De repente estira el cuello.

—¿Padre? ¿Sheñor?

—Sí, Marianne. El señor.

—¿El sheñor bicho demoño dice sheñora Conshtancha?

—El mismo.

—Agh —sacude la cabeza con cara de asco, abre el cajón de los cubiertos y saca un cuchillo—. No gushta demoño.

—No te preocupes, mañana se irá.

—Mañana lunesh, shi, shi.

—Sí, mañana es lunes. Pero hoy es domingo y no puedes estar aquí, así que será mejor que vuelvas a casa de Matilde.

Vuelve a abrir los ojos como platos y suelta un rugido.

—Aghrrrrr. Matilde esh malamujr. No gushta.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—No gushta que yo habla por teléfono con mi madre. Mi madre enferma.

—Ya, Marianne. Pero es que llamar a casa de tu madre es muy caro. Deberías entenderlo.

—Shi, shi. Yo te digo tú compra tarjeta para teléfono pero tú compra tarjeta mala. Mira, mira. —Abre el bolsito de tela que lleva cruzado sobre el pecho y saca dos tarjetas telefónicas. Coge una y empieza a leer: Perú, Chili, Culombia... ¡Mal! ¡No funcionas! ¡Compra mal! ¡Mala, mala, no gushtas! ¡No madre con teléfono tarjeta! —grita, agitando las tarjetas en el aire.

—Te he explicado mil veces que esas tarjetas sirven para cualquier país,

Marianne. Sólo tienes que llamar al número que está escrito detrás y marcar el código. Es muy fácil.

Está encendida y cuando se enciende es difícil apagarla, pero hoy no tengo tiempo ni fuerzas para intentar calmarla con instrucciones cien veces repetidas que sin duda tardarán un buen rato en hacerla entrar en razón. En el comedor, papá espera su desayuno y tengo que darme prisa si quiero evitar un encuentro que no me apetece. Demasiadas explicaciones.

—Está bien, está bien. Tranquila.

Se queda con las tarjetas en alto como un guardia de tráfico con una multa en la mano.

—Haremos una cosa.

Su cabeza cuadrada se inclina a un lado, casi topándose con uno de los armarios de la cocina.

—¿Cosha buena?

—Sí.

—Gushta.

—Te daré veinte euros para que vuelvas a casa de Matilde. En cuanto te marches, la llamaré para que te acompañe a comprar una tarjeta que te sirva. Y le diré también que te deje pasar una noche en el hostel, pero sin trabajar.

Me mira, pero no dice nada.

—¿Me entiendes, Marianne?

—Shi. No entiendesh.

—Mira: te doy veinte euros y pasas un día de vacaciones en el hostel con una tarjeta de veinte euros para poder llamar a tu familia. Pero no vengas hasta mañana.

—Ahhh. ¿Vacashones?

—Eso es.

—¿Chili, Colombia, Perú no?

Tengo que respirar hondo para no abrir la puerta que da al jardín, echar a correr y no parar hasta llegar al mar y ahogarme dentro.

—No, Marianne. Vacaciones en el hostel. Y una tarjeta buena.

—Buena, shi. Muy buena. Gushta buena.

Cojo el bolso que tengo colgado en el respaldo de la silla, saco el monedero y le doy un billete de veinte euros.

—Toma. Para la tarjeta.

Se acerca despacio y coge el billete. Luego me sonríe, iluminándolo todo desde el reflejo de sus dientes enfundados en oro.

—Ahora vete. Llamaré a Matilde.

Se echa hacia atrás con un bufido como si hubiera oído nombrar al demonio.

—No gushta Matilde. Mala mala. Limpia todo Marianne no deshcansha nunca.

—No te preocupes. Hablaré con ella. Hoy descansarás. Como una señora. Tensa la espalda.

—¿Sheñora? ¿Sheñora Conshtansha muerta en hoshtal?

—No, Marianne. La señora Constanza ya está enterrada. Tú en el hostel. Vacaciones.

—Ahhhhh. Entiende. Descansha domingo. Lunesh viene.

Por fin.

—Eso es. Muy bien.

—Y martesh Chili, Columbia, Marianne trabaja.

—Sí, hija. Eso mismo. En Chile, en Colombia... donde tú quieras. Pero ahora tienes que irte, ¿vale?

—Gushta, sí.

—Y, mañana, cuando vengas, tenemos que hablar.

—Shi, shi. Lunes hablar con tarjeta buena.

Se pone el chaquetón amarillo que lleva desde el primer día que llegó y sale por la puerta trasera que da al jardín. Cuando coge el sendero de grava que rodea la casa de los guardas y que baja hasta el camino del pueblo, se detiene en seco y se vuelve.

—¿No vuelvo eshte noche para cena con sheñor demoño?

Trago saliva y respiro hondo, pero no puedo contener un grito de exasperación que llevo demasiados días reprimiendo.

—¡No, Marianne! ¡Hoy no!

Desde donde está, la veo saludar mi pérdida de paciencia con un pequeño respingo. Luego se lleva la mano a las gafas, se las ajusta, da media vuelta y se pierde entre los macizos de hortensias, caminando a saltitos como un enano de cuento.

Entonces cierro los ojos y respiro, dándome unos segundos de descanso y de silencio, mientras busco un paréntesis de paz en el que poder abandonarme antes de coger el bol de fruta que le he preparado a papá y llevárselo al comedor. Me arrellano en esta luz de primavera como un gato, a salvo de Marianne y de lo que llevo posponiendo con ella por temor a herirla. Un respiro. Unas horas más. Y este silencio pausado en la cocina que es mi tiempo, el que me dedico a mí a diario para no perderme. Me hace bien.

—Vaya, vaya. Así que veinte euros y unas vacaciones. Menuda bicoca.

El silencio se quiebra como un jarrón caro contra el suelo y el susto me acogota la voz. A mi espalda, papá me mira desde la puerta que da al pasillo, apoyado contra el marco con su batín de terciopelo inmaculado y una sonrisa de doble fondo.

—Papá, ¿qué haces ahí?

Arquea una ceja.

—Ver. Te. A ti. Verte.

—Ahora mismo iba a llevarte la fruta. —No dice nada y tampoco se mueve de la puerta—. ¿Cómo estás? ¿Has pasado buena noche?

—Estoy en plena forma —dice, dándose unas palmaditas en el pecho—. Y también es-tu-pe-fac-to.

Me levanto y me acerco a la encimera donde está el bol. Lo cojo y voy hacia la puerta.

—¿Vamos?

No se mueve.

—Shi shi —responde, abriendo los ojos y ladeando la cabeza en una imitación casi perfecta de lo que acaba de ver—. No gushta fruta oshidada —añade, señalando al bol con el mentón. Tiene razón. Los trozos de pera y de manzana están cubiertos de una capa de óxido amarillo que yo no había visto. Vuelvo a la encimera y vacío el bol en el cubo de la basura mientras él se sienta a la mesa.

—¿Por qué no me habías dicho que Marianne era la madre de las gremlins?

Bajo la cabeza e intento no sonreír, pero en cuanto imagino el impacto que debe de haber sufrido papá al ver la extraña figura de Marianne, con su falda tiesa, las medias medio bajadas y esa cabezota desproporcionada sobre el cuello de alfiler, no puedo reprimir una carcajada que espero que él no haya visto.

—No digas eso, papá.

—Perdona. Es que mientras os miraba, no sabía si lo que tenía delante era la prima rumana de Olivia o la novia de ET.

—No es rumana, papá.

—¿Ah, no?

—No.

—Eso me tranquiliza.

—Es marroquí.

Parpadea y se lleva la mano al cuello mientras empiezo a trocear una nueva manzana.

—¿Es peligrosa?

Ay. Cuánto cuesta tomarse en serio a este hombre cuando empieza así.

—No.

—Pues a mí me lo ha parecido.

Prefiero no decir nada y seguir troceando. A mi espalda, él se entretiene con un par de folletos que Marianne ha dejado olvidados sobre la mesa. Papá los estudia con atención.

—¿Y esto qué es?

Me vuelvo a mirar. Reconozco los folletos.

—Son de Marianne.

—¿El reino de Dios? —pregunta, leyendo uno de los títulos del primer panfleto. Empiezo ahora con la pera Conference.

—Es testigo de Jehová.

—¿La novia mora de ET es testigo de Jehová?

—Se llama Marianne, papá, haz el favor.

—Se llama Chiflada Pérez, hija.

Ahora un plátano de Canarias. A papá no le gustan las bananas.

—Me pregunto de dónde habrá sacado todo ese oro que lleva en los dientes.

El plátano ya está. Falta el zumo de pomelo amarillo y una cucharada sopera de levadura de cerveza. O no. Mejor de polen.

—Y me pregunto también qué es lo que está pasando aquí, contigo. ¿Tú crees que es normal tener que pagarle a una chacha para que te dé el día libre? Pero hija, ¿en qué mundo vives, si se puede saber?

Ya está. Enjuago el exprimidor en el grifo y lo dejo en el escurrerplatos. Luego saco una cuchara limpia del cajón y me vuelvo a mirarle.

—No pasa nada, papá. Es sólo que no quería tenerla hoy aquí y con ella no es fácil entenderse.

—Y que te da pena.

Me siento a su lado. Él hunde la cuchara en el bol y se la lleva a la boca.

—Y que, con tanta pena, le has ido dando cuerda y se te ha ido de las manos y ahora no sabes cómo quitártela de encima.

—Ay, papá, no empieces.

—Y que no deberías permitir que nadie te hablara como le he visto hacerlo a Chichi. Tendrías que haberla largado.

Chichi. Tenía que llegar el mote, claro. También una excusa que no me gusta oírme utilizar.

—Estaba esperando a que pasaran estos días. A que todo se calmara un poco.

—Mentirosa.

—Es que no tiene a donde ir, papá. Ésa es la verdad. Tiene a su madre enferma en Marrakech y está sola, y además...

—Y además se ha encontrado con un alma cándida que no sabe decir que no y que vive el sufrimiento de los demás como si fuera el suyo propio. Como si tú tuvieras la culpa de todo lo que pasa a tu alrededor.

—Ya lo sé, papá.

—Pues no se nota —masculla con la boca llena, dejando a un lado el bol con un mal gesto.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

Sigue masticando durante unos segundos hasta que por fin traga.

—No, no me gusta. No me gusta verte así, Tina. No me gusta que sigas

sin saber poner límites porque te da miedo enfrentarte a la gente. Ni que creas que defender lo tuyo te hace mala persona.

Tiene razón y los dos lo sabemos, pero me gustaría que no siguiera por ahí. Estoy cansada.

—Tienes sesenta años, pequeña, y todavía no has aprendido a decir que no a lo que no te hace bien. Y eso es muy triste.

Desde donde estoy veo a Verónica pasar por delante de la puerta acristalada que da al jardín. Camina cabizbaja, distraída.

—Como te pasó con Constanza, hija.

Durante un segundo, Verónica se detiene junto a un macizo de hortensias y se concentra en algo que desde aquí no alcanzo a ver.

—Te equivocaste quedándote, Tina.

Verónica desaparece de la puerta seguida de su sombra sobre el césped.

—Por ti. Te equivocaste por ti —dice, dolido—. Tendrías que haberme hecho caso.

Durante todos estos años, ésa ha sido siempre la piedra en la que papá y yo solemos encallar cuando hablamos de nosotros. Al principio él insistía en que contratara a alguien para que se quedara con mamá. Insistía también en correr con los gastos. «Una persona, dos. Las que necesite, hija», empujaba desde la distancia, la física y la real. Y yo mentía, encajada contra el encierro silencioso de mamá y la mirada triste con la que lo barría todo cuando salía de él y se compartía conmigo. Mentía sí: «No te preocupes, papá. En cuanto mamá esté un poco mejor, en cuanto empiece a superarlo, traeré a alguien y volveré a lo mío. Aún no. Es demasiado pronto. Hay que darle tiempo». Y tiempo es lo que le di entonces y lo que fue cogiendo ella, dejándome sin él para desesperación de papá. Tiempo es lo que se me ha ido colando entre los dedos durante más de veinte años hasta ayer, viviendo dedicada a quien no era yo. Esperando primero, resignada después.

—Mamá me necesitaba. No podía dejarla sola. Tú lo sabes.

Es una conversación que hemos tenido muchas veces sin llegar a tenerla así, al descubierto. Papá está dolido conmigo. Con mi debilidad. No le gusta.

—No es verdad. Constanza necesitaba un testigo para su desgracia, no a ti. Tú sólo elegiste dejar que ella y la culpa decidieran por ti. Nada más.

Nada más, dice. Puede ser. Aunque ahora eso ya no importa.

—¿Y tu vida, Tina? ¿Dónde la dejaste? ¿Dónde se te ha quedado desde entonces?

Me duele. Me duele que me hable así. Las cosas no son tan fáciles. Para algunos no.

—Aquí, papá. Mi vida está aquí. Es ésta.

—No es verdad. Esto es lo que quedó cuando renunciaste a vivirla. Tu vida es otra cosa, hija. La vida es otra cosa.

No acusa, papá. No es eso. Me habla como si empezara a no verme. Como si pensara en alguien que no estuviera aquí en este momento.

—Para ti es muy fácil, papá.

Guarda silencio durante un par de segundos. Cuando vuelve a hablar, su voz me llega envuelta en un tono distinto, más cansado, más rendido.

—No, no lo es. Ni lo fue entonces. Pero hice lo que creí que era lo mejor.

—Ya lo sé.

—Y, a pesar de todo, de tanto tiempo viviendo al margen de lo que es mío, de lo que me tocaba por derecho, no me he arrepentido nunca de haberme marchado. Puedes estar segura.

—Te creo.

—Lo que quizá no llegue a perdonarme nunca es no haber estado y haberme perdido tu vida. Haberme fallado contigo. Contigo y también con Lucas y con Verónica. De haberos perdido.

Pone las manos sobre la mesa y clava los ojos en las baldosas blancas de la pared. Así, envuelto en la luz cruda de la cocina, está viejo. La piel transparente alrededor de los ojos, tapizada de pequeñas venas y arrugas muy finas que normalmente no quedan a la vista. El gesto cansado. Son muchos años de padre.

—Tengo miedo, Tina —dice con una mueca que no alcanzo a descifrar—. Miedo de que sea demasiado tarde.

No sé qué decir porque él parece no esperar que diga nada. Mira la pared sin verla, con los ojos perdidos en algo que no está aquí y que no comparte conmigo ni con la luz de la cocina. Papá habla con él y me gusta que lo haga porque así se olvida de mí y me da un respiro, pero a la vez entiendo en su frase algo que hasta ahora no había percibido. Es una prisa, unas ganas de decir, de comunicar algo que no sabe cómo sacar. Como un niño que espera a que le pregunten para confesar algo que ha hecho mal. O como alguien que teme no ser perdonado pero que tampoco quiere mentir.

—Hay cosas que tú no sabes, pequeña.

Cosas que no sé, dice. No suena bien. Viniendo de papá, de un hombre como él, siempre tan franco y tan enemigo de los rodeos, es un anuncio extraño. Un aviso, eso es lo que es.

—¿Cosas como qué? ¿Sobre qué?

Vuelve despacio la mirada hacia la ventana y con la uña persigue el rastro de una grieta que el frío y el calor de los años han ido abriendo en la madera de la mesa.

—Sobre mí. —Hinca la uña en la grieta y la deja ahí, como un clavo torcido sobre un tablón—. Sobre tu madre.

Respiro un poco más tranquila. A fin de cuentas, después de todos estos años juntas, no creo que haya muchas cosas que yo no sepa de mamá. Al menos, nada que cambie nada.

—¿Quieres contármelas?

No me mira. Le hablo como se le habla a un niño y él vuelve a pasear el dedo sobre la madera, concentrado en rascar con la uña las migas que se han ido colando en la grieta.

—Contáros las —dice en un murmullo. No le entiendo. Por un instante no estoy segura de haberle oído bien, no entiendo ese plural ni a quién incluye. Él me saca de dudas—. A los tres.

Despistada. Me despista este hombre de vida viajada que tengo sentado a mi lado y que de pronto se muestra casi tímido, avergonzado. No es así papá. O no lo era. Ya no sé.

—Aunque no sé cómo —suelta en un susurro cargado de aire denso—. Y tampoco sé lo que vendrá después.

La uña se detiene sobre la mesa y papá se vuelve a mirarme. Hay un niño ahí dentro, ahora lo sé. El niño tiene miedo porque intuye que la verdad no siempre lleva premio. Hay miedo a lo desconocido y miedo también a pedir ayuda, a no saber cómo. No sé qué es lo que tiene que decir ni por qué ha decidido decirlo ahora, pero sí entiendo al ver su mirada que a eso ha venido y que para él es vital hablar. Que lo necesita. Quiero decirle que espere, que iré a buscar a Lucas y a Verónica y los sentaré a la mesa para que su abuelo les cuente lo que ha venido a contar. Que no se preocupe. Que ahora vuelvo. Que no pasa nada. Pero prefiero que sea él quien pida, quien marque el tiempo.

—Encontrarás la manera, papá —le digo, cubriendo con mi mano la suya—. Ya lo verás.

Su respuesta es una sonrisa agradecida y una pequeña frase que apenas murmura antes de apoyarse sobre las manos para ponerse de pie.

—Ojalá, pequeña. Ojalá —dice, acariciándose la cara y dirigiéndose con paso cansado hacia la puerta del jardín.

La brisa de abril apenas sopla y el olor a sal nos llena los pulmones mientras bajamos despacio por el camino que bordea el acantilado hasta la playa. El abuelo y tía Martina van delante, flanqueados por los perros que corretean entre la hierba, persiguiéndose. Lucas camina a mi lado y las gaviotas se mecen perezosas, a veces chillando desde lo alto, a veces no.

—¿Has hablado con el abuelo? —pregunta sin mirarme.

Por un momento no sé a qué se refiere y su voz abre de pronto un vacío que lleno con la pregunta lanzada al aire esta mañana por el abuelo: «¿Crees que soy un hombre bueno?». No he sabido responder entonces y la sigo teniendo encallada entre lo que oigo y lo que hago, buscándole respuesta. Lucas se vuelve a mirarme.

—La fundación, Verónica. La apuesta —dice con una sonrisa, arrancándose de mí.

Fastidio. Me fastidia que me pidan los deberes cuando no toca y él lo sabe. A mí, la única que siempre los tiene hechos.

—Tranquilo, ¿eh?

Levanta las manos. Sigue la sonrisa.

—Vale, vale. Sólo preguntaba.

—Te dije que lo haría, ¿no? Pues ya está. No me agobies.

Volvemos al silencio, yo a la pregunta del abuelo y Lucas a su mundo tranquilo. Unos metros por delante de nosotros, el abuelo y tía Martina se han parado delante de un arbusto en flor que examinan con atención. Dos de las perras se alejan camino abajo. La tercera se queda junto al abuelo, pegada a su pierna. Enseguida les alcanzamos.

Al vernos llegar, el abuelo baja los ojos hacia Primavera, que levanta la cabeza y se sienta.

—Hija —dice él, hablándole a Martina—. ¿Tú sabías que la gremlin es sonámbula?

Tía Martina aparta los ojos del arbusto.

—¿Cómo que sonámbula?

—Como lo oyes. Mírala. Tiene los ojos abiertos y camina.

—Claro.

—Pero ronca.

Nos reímos. Los tres. Tiene razón el abuelo. Las tres perras carraspean al respirar, como si roncaran. Como si les costara.

El camino se ensancha en este tramo, ahora más plano, y caminamos los cuatro juntos, envueltos en los salpicones de olor crudo que el océano lanza sobre la costa. Andamos despacio, cada uno perdido en lo suyo hasta que de pronto la voz del abuelo nos sorprende desde atrás.

—¿Sabes una cosa, niña?

Es una sorpresa no haberle visto rezagarse a nuestra espalda. También la pregunta. Nos volvemos a mirarle y le encontramos apoyado en una de las estacas redondas unidas entre sí por cuerdas que marcan el camino hasta la playa. Se lleva la mano al costado y se frota bajo las costillas con un movimiento tranquilo.

Niña, dice. En cuanto mis ojos encuentran los suyos, entiendo que esa niña soy yo y que me habla a mí. No digo nada. No me da tiempo.

—Necesito que me respondas —dice. Junto a mí, tía Martina frunce el ceño, descolocada—. A la pregunta.

En fila. Lucas, Martina y yo en fila delante del abuelo como tres niños castigados de cara a la pared. O como tres soldados ante un reo, armados cada uno con lo suyo.

Sé lo que él me pide, pero no sé lo que yo quiero darle y eso me incomoda. ¿Soy un hombre bueno?, pregunta.

—¿Por qué, abuelo? ¿Para qué?

Él sigue frotándose el costado con un gesto automático.

—Quizá porque estoy viejo.

«Y a mí qué —me oigo pensar—. A mí qué que estés viejo. Como si eso te diera derecho a algo. A preguntar. O a que te den respuestas.»

—Y porque me importa lo que pienses —dice, bajando la mirada durante una décima de segundo que se me hace extrañamente larga. Cuando vuelve a levantar los ojos, nos abarca a los tres con ellos—. Lo que penséis.

Hay un paréntesis de silencio entre sus palabras y nosotros. Es el paréntesis que deja el artista entre él y su público cuando sube al escenario. Entiendo ahora la distancia, su distancia. Se mueve mejor en ella. Nosotros no.

—¿Sabes lo que creo, abuelo?

Detiene sus ojos en mí.

—No.

A mi lado, Lucas enciende un cigarrillo, inclinándose sobre sí mismo para proteger con el cuerpo la llama del encendedor. Tía Martina no se mueve.

—Creo que te has hecho viejo y quieres morirte tranquilo.

Sonríe, pero mal.

—Puede ser.

—Y que te han fallado los cálculos. —La bocanada de humo de Lucas me envuelve durante un instante, nublando lo que veo. Luego desaparece—. Te han fallado porque no te ves.

Arruga la frente y estira la espalda contra el apoyo que le da la estaca.

—¿Y tú sí? —pregunta con una voz opaca que no recuerdo haberle oído

hasta ahora. Es una voz que vibra poco, aspirada—. ¿Tú me ves?

Preguntas. Más.

—Sí, abuelo. Hace años, muchos años que te veo. Aunque no hayas estado.

Vuelve los ojos hacia el mar y recorre con ellos el azul. Una ráfaga de brisa le alborota el pelo y una gaviota se ha posado sobre una estaca lejana y nos mira, inmóvil.

—¿Y qué es lo que ves, niña?

Noto la mano huesuda de tía Martina sobre mi hombro y el peso de sus dedos repartiéndose en mi piel como si de pronto la gaviota se hubiera teletransportado hasta aquí desde la estaca. Los dedos se cierran un poco. Yo no.

—Veo a un hombre que tiene miedo de una respuesta que conoce. Eso es lo que veo.

Me sonrío y esta vez sí reconozco la sonrisa. Es la del Rodolfo acostumbrado a su público. La del que sabe estar. La de «La voz».

—Quizá podrías intentar mirar mejor.

—Y quizá tú podrías haber hecho las cosas de otra manera.

Cambia el peso de una pierna a la otra e inclina un poco la cabeza.

—Seguro que sí. O quizá las cosas no sean como tú crees.

—Ya, claro. Y por eso has venido.

—No —replica con una extraña suavidad—. He venido porque quería veros. A los tres. Juntos.

Salto sobre él. No sé exactamente desde dónde. Sólo que el salto es casi físico, muscular.

—Muy bien. Pues ya nos has visto. Muchas gracias por la visita, abuelo. Ahora ya puedes volver a tu vida. ¿Contento? ¿Feliz?

Suspira hondo y chasquea la lengua.

—No, niña. Feliz no.

—Pues haberlo pensado antes, coño.

La mano en el costado y una leve mueca de dolor. Dolor que pasa.

—Lo pensé, niña. No sabes tú cuánto.

De pronto el calor que la mano de tía Martina va inculcándome en los huesos se mezcla con un calor distinto que sube desde más abajo, desde el estómago. Es un calor sucio de color y el color, el de la rabia. Así es como me sale la voz: a chorro y encendida en amarillo. Prendida.

—Yo ya sé lo que tenía que saber, abuelo. Hace mucho que lo sé, que lo sabemos todos. Y también sé que tú no deberías estar aquí. Que no nos haces bien.

Él no se mueve ni parpadea. Está tenso y terso como si se hubiera quitado veinte años de encima. Más alto. Preparado.

—Y sé también que un hombre bueno no tiene nada de lo que tú tienes. Un hombre bueno no deja a su mujer como lo hiciste tú con la abuela, acabada y medio loca de pena después de habernos arrancado a papá por un capricho de estrella egoísta. Eso no es un hombre bueno, abuelo. Eso no es un hombre. ¿Qué quieres? ¿A qué has venido? ¿A pedir perdón? ¿A que los que dejaste aquí, bregando con tu mierda, te digamos que sí, que pobrecito, que puedes morirte en paz porque ya pasó y no pasó nada? Pues no. Pasó, abuelo, y pasó mucho. Todo. Pasó que mi hermano y yo nos quedamos colgados en esta cosa que debería ser la vida porque tú te empeñaste en que papá viajara esa noche a verte triunfar. Pasó que tú sabías que por muy cansado que estuviera, por mucho que no pudiera ser, él no te fallaría porque él no fallaba a nadie. Y que no te importó el riesgo. Que no te importó nada. Sólo tú y tu maldito público. Eso fue lo que pasó.

Me mira despacio el abuelo desde su orilla del camino. Es una mirada sin brillo, hacia dentro, una mirada que no ve lo que soy ahora ni lo que me

rodea. Hay voces en esos ojos, voces que sólo él oye y que circulan sobre nosotros como una bandada de pájaros que no aletean, pájaros llenos de silencios. Y hay también una cuerda tensa y vieja que nos sujeta sobre el vacío del acantilado, él encima, nosotros debajo, colgados tía Martina, Lucas y yo en el aire: tres alpinistas que han perdido pie y que el cabeza de fila arrastra montaña arriba, agotado. Rendido.

Y hay un chasquido que rebota contra los arbustos, llenándolo todo con todo lo que el abuelo no ha dicho nunca hasta ahora. Y ese todo es lo que hay, lo que ha habido siempre oculto entre nosotros, en silencio, al otro lado del océano.

El chasquido es el de la cuerda al romperse.

Es la voz del abuelo. Y una frase de ocho palabras cortada en dos.

—No, niña. Eso no fue lo que pasó.

OceanofPDF.com

Se ha hecho el silencio y el mediodía maniobra entre nosotros, cuajado de mensajes. Detrás de Verónica, de Martina y de Lucas está el vacío que descansa en el azul. Sobre ellos navega alguna gaviota a la deriva que no cuenta. Cuenta su atención. La de los tres. Y cuenta lo que ha sido verdad y no ha dejado de serlo a pesar de los años, la verdad de esa noche negra que se tragó a Fernando y a Emma y que nos partió la vida entre lo que había hasta entonces y lo que hubo después. Y cuenta también lo que recuerdo y recuento en voz alta para mi gente ahora que Constanza no está y poco daño puede hacerle ya lo que yo diga. En alto. Para que me oigan y entiendan que a veces lo mejor no es lo que menos duele. No, no lo es.

La verdad.

La verdad es que hubo una llamada desde París que Fernando contestó, sí, pero no fue mía sino de Constanza. Fuera de sí Constanza, arrebatada contra mí porque una vez más sus fantasmas la quemaban de celos, disparándole el pánico en las venas. Fuera de lo controlable, buscando a ciegas, llamando a ciegas.

Desde el mismo día en que aterrizamos en París, Constanza se atrincheró en guardia perpetua contra Michele, la asistente personal que la dirección del Olimpia me había asignado y en la que ella vio enseguida resumidos todos los peligros y todas las seducciones que solían acompañarla. Los celos llegaron casi al instante y todo se volvió difícil. Difícil preparar la gala, difícil moverme, difícil respirar con esa Constanza de miradas sufridas y suspiros falsamente resignados que lo ensombrecían todo como tantas otras veces en tantas otras ciudades. Difícil convencerla de que lo que Michele hacía en mi suite esa tarde era ayudarme a elegir el vestuario para

mis apariciones en televisión. Era trabajo lo que ella vio y locura lo que la visión activó en sus pocas ganas de entender. Fue tal la escena y tanta la violencia que vimos en Constanza, tantas sus ganas de hacer daño, que Michele huyó en cuanto tuvo ocasión y yo me encerré en un silencio duro y castigador con el que me defendí desde el otro lado de la puerta del baño. Y, mientras yo buscaba un poco de serenidad en la fría palidez de aquel baño de hotel, oía a Constanza al teléfono, llamando una y otra vez, dejando siempre el mismo mensaje, respirando mal, moqueando mal: «Soy su madre. Que me llame en cuanto termine. Es urgente». Ése era el mensaje y esas las palabras. Y los minutos iban pasando en nuestro micromundo de desentendimiento como en dos países con husos horarios distintos. El de ella pidiendo ayuda, lanzando mensajes a quien sabía que la escucharía porque siempre era así. Fer siempre estaba para su madre. Siempre a punto. Mi país al otro lado de la puerta, cansado de ella y de sus miedos, cansado de tanto.

Hasta que por fin sonó el teléfono de la habitación y la voz de Constanza recuperó el dolor, la rabia y todo lo que imaginaba que yo le ocultaba tras la puerta y lo vertió en el auricular para nuestro hijo entre sollozos, falsos silencios y ganas de ser escuchada. Y entonces la oí pedir.

—Ven, Fernando. Por favor. Ven o no sé lo que soy capaz de hacer. Te lo juro.

Te lo juro. Entendí la respuesta de Fernando en el silencio sordo que siguió y en la calma tensa con la que Constanza depositó el auricular en el teléfono. Luego la oí salir.

Horas más tarde, en mitad de la noche, volvió a sonar el teléfono. Entonces llegó lo peor. Llegó el horror, la noticia que ningún padre está preparado para oír porque no está calculada en la paternidad, porque es el final de todo. Llegó la muerte, el accidente, y el horror fue esparciéndose

por la habitación como un mar de fango, mojándolo todo desde el teléfono e inundándonos a los dos de espanto. A partir de entonces, en las horas que siguieron, llegaron también en tromba remolinos de palabras e imágenes que jamás hubiéramos imaginado oír en vida: barranco, llamas, cuerpos, cadáveres, reconocer, repatriar, autopsia, funeral, flores.

Flores.

No más flores en el caserón. No más luz. La vida manchada desde esa noche y una grieta abierta entre Constanza y yo que no habría de cerrarse. Ella enclaustrada en su dolor y yo en el mío. No un dolor común, no un vamos a compartirnos para que duela menos. El entierro de Fernando y de Emma enterró lo que podríamos haber salvado de nosotros dos y la tierra nos cubrió desde arriba, enfrentándonos. Constanza se refugió en un silencio pétreo de madre destrozada mientras todo en ella me acusaba de una desgracia que era mutua y que ella empezó muy pronto a apropiarse, dejándome al margen primero, haciéndome responsable de ella después. Yo me aparté y le dejé espacio, confiándome al tiempo, pero su espacio fue ganando terreno, arrinconándome contra todo lo que iba perdiendo, a merced de su avance de madre rabiosa. Volví a cantar, a viajar. Más galas, más conciertos, más discos. Más, más, más... lejos, fuera, aire. Y me equivoqué. Me equivoqué porque mis ausencias no ayudaron y dejaron un margen demasiado amplio para que ella fabricara poco a poco su verdad. Lo que, durante un tiempo fueron comentarios feos y mal dirigidos en los que me culpaba, a mí y a mis infidelidades, de haberla obligado a hacer esa llamada a Fernando, cubriéndome de todo lo que ella no quería ni podía afrontar, fueron dibujando una verdad nueva y sanadora en la que ella era tan víctima de lo ocurrido como lo habían sido Fernando y Emma. Volvió atrás en el tiempo e inventó una nueva tarde en el hotel, cincelándola a conciencia, reconstruyendo voces, cambiando planos y secuencias,

poniéndome a mí al teléfono para oírme pedirle a Fernando que se reuniera con nosotros en París porque sin él mi debut en el Olimpia estaba cojo, porque no podía fallarme, enredándonos con su imaginación en una complicidad que Fernando y yo nunca tuvimos porque ella nunca la permitió. Fernando era suyo, de nadie más. No de Emma, no de sus hijos, no de la vida. Lo había atado a ella y él había crecido así, hiedra sobre tronco, sombra sobre sombra, aire sin aire.

Dos años. Fueron dos años de culpa a la que yo no supe poner freno porque no tenía fuerzas. Porque si paraba me hundía. Constanza no tardó en reacomodarse en esa nueva verdad y en hacerla extensiva a todo lo que era nuestro, de los dos. Habitaciones separadas, silencios feos, no perdón, no descanso. Hasta que un día, a la vuelta de una gira, le dije que ya no más, que no podía seguir, y que quería separarme de ella. No quiso saber. Me escuchó en silencio hasta que terminé de hablar. Siguió sentada donde estaba y me miró como si me viera por primera vez desde hacía meses. Luego dijo algo que sonó así:

—Si te vas, lo sabrán.

Sólo eso. Si te vas, lo sabrán. Y en ese «lo sabrán» entendí incluida la nueva verdad, el nuevo culpable, el asesino de Fernando huyendo y dejándolo todo atrás: casa, nietos, hija y esposa deshecha por la desgracia. Y supe entonces que no había nada que hacer porque ella ya había decidido quedarse con todo y dejarme fuera. Entendí que había compartido ya esa verdad con Martina y con los pequeños y que la había hecho real en mi ausencia, que vivían todos en ella, mirándome desde dentro, situándome fuera. Enajenándome.

—Lejos —dijo entonces—. Vete lejos. Desaparece.

Lejos fue la otra orilla del mismo océano. Lejos fue Buenos Aires, dejando a Constanza recreada en su rencor contra la vida y contra la culpa

para que viviera su personaje a solas, sin testigos de cargo. Lejos fue triunfar a tiempo completo sobre los escenarios del mundo, negado en lo privado y fundido en lo público, volviéndome sólo voz, enterrado el hombre y renacido el artista. Lejos han sido veinte años de silencio y también muchas otras cosas: vivir las vidas de los míos en diferido, esperando la muerte de Constanza para poder llegar a tiempo. Y el miedo. Miedo a morir antes que ella, a la enfermedad, a la invalidez. A desmemoriarme.

A olvidar.

Y a que sea demasiado tarde. A que los míos no me crean. Ni me perdonen.

Hasta aquí.

Tanto tiempo.

Las gaviotas van y vienen sobre la playa, planeando en el silencio que flota sobre lo que he dejado al hablar. Han vuelto los pinchazos en el costado y un dolor más constante que me sube desde el sigma hacia el pulmón, escorándome contra la estaca. Quizá Verónica tenga razón y yo no debería estar aquí. Quizá me he equivocado y estoy demasiado viejo para esto. Ya no tengo edad.

Delante de mí, Verónica me mira con la cabeza apoyada en el brazo de Martina, que tiene los ojos cerrados y la cabeza gacha. A su lado, Lucas clava la mirada en el cielo. Huele a sal y a limpio.

—¿Qué os parece? ¿Seguimos bajando hasta la playa? —me oigo decir desde una voz gastada que apenas reconozco como mía pero que me ayuda a volver a lo real.

Espero. No se mueven. No hablan.

—Aunque puede que ya no sea una buena idea, ¿no?

Nada. Sólo el chillido de alguna gaviota, afilado como un cristal de roca,

y las turbulencias cada vez más incómodas que me ronquean el intestino.

—Creo que volveré a casa. Seguid vosotros. Yo necesito echarme un rato —digo por fin, dándome un pequeño impulso desde la estaca y volviéndoles la espalda para emprender el camino de regreso—. Os veré más tarde.

Cuesta esta subida sobre la arena húmeda del camino. Cuesta subir así, de espaldas a lo que he dicho, clavado en este silencio que me llega desde atrás y que no sé lo que encierra. Cuesta dejar atrás, pero hay que seguir. Y sigo, un pie delante del otro, despacio, respirando esforzado y acostumbrado a irme. Con pena.

Y así sigo, en lento ascenso hacia la cumbre, hasta que el peso de una mano sobre mi brazo me quiebra el paso, interrumpiéndome la voz. Luego llega una sombra que se alarga en el suelo hasta encontrarse con la mía y en su silueta reconozco el perfil huesudo y escueto de mi nieta. Mi nieta quieta, comunicada a mí sobre la arena del camino como los dos últimos árboles de un bosque que ya no está. Mi nieta y la corteza rugosa que la cubre. Su mano en mi brazo. Y la brisa que vuelve a soplar, fresca, suelta.

—Abuelo —dice su voz a mi espalda. Y yo trago saliva porque este árbol está viejo y dejó de fabricar savia hace años para poder seguir conteniendo la poca que le quedaba. Su mano se cierra sobre mi antebrazo y tira de mí hacia ella con suavidad. Suave, muy suave la fuerza de Verónica, acostumbrada como está a cuidar de sus animales heridos. Acostumbrada al miedo del rechazo.

Dejo que tire de mí hacia ella hasta notar el hueso de su hombro en tensión y apoyarme en él. Luego entrelaza su brazo en el mío y, desde su suavidad, me empuja hacia delante. Con ella.

Abuelo. Verónica. Arena. Casa.

—Vamos —dice, con una sonrisa que no puedo ver—. No puedes tú solo.

Cae la tarde desde el océano sobre la playa vacía. El oleaje nos mece desde el agua y el sol, al abrigo de la brisa, calienta el aire, envolviéndonos en una agradable burbuja de templanza. Esta es nuestra playa. Aquí hemos pasado tardes de conversaciones tranquilas tía Martina y yo desde hace años, reuniéndonos como sólo sé hacerlo con ella, sabiendo que me espera en lo que yo quiero darle. Tan parecida a mamá en tantas cosas, tía Martina. Tan familiar.

La confesión del abuelo ha tocado cosas que apenas hemos compartido y que hemos preferido aparcar de momento para retomar nuestro ritmo de charla, el que reservamos a las horas a dos en esta playa que durante todos estos años nos ha visto llegar y crecer. Sentados de cara al azul, el susurro de la marea nos mece en silencio, respirándonos.

—Papá me ha pedido que me vaya con él a Buenos Aires —dice de pronto. El mar abraza su voz y nos la devuelve entera, susurrada.

Pasan los segundos hasta que por fin vuelve a hablar.

—No voy a ir.

Volvemos al silencio. Tía Martina es lo más parecido a una madre que he tenido desde que mamá murió. Es como un abrazo amplio y contenido que siempre me hace bien. Con ella no me cuesta pensar. No me exige nada. No nos exigimos.

Se vuelve a mirarme.

—¿Y esa nueva coreografía, la que estrenas el lunes? ¿Cómo es?

No me sorprende la pregunta. Entre nosotros las conversaciones van y vienen como pequeños saltos de tiempo que uno de los dos retoma ahora y

que el otro recupera minutos más tarde. Todo tiene un hilo que ambos seguimos sin prisa. Es un ritmo conocido. El nuestro.

—Difícil.

Sonríe. Le gusta sonreír y a mí verla. Cuando no la tengo conmigo, cuando estoy lejos, la recuerdo así, mirándome y sonriendo. Escuchándome.

—Eso no es ninguna novedad, hijo.

No, eso no es ninguna novedad, tiene razón. La pieza es difícil porque es más corta de lo que suele ser habitual y porque es un solo plagado de giros imposibles.

Y también porque puede que no haya más.

—Puede que sea la última, tía.

Me mira con la misma sonrisa.

—Claro. Supongo que la última es siempre la más difícil.

No me ha entendido.

—No, tía. Lo que quiero decir es que quizá sea la última de verdad. La última que bailo. Mi despedida.

Ahora sí. Ahora entiende lo que le digo y vuelve la mirada al agua, ligeramente ceñuda.

—¿Por qué?

Podría darle a su «por qué» mil respuestas cien veces pensadas y ensayadas que sin duda servirían. Podría decirle que estoy cansado, que estoy mayor, aburrido, que quiero un cambio. Podría y todo sería verdad, pero con tía Martina no hace falta.

—Porque estoy pensando en volver.

El ceño se dibuja aún más en su frente. Ladea ligeramente la cabeza y parece pensar la respuesta.

—¿Volver? ¿Adónde, hijo?

—Aquí. A casa.

Gira despacio la cabeza y me mira sin ocultar su sorpresa.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Para qué?

No es un juicio. Es curiosidad y así me llega. Es interés.

—Me gustaría darme un tiempo. Pensar. Parar.

Silencio. La luz es cada vez menos blanca. Las gaviotas se retiran.

—Pensé que te haría ilusión.

Vuelve su sonrisa.

—Sabes que sí.

Sí, claro que lo sé.

—Ahora que la abuela ya se ha ido, vas a estar muy sola en el caserón.

Sigue sin decir nada y yo aprovecho su silencio para encender un cigarrillo.

—Estaríamos bien aquí los dos, ¿no crees? —le digo, dándole un apretón en la rodilla. Ella pone su mano sobre la mía.

—Siempre estamos bien aquí los dos, hijo.

—Sí.

—Pero no estoy muy segura de que sea eso lo que quieres.

Fauna y Flora yerguen las orejas. Están tumbadas entre los dos sobre la arena. Primavera se ha perdido camino arriba tras el abuelo y Verónica.

—No hace falta que te diga lo feliz que me haría tenerte aquí conmigo, Lucas —empieza, apartando su mano de la mía—. Pero no quiero que sea porque crees que estoy sola y necesito compañía. Así no.

—No es eso, tía. No me entiendas mal.

Se vuelve a mirarme y Fauna se despereza con un bostezo de dientes torcidos.

—Entonces, ¿qué es?

Son muchas cosas, eso es lo que es. Mucho tiempo dando vueltas por el mundo. Mucho movimiento y poca quietud.

—Que ya no sé si quiero seguir girando, tía. Pero a la vez me da miedo parar porque de repente me he dado cuenta de que no he parado nunca y de que no sé cómo serán las cosas cuando lo haga.

Asiente despacio, atenta y paciente.

—Y creo que el único rincón del mundo donde puedo encontrar un sitio seguro es aquí, contigo. En casa.

El sol empieza a esconderse y las sombras se confunden con los primeros trazos del crepúsculo. Delante de nosotros, el agua oscura lame la arena y se retira, líquida y generosa.

—Te entiendo, cariño, y entiendo también desde dónde hablas.

—Ya lo sé.

—Pero no te quiero así. No te quiero refugiado, Lucas. No te hará bien. Deja de bailar si eso es lo que necesitas, pero que sea para atreverte a vivir y para crecer, no para esconderte ni para renunciar. No me pidas que sea tu cómplice en eso, porque no puedo. Y sé muy bien de lo que hablo, créeme. Me enterré aquí con mamá porque ella me lo pidió, es cierto. Pero mentiría si te dijera que fue así del todo. Si acepté venir y me quedé fue porque lo de fuera me podía, porque en ese momento yo no sabía vivir y me encontré con que aquí no hacía falta vivir. Aquí bastaba con estar, con aguantar. Mamá no pedía más. Quería una presencia conocida con la que enterrarse en lo conocido y yo buscaba un descanso de mí misma.

Un descanso de ella misma. Sí, un poco de paz. Entiendo lo que dice. Está cerca tía Martina. Como siempre, estamos cerca.

—Yo no puedo querer que te entierres aquí conmigo, hijo. No puedo porque te quiero y porque no me lo perdonaría, y ya hay demasiadas cosas que no me perdono. Quiero imaginarte ahí fuera, plantándote cara y

saliendo adelante, y que si vienes, sea porque esto —dice, abarcando con un gesto todo lo que nos envuelve, lo que vemos y lo que no—, yo, podemos empujarte de alguna manera hacia algún rincón del mundo en el que intuyas que puedes girar porque lo sientes, porque te lo pide la emoción y no el miedo.

Ahora la oscuridad gana terreno a lo que queda del día y las palabras de tía Martina parecen circular sobre nosotros desde arriba, absorbiendo la poca luz que queda. Su voz tiene una dulzura reposada, meditada. Apenas veo su falta de gestos.

—Yo seguiré aquí, hijo. La casa y la playa también. Y, si algún día decides volver y quedarte, que sea porque quieres un rincón desde el que empezar, no un lugar donde terminar. Entonces sí. Entonces serás bienvenido.

Sé que es verdad. Como Verónica, también tía Martina está esperando desde hace tiempo verme llegar un día roto en la emoción, poder tocarme por dentro y saber dónde están las llagas y dónde el corazón.

—Pero para que eso llegue tienes que romperte, Lucas.

Lo sé.

—Y en eso ni yo ni nadie podemos ayudarte. Algún día tendrás que tropezar, te fallará algún giro y tropezarás contigo mismo. Y eso será el principio. Y será bueno. Ya lo verás.

Tía Martina me habla desde lo oscuro de la tarde que ya es casi noche y oyéndola así, tan dedicada a mí y tan serena en lo que me desea, algo me dice que dejar de girar será dejarme coger por Verónica y por ella, confiarme a ellas. Que hay ahí una puerta que yo no veo pero que está, y que falta poco para que, después de todos estos años, la puerta se abra y entre la luz.

—¿Y si no tropiezo nunca, tía?

Siento su mano en mi pierna y veo recortarse su perfil contra lo que debe de seguir siendo mar.

—Tropezarás, cariño. Todos lo hacemos —dice casi en un susurro—. Y sabrás hacerlo.

Entonces pasan los segundos entre su silencio y el mío mientras la resaca se lleva arena y piedras mar adentro y Fauna y Flora se levantan y ladran a las sombras que nosotros apenas adivinamos. Pasan los segundos y tía Martina, perfilada contra una luna blanca que no he visto salir y que lo empequeñece todo, vuelve a lo más real, a lo más ahora.

—¿Y esa nueva coreografía? —dice con la voz renovada—. ¿No podría verla?

Sé que no me ve sonreír y lo hago abiertamente. Si Verónica estuviera aquí, nos miraríamos y también ella sonreiría.

—¿Te gustaría?

—Mucho.

Nos levantamos sin prisa y recogemos las dos toallas que ella guarda en su bolsa de lona. Fauna y Flora esperan ya en la boca del camino y la luna blanquea la arena bajo nuestros pies. Ha vuelto la brisa.

—¿Esta noche?

—Me encantaría.

Sonrío y le rodeo los hombros con el brazo, buscando su calor. Ella se arrima a mí y siento su mano en la cintura.

—Vale. Esta noche.

OceanofPDF.com

Se puede?

El abuelo descansa sentado en la cama. La cabeza y la espalda sobre almohadones blancos. Parece dormitar. A su lado, la lámpara encendida dibuja un difuso círculo de luz en el techo y el color azul de la pared juega al violeta desde aquí. Enseguida se vuelve a mirarme. No dormía.

—Claro. Pasa.

Me acerco y rodeo la cama hacia el ventanal abierto.

—¿Tienes frío? ¿Cierro?

Niega con la cabeza.

—No. Está bien así. Me gusta el olor.

Huele bien. Tiene razón. A primavera y a limpio.

Me siento al pie de la cama y él aparta los pies para hacerme sitio.

—¿Te encuentras mejor?

No ha cenado con nosotros. Le hemos subido un plato de judías verdes al vapor y una macedonia de manzana y pera con yogur. Pura fibra el abuelo.

—Lástima de cena —dice con un gesto de fastidio—. Le tenía ganas al curita comeniños.

El padre Julián no ha venido esta noche, pero no por la indisposición del abuelo. Ha llamado a media tarde para disculparse. Tenía otras obligaciones, ha dicho. Cuando tía Martina ha subido a decírselo, el abuelo ha soltado unas cuantas lindezas que el padre seguramente no habría agradecido.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa con el padre Julián?

Me responde con una mueca de pereza.

—Bah —refunfuña—. Ahora ya no importa. Cosas de viejos. De antes.

De antes, dice. Me gusta esa expresión y me gusta en boca del abuelo. Suena a eso, a abuelo, a que ha habido un antes y que esto es un después. Pero ya no quiero más secretos. Con él no.

—¿Más secretos?

Suelta un bufido.

—No. Más no —dice.

—Entonces cuéntamelo.

Tuerce el morro y pone los ojos en blanco.

—¿Nunca te han dicho que eres un poco pesada?

—Cuéntamelo.

Levanta las manos y me enseña las palmas.

—Muy bien —dice, poniendo las manos de nuevo sobre la cama—. Es muy sencillo. Le tengo ganas al cochino ese porque me la jugó con tus padres y esta noche le tenía preparado un regalito de despedida.

La mención de papá y de mamá me pilla por sorpresa. No se lo escondo.

—¿Con papá y mamá?

—¿Has tenido más padres que yo no sepa? —suelta, arqueando una ceja.

No digo nada. Espero a que siga. Por fin, tras unos segundos de remoloneo, vuelve a hablar.

—En el entierro de tus padres no hubo cura.

Por un momento no estoy segura de haberle oído bien, aunque la duda dura sólo un par de segundos.

—¿Y sabes por qué?

No, es evidente que no.

—Porque el comeniños ese se emperró de pronto en que como tus padres no estaban casados por la Iglesia, no los enterraba. Así, como te lo digo. No sabes el trago que pasamos, con toda la prensa y toda la profesión aquí. Tu

abuela y yo removimos cielo y tierra para convencerle, pero no hubo manera. El muy baboso desapareció la mañana del entierro y fue imposible dar con él.

Está encendido. El abuelo rabia y suelta salpicones de saliva al hablar. Quiero saber más.

—Qué raro, ¿no? ¿Por qué motivo iba un cura a hacer algo así?

—Pues porque es un baboso y un demonio, hija, ¿por qué va a ser? Y porque estaba amargado en este agujero y sabía que nosotros sabíamos que había llegado aquí castigado por lo que es. Así que de repente decidió dar la campanada y ganarse unos puntitos de rectitud católica con el obispado. La que él no tenía ni por el forro, claro.

Vaya con el cura. Y vaya con la lengua del abuelo.

—Al final, no hubo cura —continúa—. Una semana más tarde, moví unos hilillos en el obispado y al padrecito lo destinaron a una parroquia mugrienta de un pueblo minero donde pudo pudrirse a gusto. Creía que ahí seguía. Hasta ayer. Deben de haberme crujido los dientes toda la noche —suelta por lo bajo. Luego chasquea la lengua—. En fin —farfulla con una mueca de fastidio—, lástima de cena.

Me muerdo los labios para no reírme. Está enfurruñado como un niño. Me pregunto de pronto cómo debió de ser de joven. Guapo, seguro que sí. Un hombre de esos que se ganan las miradas de muchas mujeres. Y quizá no sólo las miradas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le digo sin pensarlo. Hasta a mí me sorprende la pregunta, aunque al oírmela me doy cuenta de que llevo rumiándola desde hace un rato. Desde esta tarde en el acantilado. O puede que desde mucho antes.

Él tuerce la boca y suspira.

—No sé para qué pides permiso si me la vas a hacer de todas formas.

Tiene razón.

—¿Le fuiste alguna vez infiel a la abuela antes del accidente?

Se vuelve a mirarme y parpadea, pero no habla.

—Lo digo porque quizá la abuela tenía motivos para estar tan celosa —le explico—. Motivos reales, quiero decir.

Pone los ojos en blanco y aparta la cara. Es un gesto teatral que conozco bien y del que acostumbra a echar mano.

—¿Tú crees que ésa es una pregunta para un caballero de casi noventa años?

Menudo listo está hecho el señor Hoffman.

—No me vengas con mandangas, abuelo. ¿Se la pegaste o no se la pegaste?

Durante unos segundos no dice nada, concentrado como está en alisar las arrugas del edredón que yo no veo porque no están. Luego se vuelve a mirarme. Lo hace con suavidad.

—Te daré una respuesta que quizá no te baste, pero no habrá más, niña —dice. Luego mira hacia la ventana y casi sonríe, antes de volver a clavar los ojos en mí—. Tu abuela ha sido la única mujer a la que he querido.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Le da igual. Claro.

—Y sé también que tampoco tu abuela quiso nunca a ningún otro hombre.

No lo dice con orgullo. Habla con emoción. Emocionado.

—¿Entonces por qué te obligó a marcharte?

Vuelve la mirada a la ventana y parpadea, escondiéndome la mirada.

—Porque era incapaz de perdonarse.

—No te entiendo.

Suelta un suspiro antes de seguir.

—Constanza no se perdonaba lo de tus padres y estaba convencida de que tampoco yo la perdonaría. Es la historia de siempre: uno no se perdona y por tanto nos parece imposible que los demás lo hagan. Desde el accidente tu abuela eligió vivir en la culpa porque no supo elegir otra cosa. Y eligió hacerlo sola.

—¿Entonces?

Cierra las manos sobre el edredón y las aprieta antes de volver a hablar.

—Si me echó no fue para castigarme, pequeña. Ni porque no me quisiera. Al contrario. Me quería demasiado. Por eso me alejó de ella. Para ahorrarme el horror en el que sabía que iba a convertirse su vida. Decidió que la única forma de pagar por lo que había hecho era renunciando a lo que más quería. Tu abuela sólo tuvo dos amores en su vida: uno fue tu padre. El otro, yo. Acabó con uno por quererlo demasiado y prefirió conservar al otro antes de acabar también con él. Aunque fuera lejos. Aunque doliera.

Silencio.

—Constanza era una mujer maravillosa, niña. Compleja y difícil, sí, pero con un corazón enorme. Un corazón que amaba demasiado y también mal —añade, bajando la voz—. Aunque quién soy yo para decirlo, ¿no?

Confesiones. Secretos. No sé si la explicación del abuelo me convence del todo. Es la suya y a él le vale, pero a mí me suena a fácil, a bienqueda, sobre todo ahora que la abuela ya no está. Se me ocurre que el abuelo tiene demasiado de artista, de hombre público, y que es lo bastante listo como para haber dedicado todos estos años a fabricar una versión de su vida y de la de todos nosotros con la que maquillar la verdad para hacerla menos fea. Para que no duela. Ni a nosotros ni a él.

Me pregunto cuántas verdades y cuántos secretos caben en una familia como la nuestra. Y cuánto miedo.

No, no me convence.

—A ver, abuelo...

Me mira. El abuelo me mira y de repente, al verle ahí, en pijama y apoyado en los almohadones con las manos en el edredón, le veo en lo que es: un viejo de ochenta y cinco años con los ojos cansados y llenos de cosas que no sabré nunca pero que le hacen daño. Cualquiera de mis monos mira así durante los primeros meses que los tenemos en el centro. Son ojos de años en jaulas. Solos. Saliendo para hacer algún anuncio y poco más. Desde que llegan al centro, pasan meses mirándonos, sin pedir nada. Luego, cuando por fin se atreven a confiar en los cuidadores, nos dejan que les toquemos. La mano. Sólo la mano. Para agarrarse fuerte. No necesitan nada más.

Creo que el abuelo tampoco.

Alargo la mano y la cierro sobre la suya, cerrando también la conversación. Él parpadea y traga. Luego me acaricia la muñeca con el pulgar y así dejamos pasar los segundos mientras en el jardín se encienden las luces del quiosco y vemos pasar a tía Martina y a Lucas tirando de un carro lleno de bultos, cables y cosas. El abuelo los sigue con la mirada y un ceño fruncido de viejo preguntón.

—Son los altavoces —le explico—. Para la coreografía de Lucas.

Ladea la cabeza.

—¿Con altavoces y todo? O sea, que va a ser un estreno en toda regla —dice, retirando la mano—. A ver si voy a tener que ponerme el chándal de gala.

Me río y él también. Lucas y la tía se pierden de vista, seguidos de Fauna y Flora. Primavera está aquí, encima de la cama, al otro lado de los pies del abuelo. No le pierde de vista.

—Quizá no debieras volar mañana —le digo—. Podrías esperar unos días

a encontrarte mejor.

Suelta una risilla.

—Si faltó a la gala de mañana, son capaces de pensar que estoy medio muerto en algún hospital y a esos demonios les va a faltar tiempo para empezar a celebrarlo.

No le entiendo.

—No te entiendo, abuelo. ¿Qué demonios?

Me mira con cara de asco.

—Los Panchos. Esos farsantes.

Entre risas vemos pasar a tía Martina de vuelta con el carro vacío. Nos mira desde fuera y sonrío. Luego me guiña un ojo y su guiño me cierra un poco el estómago. La veo tan plena teniéndonos aquí, y tan ligera ahora que la abuela ya no está, que me da pena pensar que mañana a esta hora habrá tenido que decirnos adiós una vez más. Tanto tiempo despidiéndose de la gente, tía Martina.

—¿Qué piensas, niña?

Es el abuelo. Me observa desde su haz de luz.

—En tía Martina.

Alarga su mano blanca y huesuda hacia Primavera, que levanta la cabeza y le lame los dedos una, dos, tres veces. Luego suspira y se acerca a él, arrastrándose sobre el edredón.

—Me da pena imaginarla aquí cuando nos vayamos. Tan sola.

Primavera llega hasta las almohadas y se acurruca junto al pecho del abuelo. Está feliz. El abuelo la mira y se rasca la cabeza en un gesto delicado. No quiere despeinarse.

—Le he pedido que venga conmigo a Buenos Aires.

Se me escapa un bufido.

—¿Y que deje esto? Ay, abuelo, tú chocheas.

—Eso me ha dicho ella —suelta entre dientes—. Con otras palabras, claro.

—¿Y qué esperabas? ¿Que saliera detrás de ti como un perrito faldero con la lengua fuera? ¿Que se pusiera a dar volteretas en el aire?

Se echa un poco hacia atrás sobre las almohadas. Sé que sigue habiendo rabia en mi voz y que todavía mucha es contra él, aunque ahora la siento dispersa, más dúctil. Necesito tiempo, tiempo con él y también sin él. Hay tanto que recolocar...

—Es lo menos que podía hacer, ¿no crees?

Pero es que el abuelo parece tener siempre la capacidad de hurgarme donde menos quiero que me busquen.

—No, abuelo.

Sorprendido. Parpadea.

—¿No?

—Lo menos que puedes hacer es tener un poco de decencia y no obligarla a elegir entre lo que le queda aquí o empezar una vida contigo en el culo del mundo. Después de todo lo que ha pasado, debería darte vergüenza ser tan egoísta y haber aprendido tan poco.

Arruga la frente y sigue acariciando a la perra, que empieza a dormirse.

—Yo sólo quiero que no esté sola.

—Venga ya, no me vengas con ésas. Tú lo que quieres es no estar solo tú. Ella te da igual. Si no, de qué.

—No es verdad.

—Claro que es verdad. Si lo que quieres es que no esté sola, si quieres tenerla contigo, coge la maleta, llénala con tus pijamitas y vuelve a vivir aquí con ella.

Ahora sí me mira.

—Tú estás chiflada, niña.

Ya empezamos.

—Ya, y tú eres un jeta. Y tu hija te importa casi tan poco como a mí...
Hans.

No ha sido una comparación afortunada y mucho menos pensada, ésa es la verdad, pero él la recibe con una ceja arqueada en la que de pronto leo el nombre de Hans y entiendo cómo debe de haber sonado lo que he dicho. Y no me gusta.

—Vaya, vaya... así que tenemos planes de boda con el piloto.

Se escapa. El abuelo quiere escaparse de lo que le molesta y ha visto el cielo abierto al oír cómo me pillo los dedos acordándome así del hombre que desde hace tiempo tiene todas las papeletas para no ser mi marido. No me da la gana.

—Deberías volver, abuelo. Y lo sabes. Y si no lo sabes, te lo digo yo para que no puedas decir nunca que nadie te lo dijo. Te has perdido veinte años de tu hija y ahora puedes pasar con ella los pocos que te quedan. Aquí, en tu casa, con lo que es tuyo. ¿Te imaginas por un momento lo feliz que la harías? ¿Te has parado a pensar en cómo le cambiarías la vida?

No dice nada. No, no habla.

—No, claro. No lo has pensado porque no has tenido que vivir puteado por tu madre durante estos últimos veinte años. Y porque no eres tú el que necesita sentir que alguien apuesta por ti. Y que eres importante para alguien. Que importas.

Cuando vuelve a hablar lo hace sin mirarme. No le veo los ojos y no sé por qué.

—No es tan fácil dejar tu vida así, niña. Como si nada.

Me enciendo. No puedo evitarlo.

—Pero ¿qué vida ni qué vida? Tienes ochenta y cinco años, abuelo. Tú ya has tenido tu vida. En pasado. Aquí la única que tiene derecho a una vida

es tía Martina. Tú ya sólo tienes lo que te queda. Y lo que te queda es tu familia, sobre todo tu hija. ¿O es que no lo ves?

Arruga el morro como un niño. No le gustan las verdades.

—¿O es que te crees que vas a vivir otros ochenta años?

Se lleva la mano al costado y cierra los ojos. Teatro. Esta vez es puro teatro.

—Tía Martina te necesita aquí, abuelo.

Abre un ojo y me mira. Lo dicho: teatro.

—Tú verás lo que haces. Pero te voy a decir una cosa.

Abre el otro y suspira.

—¿Otra?

—Sí, otra. Si te marchas y la dejas aquí, ella te perdonará y lo entenderá porque se ha pasado la vida perdonando, porque entre todos la habéis entrenado para eso. Pero yo no. Puedo entenderte hasta aquí y, si algún día eres capaz de pedir perdón, también puedo perdonarte porque desde esta tarde sé lo que no he sabido nunca. Pero si no vuelves, si a partir de aquí la cagas con ella, no me busques porque me vas a encontrar y no te va gustar. Te lo juro.

Ahora me mira muy serio. En el jardín, tía Martina y Lucas se ríen en el quiosco y por una de las esquinas del ventanal asoma un trozo de luna.

—Lo pensaré —dice, a regañadientes.

—Más te vale.

Inclina la cabeza y fija la mirada en el trozo de luna. Luego frunce los labios.

—¿Siempre le hablas así a todo el mundo, jovencita?

No sonrío porque no me da tiempo.

—¿A tus monos también?

Ay. Con Hans el abuelo ha disparado al aire y no le ha funcionado, pero

aprende rápido y ahora, aunque todavía no lo sabe, ha hecho diana. Su pregunta me devuelve a mi problema más inmediato, a lo que a partir de mañana vuelve a ser mi realidad. Y me duele por anticipado.

—A mis chimpancés, mejor vamos dejándolos en paz, ¿vale?

Levanta las manos y pone cara de susto.

—Vale, vale. No he dicho nada.

Pero sí ha dicho y de pronto he recordado que estoy aquí esta noche para saldar una apuesta y mejor ahora que más tarde porque más tarde será tarde y odio vivir endeudada. «Pídele ayuda. Tampoco es tan difícil», me ha vuelto a repetir Lucas mientras recogíamos los platos de la cena. No, para él puede que no sea difícil. Para mí es un mundo estar aquí y tener que pedir. No me gusta. No me gusta esto.

De pronto, desde el quiosco suena una canción a todo volumen que hace trizas este paréntesis de silencio y que el abuelo recibe con un sobresalto. Primavera levanta las orejas, suelta un par de ladridos y luego vuelve al calor del edredón mientras la canción sigue sonando en el jardín, probando su propio sonido.

—¿Qué demonios es eso? —pregunta el abuelo con cara de asco.

—¿Qué va a ser? La canción de la pieza de Lucas.

Me mira como si acabaran de darle un whisky de garrafón.

—Ya lo sé, niña. Pero ¿quién canta?

—Es el *Aleluya* de Rufus Wainwright —le explico mientras el jardín se llena de música y el abuelo parece estar viendo un fantasma al otro lado del ventanal—. Es un chico inglés que...

—¡Ya sé, ya sé! —suelta, enseñándome los dientes—. Ese mariquita borracho que versiona cosas como las cantantes de las orquestas de pueblo. Puaj.

Su arranque de mal humor me pilla a contrapié. Y el lenguaje también.

Intento no sonreír.

—¿Eso es lo que va a bailar Lucas?

—Sí, abuelo.

Yergue la espalda sobre los almohadones y tuerce la boca.

—Menuda mariconada —sentencia—. Tendré que ponerme los tapones del avión.

—No digas chorradas. —Le pico. Él también tiene sus rincones en los que no le gusta que nadie hurgue—. Rufus no está tan mal.

Se vuelve a mirarme con ojos de viejo demente y aprieta los dientes.

—Sí, seguro que para anestesiarse gorilas es ideal. Debe de dejarlos K.O. al segundo acorde.

La música calla de repente en el jardín y el silencio cae a plomo sobre nosotros. Luego llega el tiempo y lo que queda por decir. A mí.

—De eso quería hablarte, abuelo.

Se lleva una mano al pecho con un gesto de mal actor.

—¿De qué? ¿Del mariquita?

—No.

—Ah.

Más silencio. No es fácil empezar. No sé por dónde.

—Es que...

Deja la mano sobre el edredón y empieza a alisarlo con gesto concentrado, esperando.

—Ay, coño... qué difícil es esto.

Levanta la mirada.

—¿A ti nadie te ha lavado nunca la boca con jabón, niña?

No le entiendo.

—A veces tienes un lenguaje de portero de discoteca que deja bastante que desear...

No le hago caso. Prefiero seguir.

—Tengo un problema, abuelo. Tengo un... bueno, Lucas me ha dicho que... pues que... es que la fundación no...

Acaba de estirar los dedos de la mano y ahora se examina las uñas desde arriba con cara de fastidio. Chasquea la lengua.

—Este viejo está empezando a aburrirse, niña.

—Ya va.

Levanta los ojos y me dedica una mirada a medio camino entre la paciencia y la suficiencia.

—No hace falta que te esfuerces —dice—. Ya lo sé.

No alcanzo a imaginar lo que debe de ver en mis ojos en este momento, pero entiendo que habla en serio y que ha sabido leer todo lo que pienso.

—Tus monos. Me lo ha dicho Lucas.

Vuelve la rabia. Rabia contra Lucas porque me siento atrapada aquí con el abuelo, y rabia también contra mí por haber sido una idiota y no haber calculado que en esta familia las cosas siempre se han hecho así, por la espalda, haciendo y deshaciendo sin preguntar, sin pedir permiso. Tengo rabia por tonta y el contacto de la mano del abuelo sobre la mía me calla de pronto con un calambrazo de calor que no esperaba. Imagino a Lucas sonriendo desde el jardín, sabiéndome aquí, y entiendo que sólo ha querido allanarme el camino, que no ha habido agresión. Respiro hondo.

—He decidido seguir, abuelo.

Su mano se cierra un poco sobre la mía, intentando destensarla.

—¿Seguir cómo?

—Seguir. Yo sola. No voy a repartir a mis chimpancés por ahí como si no me importaran, como si todos estos años de trabajo con ellos no hubieran servido de nada. Voy a pelear.

—Me parece bien.

Y a mí no sé si me parece. Improviso delante del abuelo y todo va saliendo de mí poco procesado, directamente sin pensar. Me dejo llevar.

—¿Y qué has pensado? —pregunta, mirándome con interés.

—Buscarme la vida —le suelto—. ¿Qué otra cosa me queda?

—Ya. ¿Y qué más?

—Montar la fundación en otro sitio.

—Ajá.

—No necesito mucho. Tengo el equipo, los patrocinadores y los socios. Lo que no tengo es el terreno, eso es lo más caro. Y el capital inicial. Ya sabes, para montar los recintos, el traslado... todo eso.

Un nuevo subidón de música nos zarandea desde fuera, partiendo mi voz en dos entre lo que ya he dicho y lo que me queda por decir. El abuelo se tapa los oídos con las manos hasta que vuelve el silencio y oigo a Lucas gritarle algo a tía Martina, algo que no entiendo desde aquí.

—Se me ha ocurrido que quizá podría montarla aquí.

No parpadea. Asiente despacio.

—Ajá.

—Y bueno... quería saber qué te parece.

Vuelve a alisar el edredón con la mano, pero no deja de mirarme.

—Es una idea... atrevida.

—¿Atrevida?

—¿No te lo parece?

—No.

—Ah.

Atrevida quiere decir no buena. No buena quiere decir «no».

—Eso quiere decir que te parece mal.

—Yo no he dicho eso.

—Ya, pero no has dicho que te parezca bien.

—No, no lo he dicho.

—Pues eso.

Se inclina sobre la mesita y coge el vaso de agua. Le da un sorbo y vuelve a dejarlo con un suspiro.

—¿Realmente te importa mi opinión? —pregunta de pronto, clavándome la mirada.

—Sí, claro.

—¿Por qué?

—Bueno... para empezar porque ésta es tu casa y el terreno es tuyo.

—Ajá.

Me está poniendo nerviosa con tanto «ajá».

—¿Quieres dejar de decir «ajá» y decir algo más?

No se inmuta.

—A ver si lo entiendo. Tú quieres traer a un montón de monos y de jipis veterinarios a vivir aquí, y tu idea es que yo te ceda el terreno y te dé un dinero para ponerlo todo en marcha. ¿Es eso?

—Sí, eso mismo.

Asiente de nuevo y me dedica una sonrisa profesional, como de director de colegio.

—Y te importa mi opinión porque soy el dueño de la propiedad y del dinero, ¿correcto?

—Claro.

—Entonces, creo que lo que te importa no es mi opinión.

—¿Ah, no?

Niega con la cabeza.

—No. Lo que tú quieres es mi permiso. Y mi ayuda.

—Llámalo como quieras.

—Y me gustaría que, si quieres mi permiso y mi ayuda, los pidieras.

No me gusta. No me gustan ni el tono ni la mirada.

—Te los estoy pidiendo.

—No es verdad.

—¿Y qué quieres? ¿Que me ponga de rodillas y que te diga que estoy desesperada? ¿Que te lllore y me eche a tus pies?

—No.

—¿No?

—No. Sólo quiero que lo pidas.

—¿Por qué?

—Porque te haría bien hacerlo. Y también darte cuenta de que pedir no significa necesariamente que seas débil, ni dependiente. Es sólo que necesitas ayuda. Y que esa ayuda tiene que llegar de fuera, de alguien que quizá te dirá que sí o que no. Y que si ese alguien te dice que no, tampoco será necesariamente porque no te quiera, sino por mil y una razones que quizá no tengan nada que ver contigo.

—No te entiendo, abuelo.

Suelta una carcajada abierta.

—Ya. No me entiendes porque eres demasiado orgullosa y el orgullo te nubla la sesera, niña. Y porque no te da la gana.

Ya sabía yo que no iba a funcionar. Esto no podía funcionar. Con él no. Pero no es una mala idea. No no lo es.

—Vale, abuelo. ¿Y cómo se supone que tengo que pedirte ayuda? ¿Quieres que te cante? ¿Que te baile? ¿Algún idioma en especial? ¿Inglés, francés, alemán...?

—Es muy fácil.

—¿Ah, sí?

—Sí. Sólo quiero que la pidas.

—Ya.

—No, ya no —dice con un gesto tranquilo—. De momento no tengo una respuesta que darte porque no hay pregunta. Cuando encuentres la forma, házmelo saber. Entonces veremos.

Vaya con el abuelo. Vaya con la mala leche del abuelo y con sus lecciones de viejo cabrón. Él, que ni siquiera ha aprendido en ochenta y cinco años a pedir perdón por todo lo que ha hecho y lo que no ha hecho, se lo monta así de bien. Qué sorpresa, sí señor. Por tonta. Y por confiada. Que encuentre la manera, dice.

—¿Y si no la encuentro?

Sonríe.

—Será que tanto no te importan tus monos.

Aprieto las manos sobre el edredón. No me da tiempo a más.

—Todo preparado.

Es la voz de tía Martina. Nos habla desde el primer escalón que comunica el ventanal con el jardín. Está radiante y sonríe como una mujer enamorada. La ilusión que inventan sus ojos me clava a la cama del abuelo porque sé que morirá mañana cuando, uno tras otro, vaya viéndonos partir. Sé que lo que ahora disfruta, mañana dolerá, y de pronto tengo ganas de quedarme, de seguir aquí con ella y dejar de luchar tanto. Estoy cansada, me entiendo cansada y sé que ella me cuidaría y que juntas descansaríamos bien.

—¿Qué? —dice—. ¿Venís?

—Claro, hija —contesta el abuelo, poniendo los pies en el suelo con un jadeo de hombre mayor. Luego apoya la mano en el colchón e intenta incorporarse, sin éxito.

Me levanto.

—¿Te ayudo?

Se vuelve despacio a mirarme y me dedica una sonrisa socarrona que

termina así:

—Cuando necesite tu ayuda, sabré pedírtela, niña. No te preocupes.

Doy media vuelta y, sin decir nada más, salgo al jardín por el ventanal. Lucas está preparado sobre la tarima del quiosco, en el mismo centro, y las luces crean entre las columnas de madera intervalos de blancura. Sobre la cúpula de hierro, la luna se clava en el cielo mientras oigo a tía Martina y al abuelo bajar los escalones hasta la hierba y darme alcance por detrás.

—Vamos —me susurra tía Martina al oído, apoyándome la mano en la cintura.

—Sí, vamos.

Entonces avanzamos los tres en silencio sobre la hierba húmeda al encuentro de Lucas, cada uno encerrado en su propia sombra. Subimos al quiosco y nos sentamos en la barandilla, en el extremo opuesto del equipo de música, rodeados de altavoces que esperan un contacto, un interruptor, una orden.

Lucas parece dormir sobre la madera del suelo, concentrado y encogido sobre sí mismo, lejos de todo lo que no sea esta quietud y del movimiento que está a punto de nacer desde él mientras los murciélagos revolotean en la penumbra, alimentándose de cosas que no vemos pero que también están vivas, y que circulan a nuestro alrededor.

El abuelo se acomoda a mi lado y apoya el hombro contra la columna. Junto al equipo de música, tía Martina espera una señal que ha de venir de Lucas. Sobre él tiene la mirada.

Un búho cruza bajo el cielo de hierro del quiosco como una cresta de aire caliente, perdiéndose de nuevo en lo oscuro.

Entonces llega la señal.

La mano de Lucas se alza en el aire.

Tía Martina se vuelve hacia el aparato de música.

Y se acaba el silencio.

Baila Lucas.

OceanofPDF.com

Ayer bailó Lucas y hoy ha sido un desayuno triste porque ya no es anoche, ya no estamos todos a la vez, agrupados, y porque algo me dice que no volverá a ser. El adiós, el de verdad, fue ayer y yo he dormido mal, como siempre que llegan las despedidas.

Es difícil esto, difícil quedarse siempre, aunque lleve haciéndolo desde hace mucho, entrenada para decir adiós, para desprenderme una y otra vez de lo que se llevan de mí cada vez que alguien se va y vuelve a su vida, dejándome en lo que no tengo de la mía.

Papá se va el primero. Ha bajado vestido para viajar, inmaculado y perfecto, oliendo bien. Ha repartido bromas y alguna anécdota divertida que los tres le hemos agradecido pero que a mí me ha costado premiarle con la risa. No me sale la risa porque me sale poco esta mañana. Pena, eso es lo que me sale. Y también ganas de parar el tiempo en la casa para que nadie se mueva y poder quedarnos así los cuatro, aquí. Y pedirles que se queden, aunque sólo sean unos días más, unas horas. Que me den tiempo para coger carrerilla y enfrentarme a lo que dejarán cuando ya no estén. Quiero tiempo y me da vergüenza pedirlo porque me siento mala, carente. Quiero dejarles sin el suyo para que el mío me llene un poco, y también para que algo cambie. Y quiero sentir, aunque sólo sea una vez, que alguien se queda para que yo también quiera quedarme. Para que yo también.

He dejado a papá en la cocina, llamando al taxi que dentro de nada se lo llevará a su otra orilla, quizá por última vez. La hierba está húmeda y delante de mí el tejado del quiosco brilla bajo el sol de la mañana, todavía cubierto de algún resto de la noche de ayer. El equipo de música, los cables y los altavoces siguen ahí, esperando que alguien los devuelva al sótano.

Quizá Lucas me ayude antes de irse. O quizá no sea necesario. Yo me ocuparé esta tarde.

Desde aquí veo a Verónica y Lucas sentados junto al estanque, en uno de los bancos de piedra de la rotonda. Hablan de sus cosas, pero no les oigo. Viéndoles así, desde aquí, siento lo que no soy de ellos por naturaleza y siento también lo que entre los tres hemos vinculado entre nosotros por necesidad. Sé que Fernando y Emma estarían orgullosos de los dos, y me entiendo también culpable por sentirlos tan míos, porque a menudo me alegra saber que no tienen a nadie más que a mí, convirtiéndome sin saberlo en una madre a la sombra, siempre pendiente. Siempre para ellos.

Volverán. No sé si antes o después, pero volverán y seguiremos vinculándonos a tres con sus visitas espaciadas, sus vidas por hacer todavía. Y ser consciente de esa certeza me devuelve a papá y a otra certeza que duele más cuanto más se acerca el momento en que tendré que despedirme de él y le veré alejarse por el camino hacia esa vida que yo nunca he visto de mi padre. Quizá no vuelva a verle.

Ahora el rugido de un motor abre poco a poco el silencio de la mañana desde la carretera y Lucas y Verónica se vuelven a mirar hacia la boca de la rotonda. Es el taxi, que viene vacío y que se irá lleno de papá, y a mí me cuesta mirar, ésa es la verdad. Me cuesta porque no es justo terminar así, porque me faltan muchas cosas por decir y por decirle a él. No le he dicho que tengo un montón de fotos que mamá guardaba de cuando estuvimos todos en Oporto que me gustaría que viéramos juntos para que pueda llevarse alguna, que las raíces de los castaños están levantando el asfalto del camino y que con los años el mar se ha ido comiendo la playa. No le he dicho que tengo recuerdos que no sé si son verdad o si con el tiempo me los he ido inventando, no hemos tenido tiempo de sentarnos a recordar lo de antes, cuando las cosas estaban bien y parecía que seguirían estándolo

siempre, cuando él se mojaba las manos en la tierra y yo le ensuciaba los brazos de negro para hacerle reír a espaldas de mamá. No hemos tenido tiempo, no. Y ahora ya es tarde porque el rugido del motor reverbera entre los castaños con un último acelerón y aparece en la rotonda como una mala noticia que, como tantas otras antes, intentaremos afrontar. Y hacerlo bien.

La puerta abierta del taxi. El motor en marcha y los tres en fila delante de papá dibujando un triángulo perfecto condenado a disgregarse para convertirse en línea nada más. El motor ronronea mientras papá dice cosas que no importan y que me sobrevuelan porque estoy tan concentrada en tragar lo que no quiero que salga que no le oigo. Suelta chistes y comentarios de actor cansado que hoy no calan y sonrío, sonrío como habla, por llenar.

—Bueno —dice, mirando su reloj—. Será mejor que me vaya.

Trago un reguero de saliva que se me atasca en la garganta. Nadie dice nada. Papá y Lucas se funden en un abrazo sentido que Verónica saluda con un parpadeo y una sonrisa. Tras unos segundos de abrazo, papá se separa.

—La pieza es estupenda, hijo. La mejor —le dice a Lucas, poniéndole las manos sobre los hombros.

Lucas le sonrío.

—Pero cámbiale la música. El Rufus ese no se la merece.

Más saliva. Más tragar. Lucas se ríe y papá con él. Luego le da un beso en la mejilla y una palmada en la otra.

Verónica. Le toca a ella.

Papá toma las manos de su nieta entre las suyas y le da dos besos. Ella se deja besar pero no dice nada.

—¿Has encontrado la manera? —le pregunta él, muy serio.

Verónica baja la mirada.

—Todavía no.

No la suelta, papá no la suelta y a ella no parece importarle.

—¿La encontrarás?

Se miran. Desafiante ella, paciente él. Con cariño los dos. Y yo casi no puedo mirar.

—La buscaré.

Papá se lleva entonces las manos de Verónica a los labios y las besa. Ella pestañea y contrae la espalda en un gesto con el que mal disimula tanta dosis de vulnerabilidad que a mí me blanquea los nudillos.

—Buena chica.

Ahora soy yo y lo primero es el peso de su mano sobre mi hombro. Su contacto. Mis labios lo traducen en una sonrisa que intento dibujar serena.

—Hija —dice, y yo trago para que cuando me toque hablar haya voz. Y siento su otra mano en la espalda, tirando de mí hacia él. Y le digo «papá», pero él no me oye porque tengo la boca pegada a su pecho y se me ha hecho oscuro porque no puedo tragar más deprisa y aquí no hay aire pero me da igual: estoy en casa, ésta es mi casa, aquí, tú, este calor que es mi padre y que ya no voy a tener más porque hemos llegado tarde y se acaba el tiempo. Tengo sus manos sobre la espalda y no tengo fuerzas para seguir fuera de este abrazo, no sé cómo se hace, papá, cuéntamelo, explícame. No sé qué hacer para despedirme sin voz.

Así seguimos unos segundos hasta que él abre despacio su abrazo y me da un último beso antes de volverse de espaldas y acercarse a la puerta del taxi.

Y entonces pasa algo, algo sencillo. Desde la puerta de casa, Primavera baja correteando los escalones de piedra. Baja sola y decidida, sorteando las piernas de Lucas hasta llegar junto a papá y plantarse junto a él, que sigue de espaldas, marchándose ya. Primavera inclina la cabeza y al no encontrar

su mirada, levanta la pata y acaricia muy despacio la pierna de papá una, dos veces, hasta que él se detiene, tensa la espalda y se vuelve. Y la mira. Y Primavera vuelve a ofrecerle la pata.

Y se para el tiempo desde aquí.

Entonces papá se agacha sobre ella y, en cuclillas, le tiende la mano con una sonrisa pequeña y le da un beso en la cabeza.

—Es usted muy hermosa, señorita —le dice con un hilo de voz—. Espero que algún día me conceda el honor de volver a bailar con usted.

Y yo trago pero ya no hay arena.

Hay sal que viene de fuera. Sal y agua. Y pena.

Tanta...

OceanofPDF.com

IV
LAS OTRAS ORILLAS

A sí. Ya casi estamos.

Se llama Graciela y tiene buenas manos. Dice que ya me ha maquillado antes, y, aunque no la recuerdo, la creo.

—En Miami —me ha dicho—. En 2001. Una gala para Televisa.

Le sonrío, pero no digo nada. Ella me pasa la brocha y el quitabrillos por la frente y las mejillas y luego me da un pequeño masaje en las sienes y en el cuero cabelludo.

—¿Es en directo? —pregunta desde el espejo, con una sonrisa encantada. No la entiendo. Debe de ser el cambio horario—. La gala —insiste—. ¿Canta en directo o es playback?

Ah, la gala.

—No, no es en directo.

Si Graciela supiera cuántos somos los que hace años que no cantamos nunca en directo se ahorraría la pregunta.

—Claro.

Claro, dice. No me parece entender en ese «claro» mucha comprensión. Es más un velado «claro, nadie puede ir por ahí cantando en directo a los ochenta y cinco años». Claro.

Me río y ella sonrío, sin saber de dónde me nace la risa. Me gusta que no me oiga.

En el suelo, a mi derecha, hay una cesta. Dentro duerme uno de esos perruchos enanos y peludos que ladran como demonios y a los que sus dueñas —porque suelen ser dueñas— les encanta hacerles moños en la cocorota. En el espejo, justo sobre la repisa, una foto sin marco, pegada con celo. Es el primer plano de una chica sentada en la terraza de un bar: una

chica joven, sonriente, con una copa de cerveza en la mano. Mira a la cámara y saluda con la copa en alto.

—Es mi hija.

—Muy guapa.

Graciela me sonrío.

—Sí. Era muy guapa.

Era, dice. Entiendo la parquedad de su sonrisa. Prefiero no preguntar, pero ella parece tener ganas de hablar y la regidora todavía no ha venido a buscarme para llevarme al plató.

—Clara, se llamaba Clara.

Automáticamente, el perro levanta la cabeza y suelta un par de ladridos que me pillan por sorpresa. A Graciela no.

—Max era suyo. Cuando Clara murió, me lo quedé. Lo heredé —añade con un gesto entre triste y resignado—. Es increíble lo que son los animales, ¿verdad?

No sé qué decir, pero sí sé que de pronto está empezando a pesarme todo. No me gusta. No me gusta estar aquí. Hay algo que está mal y estoy demasiado cansado para intentar averiguar qué. Graciela entiende mi silencio como interés.

—Desde que Clara murió, Max duerme siempre en su cama. A los pies. Yo creo que todavía la espera.

Se oyen pasos al otro lado de la puerta. Los pasos se acercan, se detienen y luego oigo el timbre de un móvil. Alguien responde. Los pasos se alejan.

—Lo curioso es que a veces también yo me voy a dormir a su cama. Dormimos juntos Max y yo. Esperándola.

Confesiones. Éstos son los momentos que menos me gustan de mi trabajo: las pruebas de vestuario, maquillaje, sonido, iluminación... son paréntesis en los que uno no es ni anónimo ni estrella y parece que todo

valga. Momentos en los que no hay nada que hacer más que hablar de lo que tenemos o de lo que hemos perdido. Paréntesis en que somos como los demás.

—Estoy cansado —me oigo decir. Durante una décima de segundo no estoy seguro de si lo he dicho o de si sólo lo he pensado, pero la expresión que leo en la mirada de Graciela me hace saber que ha habido voz.

—Perdone, no quería molestarle.

Ay. No es lo que dice, son sus ojos. Son unos ojos que se disculpan por tener dolor y haber molestado con él. Siento una pequeña punzada en el pecho.

—No, si no me molesta. No se preocupe.

Baja un poco la cabeza.

—Es que estoy...

Diría que agotado, pero no estaría diciendo toda la verdad. Tendría que explicarme más y no tengo ganas. Diría también que apesadumbrado y sería lo mismo. Diría cosas que hablarían de mí parcialmente, sólo eso.

—Triste. Estoy triste.

Graciela alza la cabeza y me mira. Veo en su mirada un resquicio de algo que me es muy familiar y que no sé identificar. Son los ojos de una mujer que no juzga, de alguien que vive con algo que se le ha encallado en el tiempo y que la hace más entera. No dice nada.

—Y que me he equivocado mucho, Graciela.

Parpadea y se apoya sobre la repisa. Luego coge un pañuelo de papel y lo frota contra la foto.

—Todos nos equivocamos, señor Hoffman —dice, echando el pañuelo a la papelera.

Sí, todos nos equivocamos. Pero eso no nos acerca más. Debería, pero no es así.

—Yo también perdí un hijo.

Sonríe y me mira a través del espejo.

—Lo sé. Se habló mucho de eso.

Sí. Se habló mucho. Y yo tuve que oírlo también cientos de veces en cientos de entrevistas. Tuve que acostumbrarme a oírlo como si fuera una parte más de mi trabajo, como si no me hubiera pasado a mí. Pero me pasó a mí.

—Pero usted tiene más familia —dice.

—Sí.

—Yo no.

No habla con amargura. Simplemente expone lo que es verdad, lo que hay. Lo que no tiene.

—Lo siento.

Ella ladea la cabeza y me pone la mano en el hombro. Y en ese gesto tan sencillo, tan poco pensado, leo de pronto un torrente de cosas que me aplastan contra el sillón de cuero gastado y que, esta vez sí, me roban el aire. Leo que mi «lo siento» no llega al público al que va dedicado, que esto, este estar aquí, en este camerino y en esta ciudad después de quince horas de vuelo, no está bien, no está ordenado. Leo que he leído mal la letra pequeña de estas últimas horas en la otra orilla y que en ésta sólo hay eco, un eco que me devuelve mi voz intacta, que sólo me habla de mí.

Lejos. Por primera vez desde que me fui, estoy y me siento lejos porque no tengo razón para estarlo, sólo la costumbre y la inercia. Me he quedado lejos, he vuelto a ninguna parte. No. Mi «lo siento» no está bien aquí, y yo tampoco. Y me pesa, como me pesan de repente los años y tanto tiempo de lejanía.

—Estoy lejos, Graciela. Hace mucho tiempo.

Antes de que ella pueda decir nada, suena un pequeño timbre que nos

sorprende a los dos. Graciela me mira y tardo un par de segundos en entender que el timbre nace de mí, del bolsillo interior de la chaqueta. Cuando cojo el móvil del bolsillo y pulso la tecla de «leer mensaje», veo a Graciela ocuparse en ordenar la pequeña repisa donde tiene su caja de potingues y en la que no hay nada que ordenar. El mensaje es de Verónica. Cuando leo su nombre en «remitente», me da un vuelco el corazón y se me nubla la vista. Mi reacción es la de un abuelo que chochea. Lo veo en la mirada de Graciela cuando le digo:

—Es de Verónica.

Ni siquiera se me ocurre pensar que ella no sabe quién es Verónica. Mi nieta, estoy a punto de añadir. Desde el otro lado.

Quizá lo haya adivinado en mi voz. Por su sonrisa, apostaría a que sí.

Le doy al botón de «leer mensaje» otra vez y de repente aparece la pantalla de inicio con el logo de la maldita compañía telefónica. Trago saliva y noto las palmas sudadas.

—No sé por qué demonios no piensan en los viejos cuando inventan estas porquerías tan complicadas —oigo mascullar a alguien que resulto ser yo mientras intento recuperar el mensaje que no puede haberse esfumado así, sin que lo haya leído. No. No puede haberse ido. Ah, aquí está. Verónica. ¿Leer mensaje? Sí.

Leo.

Sólo dos palabras.

«Por favor.»

Trago. Inspiro. Expiro. Ensayo la voz. Los graves primero, luego los agudos. La traquea se expande como un tentáculo y los pulmones pulsan e impulsan aire. Trago de nuevo y levanto los ojos.

Graciela me mira desde el espejo, inmóvil ante lo que ve. Lo que ve soy yo con el móvil en la mano y los ojos llenos de cosas que ella no pregunta.

—Es Verónica —vuelvo a decir, pero esta vez la voz no me suena. Es más o menos como la mía, pero no soy yo porque me sale partida en trozos. «Por favor», dice mi pequeña. Y yo me vuelvo blando en este sillón porque mi nieta me ha escrito desde la otra orilla del mundo para probar, para llamar. Y esto es emoción. Lo sé porque si trago, duele, y porque ahora Graciela se acerca a mí desde el espejo con un pañuelo de papel y empieza a secarme los ojos con tanta suavidad, con tanto cariño, que por un momento intuyo entre el agua que no me deja ver la silueta borrosa de Martina y la siento tan lejos y tan sola como yo.

Entonces contesto a Verónica.

OceanofPDF.com

Suenan los primeros acordes del piano y la electricidad se expande sobre el escenario, levantando el suelo hacia la oscuridad de lo que tengo encima. Siento las respiraciones de los cientos de personas que han venido a verme y las imagino elevándose en el aire cerrado del teatro, mezclándose, quitándose el oxígeno. He pedido sólo una luz. Cenital. Hoy quiero estar solo en la luz, rodeado de negro y de música. Llega la voz.

Llega la voz y desatasco mi postura acurrucada en el suelo, primero un brazo, después el otro, izquierda, derecha, extensión, punta, las manos cerradas. *Aleluya*, canta Rufus Wainwright sobre el piano, y yo siento las pulsaciones en los gemelos y en el cuello cuando llega el primer giro sobre el talón, difícil girar así, sobre una base tan poco natural, pero el giro es pura física, fuerza y contrafuerza, tirar y recoger, diálogo de musculatura. Entendimiento.

Aleluya, repite Rufus, casi en un lamento.

La luz me sigue desde arriba en los saltos. A veces, cuando bailo, me siento como un gimnasta en una competición, actuando contra las miradas de los jueces, defendiendo una bandera. Imagino que hay un podio y también una medalla, y que me emociono mientras veo los colores de mi país elevándose despacio contra la pared, siguiendo los acordes de un himno. Así hasta que me doy cuenta de que no, de que no compito, de que no hay país. No hay jueces. No hay medalla. Sólo el público y sus aplausos.

Otras veces creo que bailo como vivo. Siento la música y me muevo sobre ella, activando y desactivando músculos y tendones como se activan y desactivan las funciones de un mecano, estudiando, calculando. Oigo la música, la leo, la entiendo y la muevo. La hago girar.

Pero hoy es distinto. «No es tu música», me ha dicho esta mañana el abuelo antes de desaparecer por el camino y volver a perderse en su orilla. He querido decirle que nunca lo es, que nunca es mía. Sólo me acompaña, me da la pauta. He querido decirle más cosas, pero no ha habido tiempo y ahora llega más piano, más intensidad. Llegan las series de giros. Lo complicado. Lo que me gusta.

Giro sobre mí y todo da vueltas, el atrás pasa delante y el adelante desaparece: el pasado intercalándose en el presente y el futuro lejos, donde no hay nada. Y, mientras giro, se abre paso entre la oscuridad la voz de tía Martina escribiendo un mensaje que gira conmigo, apagando la música y el *Aleluya*, distrayéndome en circular.

«Vuelve para empezar, Lucas. Para vivir. Te estaré esperando.»

Ésa es la voz que me envuelve ahora como una serpentina, sacándome de aquí hacia ella, hacia su orilla, enredándoseme entre las piernas y tirando de mí fuera de aquí, hacia lo oscuro.

Tirando.

Y con la música llega también la voz de mamá y su última frase al teléfono antes de que el tráfico y el cansancio de papá se la tragan en una bola de fuego. Es su voz y esas pocas palabras que han ido girando sobre mí desde entonces. Su voz.

«Cuida de tu hermana hasta nuestra vuelta, cariño.»

Eso es lo único que ahora oigo, nada más. El mensaje de mamá me bombea la sangre a trompicones, dándome equilibrio sobre el escenario. El suelo desaparece, dejando paso a lo que hace apenas un par de días he sabido de los míos, de mi gente, y en esta luz que viene de arriba desfilan cosas que yo no sabía y que a partir de ahora irán siempre conmigo, como la voz de mamá al teléfono y la mejilla rasposa de papá contra la mía. Y su risa, también su risa.

Llegan las verdades. Las de los Hoffman.

La primera es el abuelo y estos últimos veinte años encallado en su orilla, compartiendo con la abuela un secreto que quizá los que le sobrevivamos no sepamos calibrar del todo. Su verdad es la de un hombre entero, una voz magnífica con un corazón arrugado por un golpe de mala suerte que le partió la vida en dos. Su verdad es la que él no sabe: que aunque no hubiera habido secreto, para los que quedamos él es la veleta que nos marca el camino. Nuestro norte.

La segunda es Verónica y sus veintidós años silenciando su secreto sobre lo más real del accidente, callando todo este tiempo para protegerme, dice. Callando para no oírse decir la verdad y enfrentarse a un dolor que no entiende ni quiere, digo. Su verdad es su fragilidad, y su fragilidad, lo mejor de ella. Ése es su secreto. El que todavía desconoce.

La tercera es tía Martina y sus años a la sombra de la abuela, esperando un milagro y renunciando a su vida para vivir en el error. Equivocada tía Martina por querer mal desde el quererse poco. Su secreto es que desde la muerte de papá se olvidó de sí misma. Se perdió y ahora ya no sabe dónde buscar. Su verdad es que no se ve. Navega a oscuras, creyéndose huérfana. Cuidando de los demás para no recoger lo que queda de ella e inventarse un futuro sin culpa. Toca crecer, tía. Ésa es la verdad.

La cuarta soy yo, Lucas Hoffman. Tengo treinta años y desde que pisé mi primer escenario guardo un secreto. Sí, yo también. Como los demás. Mi verdad es que no puedo romperme como me pide tía Martina porque me rompí hace tiempo y he aprendido a vivir roto. La verdad es que bailo sobre los escenarios del mundo porque sólo cuando bailo se hace el silencio, y sólo en el silencio, en el mío, giro en el vacío como papá y mamá sobre su barranco. Entonces me voy con ellos a mundos que aquí no tengo, y les siento aquí, conmigo, juntos los tres, en paralelo a todos los demás. Lo que

no saben Verónica ni tía Martina es que tengo una vida que ellas no verán nunca. Es una vida donde sólo hay emoción, pura, completa. Estamos papá, mamá y yo, volando juntos en el vacío, entre la vida y la muerte, encontrándonos a diario, envueltos en música.

Siempre es así. Desde el primer día, desde el primer giro. Hoy, ahora, Rufus sigue cantando sobre el escenario hasta que el *Aleluya* muere en sus últimos acordes y el silencio es total, tanto que desde el suelo distingo algunos murmullos y toses que se elevan desde las primeras filas, las más cercanas. Distingo también otras cosas: mi respiración contra el suelo, el calor de la luz sobre mí, la placidez de lo bien hecho. Y el abandono.

Respiro tranquilo durante unos instantes y me quedo así, de pie ante el público como si estuviera en el salón blanco de la abuela, de cara a la ventana, esperando. El silencio es tan amplio que podría bailar en él y el tiempo se diluye en los primeros segundos mientras en la oscuridad se abre paso un aplauso tímido, como algo que despierta despacio hasta encontrar el eco de más manos, de más ruido, y el aplauso rompe contra el escenario como el océano contra las piedras de la playa, abarcándome, creando su propia música, como si a mi espalda Verónica acabara de preguntarme: «¿Quieres que vuelva a poner la canción?». El público aplaude y vuelve a respirar. Yo sonrío, agotado. Y asiento. Sí, Verónica, vuelve a ponerla. Claro que sí. Cántamela tú y que la cante también el abuelo, dadme compañía para que os sienta aquí conmigo, en esta orilla que es la mía y que es también mi secreto.

Y en mi cabeza suena de nuevo un piano, pero esta vez es la voz del abuelo la que llega desde su orilla, y la mía la que canta con él, con tía Martina y con Verónica, acercándonos los cuatro. «Ojalá tuviera un río helado sobre el que poder huir de aquí patinando», cantamos con el abuelo al piano. Y yo volveré a girar, una y cien veces, porque giro confiado en las

voces de los míos y porque el corazón sabe que está yendo a un lugar donde alguien le espera, donde alguien quiere verle llegar.

Hay música nueva esta noche. Y hay también una familia que vive como puede sus verdades y sus silencios, lo pasado y lo que nunca debió pasar. El aplauso del público rebota en mí hacia las demás orillas de los Hoffman porque yo soy ellos y porque estamos vivos, y cruzo los dedos mientras saludo para que tía Martina se dé permiso para romperse bien y para que entre todos construyamos algo nuevo, nuevo para ella y nuevo también para los que la queremos.

Quizá estemos todavía a tiempo.

Y quizá sea sólo un principio. Aunque dará igual porque será verdad.

Seguro que sí.

OceanofPDF.com

El pitido del móvil resuena contra la quietud, magnificándola. Son más de las tres y media de la madrugada y aquí todo duerme. Esta tarde ha llovido un poco y la grava del camino cruje bajo mis pies mientras rodeo la alambrada hacia la caseta de la oficina y los dos edificios donde los chimpancés duermen desde hace horas. Inspiro hondo el aire de la noche. El pitido me ha sorprendido, no tanto en sí mismo, sino por la rapidez con que ha llegado. No lo esperaba hasta mañana. No estaba preparada. No lo estoy.

Al pasar por delante de la oficina, veo luz en la ventana y me acerco a ver. Carmen está sentada a su mesa, rodeada de un montón de papeles e iluminada por la luz que despide la pantalla del ordenador. Golpeo el cristal con los nudillos y ella levanta la mirada, sobresaltada. Al verme, me sonrío. Tiene la mirada cansada y su saludo es un poco automático. Luego se levanta, se acerca y abre la ventana.

—¿No duermes?

Sabe que estoy de guardia. Las dos lo estamos.

—No puedo —le contesto.

—Pues deberías —me dice con voz de madre—. Mañana tenemos tres grupos.

Es verdad. Mañana hay tres visitas organizadas y las tres me tocan a mí, la primera a las nueve y media.

—Tú también.

Se encoge de hombros.

—Estaba adelantando trabajo. El miércoles me voy de vacaciones y quería dejar las cosas un poco ordenadas para que Silvia no se acuerde demasiado de mí mientras estoy fuera.

Silvia es la otra administrativa de la fundación. No se llevan bien. De hecho, casi nadie se lleva bien con Silvia, pero es buena en lo suyo y hoy por hoy no podemos darnos el lujo de contratar a nadie más.

—¿Bien el fin de semana? —me pregunta, volviendo a la mesa y tomando un par de sorbos de la botella de agua que tiene en el suelo.

No sé qué contestar. El fin de semana, dice. Un fin de semana son sólo dos días y en este momento tengo la sensación de que he estado fuera toda una vida.

—Verónica.

—Sí, bien. Un poco intenso, pero bien.

Vuelve a sus papeles.

—Con la familia suele ser así.

Sonrío. Carmen no conoce a mi familia. Si la conociera, seguro que entendería lo que quiero decir cuando digo que es intensa.

—¿Alguna novedad?

Levanta la mirada. Ahora sí entiende el matiz de la pregunta. Es una pregunta que nos hacemos todos desde que las cosas empezaron a ir mal y sabemos que todo esto tiene un final contra el que no tenemos armas. Yo le pregunto por las novedades y ella entiende que le pregunto si algo ha cambiado en las últimas horas. Si ha habido un milagro, un nuevo plazo, un algo, lo que sea.

Niega con la cabeza.

—No. Nada.

Ya. Claro.

—¿Y los niños? ¿Todos bien?

Entre nosotros, los niños son los chimpancés que viven aquí. Nos referimos a ellos así, aunque somos conscientes de que suena un poco

torcido. Los niños son lo que nos mueve a seguir. Para muchos de nosotros, lo son casi todo.

—Sí. Mirta tuvo un pequeño accidente con una de las pelotas de arena, aunque nada importante. Se torció un dedo y costó pillarla. Ya sabes cómo es.

Sonríe. Yo también.

—Sí, ya sé cómo es.

Nos quedamos en silencio y ella vuelve a lo suyo mientras yo me apoyo en la ventana y repaso los espacios de la oficina como si hiciera tiempo que no vengo por aquí. Las repisas, las fotos de los niños en las paredes, los pósteres, las camisetas, las gorras y los llaveros para la venta, los montones de folletos. Ésta es mi casa, pienso de pronto. Son muchos años aquí, mucho tiempo dedicada a esto, viviendo esto, luchándolo. Es mucha vida la que hemos empeñado en esta aventura. Demasiada para que quede aquí. Así. En nada.

—Qué injusto todo.

Carmen detiene los dedos sobre el teclado y me mira por encima de la pantalla. Tiene dos ojeras como dos anillos alrededor de sus planetas. Sabe que sí y yo sé que ella sabe, pero de nada vale hablarlo más. Intenta una sonrisa que no le sale y vuelve a la pantalla. No es una mujer de muchas palabras. Más de cifras que de letras. Le agradezco el silencio, luego cierro la ventana desde fuera y vuelvo al galpón de madera que nos sirve de dormitorio.

Desde la ventana, la luz encendida de la habitación ilumina el pequeño porche y la tumbona de nailon blanca. La noche es espléndida y está llena de ruidos vivos. No hace frío y la tumbona cruje un poco bajo mi peso, pero aguanta bien porque está hecha para resistir, como todo aquí, como todos. Más arriba, las estrellas inundan el cielo de primavera. Algunas parpadean.

El pitido del móvil vuelve a avisarme de que hay un mensaje pendiente, una lectura no hecha, y ahora, en este porche, bajo esta luz estrellada, trago mal porque trago nervios. Me descoloca la rapidez de la respuesta del abuelo, tan extraña que quizá ni siquiera sea una respuesta a mi pregunta. Quizá su mensaje se haya cruzado con el mío como pasa a veces con las malas sincronías. Quizá haya sido un error. Mi mensaje, digo. Demasiado escueto. Demasiado seco. Es lo que pasa cuando pensamos demasiado las cosas, cuando no sabemos hacerlas. Ocuanto tenemos miedo de que no salgan bien y las forzamos tanto, nos forzamos tanto, que todo se tuerce. Quizá no me haya entendido. Puede que su mensaje diga eso: «No te entiendo, niña», o «Por favor ¿qué?». O que me salga con alguna de las tuyas y tenga que empezar de nuevo. Puede ser, sí.

También puede ser que me envíe una respuesta y que la respuesta sea la que temo: «No, hija. Lo siento». Eso es lo probable, sí. Y, si es así, creo que lo entenderé. Me enfadará y necesitaré mis días para tragármelo, pero lo entenderé. Y quién sabe, igual hasta podemos hablarlo. Quizá él también necesite explicarme por qué. Ya me lo anticipó antes de irse: «Si alguien te dice que no a lo que le pides, puede que sus razones no tengan nada que ver contigo ni con lo que esperas. No es tu pregunta la que habrá fallado. Son cosas que también cuentan, que están ahí y que no son tú».

Pero es que esto, esta tumbona, este olor y este albergue son todo lo que tengo, abuelo. Esto soy yo. Y si me dices que no, me dices no a mí, a lo que es más Verónica que nada. Y tendré que buscarme la vida en otra parte. Y en este momento no sé cómo. Si he llegado hasta ti es porque he agotado todas las puertas, abuelo. He bajado hasta lo más hondo del frío para llamar a tu ventana y esperar a que me abras. Y si es no, seguirá el frío. Y tengo miedo, mierda.

Entonces pulso el botón del móvil que activa la pantalla y tomo aire.

Luego llega el «leer mensaje». Cierro los ojos. Fuera el aire. Fuera la mala suerte, el mal augurio y también la desconfianza. Dime, abuelo. Dímelo y déjame tranquila.

El mensaje. Leo.

«Pero los jipis que se corten el pelo antes de mudarse.»

Si pudiera moverme, me dejaría caer al suelo y me arrastraría sobre la madera hasta la hierba para besarla. Si pudiera llorar, aullaría como una loba y despertaría a todos los cachorros del mundo para decirles que estamos bien, que todos estamos bien y que alguien ha inventado un continente nuevo al que podemos emigrar, ahora, para lo bueno. Si pudiera ver, leería otra vez el mensaje del abuelo para estar segura de que es verdad y de que no estoy loca porque de pronto oigo mi risa y me cuesta entender que es la mía casi tanto como parar. Me río en este porche con el móvil en la mano mientras camino de un lado a otro sin saber adonde ir, por dónde empezar, hacia dónde. Y la risa me suelta entera contra lo que ya no es miedo y sigo así, desbocada hasta que veo recortada la silueta de Carmen en la puerta de la oficina, mirándome con sus ojeras y las manos en los costados, atenta a mí, perdida en su preocupación.

—Verónica —dice.

Y yo no encuentro las palabras. Sólo esta risa que viene de la otra orilla del mundo y que ella no puede compartir todavía.

—Verónica, ¿estás bien?

Sí, Carmen. Estoy bien, quiero decirle. Pero no ahora, todavía no. Ahora quiero seguir así unos minutos: estando bien, riéndome con el abuelo entre mi continente y el suyo, solos los dos. Quiero que esto dure y que lo que estoy viviendo me cubra entera. Sí, Carmen, estoy bien porque he pedido y

no soy menos, porque, aunque tú todavía no lo sepas, respiro mejor y más hondo para abarcar todo este alivio, toda esta bonanza.

Sí, Carmen. Estoy y estaremos bien en lo que nos espera allí porque ese allí de repente está cerca y nos espera para que lo vivamos entre todos.

Y porque vuelvo, volvemos, a casa.

OceanofPDF.com

V
TANTO TIEMPO...

Una mañana de sol. Desde la cocina, las hortensias están tan cargadas de brotes que se doblegan sobre sí mismas, cabeceando sobre el césped. Tengo las ventanas abiertas y a mis tres niñas conmigo, dormitando a mi alrededor. Hoy he dormido bien, poco, pero bien, y todo pesa menos: la ausencia de mamá, las de los demás, la vida por delante que ahora me queda. Aprender a vivir así, hablando conmigo por las mañanas para preparar el día y entender que lo preparo sólo para mí porque ya no hay nadie que me espere, que me exija ni que me vea.

Desde que todos se marcharon, me ha costado volver al sueño porque de pronto me he quedado sin cosas que hacer. Sólo tres días. Han pasado tres días con sus noches y todavía no arranco porque no sé hacia dónde. No sé por dónde empezar, por qué parte de mí. Marianne no vino el lunes y todavía la espero. Matilde dice que cogió el autobús de la costa el domingo por la tarde para ir a la ciudad a comprar tarjetas y otras cosas que no especificó y que desde entonces no ha vuelto a verla. También dice que mejor así, que un día más en el hostel y acaba con ella, que no sé cómo he podido soportarla en casa estas semanas. Tiene razón. En todo. En que es mejor así y en no entender.

—¿Qué vas a hacer? —me ha preguntado antes de colgar.

—¿Con Marianne?

—No, Martina, con Marianne no. Contigo.

Su voz me ha llegado envuelta en agua. Lava los platos mientras habla conmigo. No para.

—Tengo que pensarlo.

Matilde me conoce bien porque son muchos años aquí las dos, cada una

en su pequeño mundo. Paralelas ella y yo. Cercanas. Ha cerrado el grifo y se le ha secado la voz.

—Sigue en pie lo que te dije.

—Ya lo sé.

Lo que me dijo es lo que me ha dicho ya un par de veces al mes en este último año, desde que la muerte de mamá estaba más que anunciada y su vida de enferma empezó a dibujarse cuesta abajo. Matilde quiere que reacondicione el caserón y lo convierta en uno de esos hoteles con encanto para gente con dinero. Ella se encargaría de la intendencia y del día a día. Yo sólo tendría que estar. «Gente que no dé problemas —dice—. No como los que me vienen al hostel. Estoy hasta el gorro de tanta mochila y de tanta tontería.» Yo le digo siempre que lo pensaré, que puede ser, y ella se enfada un poco porque en el fondo sabe que no lo pienso, que las ganas son suyas y que no puede contar conmigo. Luego se relaja y me da un poco de cuerda. Tiene poca paciencia Matilde, pero, a su manera, me tiene cariño porque está tan sola como yo y, a estas alturas, la soledad es un vínculo seguro.

—Bueno, pues cuando te decidas, ya lo sabes —me ha dicho. Luego ha vuelto el agua en el fregadero—. Ahora tengo que dejarte, cielo. Me espera una mañana que ni te cuento.

—Claro, Matilde. Ya hablaremos.

Eso ha sido hace un rato. Desde entonces sigo sentada a la mesa de la cocina, con la taza de café en la mano y el día por delante. Nada que hacer. Nadie que me espere en ningún rincón de la casa para que le cambie el pañal, para que me siente a escuchar lo que quiera decir. Llevo tres días vagando por la casa como una sonámbula, mirándolo todo como una turista en un museo, recogiendo las cosas que mamá ha dejado tras ella y poniéndolas en su sitio: su bata en la puerta del armario, las zapatillas gastadas, la bandeja con los medicamentos. Son cosas que deberán irse

también pero que no sé por dónde empezar a borrar de aquí porque, en cuanto empiece a hacerlo, llegará el papel en blanco y el vacío me hablará de mí, me dirá «tienes que llenarme, Martina. La vida, la tuya, no puede ser vacío. No es bueno que lo sea».

El café está frío y la casa se me ha quedado tan grande que no sé dónde buscar mi rincón en ella. Supongo que es cuestión de tiempo y que, como con todo, la costumbre me guiará y me enseñará a hacerme mi espacio, mis huecos y mi rutina. Supongo que aprenderé a vivir de cara adelante y no colgada como ahora de lo que he vivido. Y que iré poco a poco pasando de una orilla a la otra, de lo que hubo a lo que habrá.

Supongo.

De momento me refugio en la cocina, porque aquí huele todavía a ellos. Aquí siguen sus olores, sus voces y sus gestos: la blancura de papá, su voz entrenada para llenar espacios y su risa entera; los ojos claros de Lucas, su abrazo partido en el mío, el gesto sereno, contenido, mental, tan adulto siempre mi pequeño, tan dolido; y queda también Verónica, afilada contra la vida, desgastada en la desconfianza, tan parecida a papá y tan entrañable en lo frágil. Aquí siguen sus rastros desde que se marcharon y aquí me encierro yo para tenerlos cerca, sentándolos a esta mesa y pasando las horas contándonos cosas, a veces nada. Estando. Y no sé si hago bien, no sé si esto es sano, pero de momento es lo único que me sale, que me mantiene. Sin esto creo que no me atrevería a seguir. No, no me atrevería.

El sol entra a raudales por la ventana abierta, y con él los olores de lo que nace cada minuto en el jardín. Hay tanta explosión de vida ahí fuera que me abruma la que no encuentro aquí dentro. Casi me avergüenza. Me avergüenza estar triste porque me siento egoísta. Todos están bien. Han vuelto a lo que es suyo: papá rejoneando su edad entre galas, discos y actuaciones; Verónica plantándole cara a la vida y luchándola,

entendiéndola así y viviéndola así, coherente en su testarudez; y Lucas... Lucas... en fin, Lucas es mi pequeño y yo no sé hablar de él ni pensar en él como si no estuviera aquí porque me nublo entera y duele.

Ahora un golpe de brisa abre más aún la ventana, que se pasea sobre la encimera hasta encontrarse con la pared. A mis pies, Primavera alza la cabeza y levanta las orejas. La acaricio con la punta de los dedos entre los ojos, pero ella sigue alerta, con la mirada en la puerta.

—¿Qué pasa, pequeña?

Se tensa aún más y parece extrañamente ajena a mis caricias. De pronto, la siento gruñir. Algún gato por ahí fuera. Quizá un zorro.

Seguimos así durante unos segundos, hasta que Primavera rompe a ladrar y echa a correr hacia la puerta que da al jardín, perdiéndose entre un nubarrón de ladridos agudos que me cuesta identificar y que me llevan tras ella por el sendero de grava que rodea la casa hacia la parte delantera.

Al dar la vuelta al torreón, el sol vuelve a darme de lleno, obligándome a cerrar los ojos durante unos segundos hasta que vuelvo a abrirlos al amparo de la sombra de mi propia mano. Entonces parpadeo porque la luz lo inunda todo y porque lo que veo es tan irreal que no tiene sentido. Es un momento de locura o de mentira que me deja sin aire tras los ojos. Es Primavera dando saltos entre ladridos como un muelle vivo alrededor de una figura inmóvil que me mira en silencio desde el otro lado del estanque.

Es una figura que no sé si reconozco porque me da miedo que sea verdad y que luego deje de serlo.

Es papá, perfilado contra las sombras de los castaños del camino, una mano en el pelo y la otra agarrada a la maleta de ruedas que descansa a su lado sobre la grava. Papá de verdad, con su sonrisa a cuestas y el pelo blanco sobre el traje blanco, atrapando toda la luz de esta mañana de calor. Y yo soy yo, aunque me cueste sentirlo, aunque no me lo crea porque tengo

la garganta tan cerrada que si hablo no saldrá nada, y si no hay voz no sé qué habrá.

Es papá al otro lado del estanque, en la otra orilla, y de pronto entiendo que es todo lo que hay, que esto es real, y me tiemblan tanto las piernas que mejor las muevo, porque si no dejaré de sentir las y entonces me derrumbaré sobre la grava y todo se derrumbará conmigo. Las muevo hacia él, hacia lo blanco, rodeando como puedo el estanque de peces quietos hasta que llego a su lado, y su lado es cerca y cerca es con él, cerca son sus ojos como dos huecos en los que quepo bien y en los que quiero estar.

Me sonrío. Papá me sonrío mientras Primavera sigue orbitando a su alrededor como un satélite con su planeta, automática en la alegría que la empuja. Primavera circula y papá tiende la mano y la posa sobre mi mejilla, dejándola así, física, enorme. Y yo no dejo de mirarle mientras cubro esa mano con la mía y su sonrisa se transforma en voz. Yo la recibo.

—Lo siento —dice—. Lo siento tanto...

Y yo me encojo bajo su mano porque hay calor en ella, un calor que viene de atrás y que se fraguó aquí, en esta misma tierra que pisamos los dos. Me hago pequeña para que mi mejilla se adapte a su palma, dejándome modelar por ella como un puñado de barro fresco, para que estemos más cerca aún y la vida se alíe con nosotros aquí, a este lado.

Para que llegue lo bueno y vuelva lo que nunca debió morir. Y para que tengamos tiempo, todo el que no hemos podido tener a pesar de los años, de las orillas. A pesar de todo.

Y que sea mucho.

Tanto...

Tanto tiempo...

OceanofPDF.com

Agradecimientos

A Sandra Bruna, por la sana complicidad y la trabajada confianza. A Berta Bruna, una gran luz en el camino. A Sarah Dahan, algún día subiré a tu terraza, lo prometo. A Verónica, Mónica, Nury y Angélica, por la vida misma. A Pilar Peña y a Sasa Munné, pase lo que pase. A Rulfo, porque la fuerza sigue de nuestro lado. A Mencía, tú que sigues vigilándome de cerca. A Menchu Solís, gran bondad la tuya. Y a Quique Comyn, como siempre, desde siempre.

OceanofPDF.com

Edición en formato digital: junio de 2010
© 2008, Alejandro Palomas
© 2008, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-33925-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com

OceanofPDF.com



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre [Random House](#), división editorial de [Bertelsmann AG](#), la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y [Mondadori](#), editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47–49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.



Electa

Grijalbo

Lumen



Montena



Editorial Sudamericana

OceanofPDF.com